

DE AL
OCIÓN

STAEEL

DE LA

ITERATERN

3

PN542

•S7

1829

v.3

R.C.



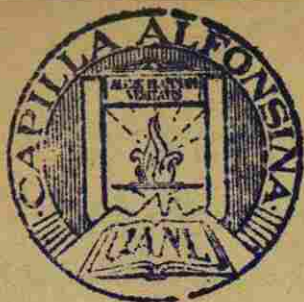
1020025921



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



DE
LA LITERATURA,

CONSIDERADA EN SUS RELACIONES
CON LAS INSTITUCIONES SOCIALES;

POR MADAMA DE STAËL.

TRADUCCION CASTELLANA.

TOMO TERCERO.

100690

PARIS,
EN LA IMPRENTA DE PILLET,
CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, N.º 7.

1829.

30745



PN542
.57
1829
v. 3

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

SEGUNDA PARTE.

DEL ESTADO ACTUAL DE LAS LUCES EN FRAN-
CIA, Y DE SUS FUTUROS PROGRESOS.

CAPITULO PRIMERO.

Idea general de la segunda Parte.

He seguido la historia del ingenio humano desde Homero hasta el año de 1789. En mi orgullo nacional, miraba yo la época de la revolucion de Francia como una nueva era para el mundo intelectual. ¡No es quizás mas que un horrendo acaecimiento! quizás la lominacion de inveterados hábitos no permite que este acaecimiento acarree en mucho tiempo una institucion fecunda, ni un resultado filosófico. Sea lo que quiera de

ello, conteniendo esta segunda Parte algunas ideas generales sobre los adelantamientos del talento humano, puede haber utilidad en esplanar estas ideas, aunque ellas no debiesen hallar su aplicacion mas que en otro pais ó edad.

Tengo pues siempre por cosa interesante el examinar cual deberia ser el carácter de la literatura de una grande nacion, de una nacion ilustrada, en la que se hallaran establecidas la libertad, la igualdad politica, y las costumbres que concuerdan con estas instituciones. Unicamente hay una nacion en el orbe con la que puedan cuadrar desde ahora algunas de estas reflexiones; son los Americanos. No tienen formada todavia literatura ninguna: pero cuando sus magistrados se ven en la precision de dirigirse, de cualquier modo, á la opinion pública, poseen eminentemente el don de remover todas las afecciones del alma, con la espresion de las verdades simples y de afectos puros; lo cual es conocer ya los secretos mas útiles del estilo. Parece pues que las consideraciones que van

á leerse, aunque compuestas para la Francia en particular, son sin embargo capaces, bajo diversos aspectos, de una aplicacion mas general.

Siempre que hablo de las modificaciones y mejoras que pueden esperarse en la literatura francesa, supongo la existencia y duracion de la libertad é igualdad política. ¿Es necesario concluir de ello que yo crea en la posibilidad de semejante libertad é igualdad? No emprendo resolver semejante problema; y me resuelvo todavia ménos á renunciar de semejante esperanza. Mi fin va dirigido á tratar de conocer cual seria el influjo que tendrian sobre las luces y literatura las instituciones que estos principios exigen, y las costumbres que estas instituciones acarrearían.

No es posible separar estas observaciones, cuando tienen la Francia por objeto, de los efectos ya producidos por la revolucion misma: estos efectos, debemos confesarlo, son en detrimento de las costumbres, de las letras y filosofia. En el curso de la presente

obra, he mostrado como la mezcla de las naciones del Norte y las del Mediodia habia causado durante un tiempo la barbarie, aunque de ello resultaron, en lo sucesivo, grandisimos progresos para la ciencia y civilizacion. La introduccion de una nueva clase en el gobierno de Francia debia surtir un efecto semejante. Esta revolucion puede, á la larga, ilustrar á una mayor masa de hombres; pero, por espacio de muchos años, la vulgaridad del language, de los modales, de las opiniones, debe hacer retrogradar, bajo muchos aspectos, el buen gusto y la razon.

Nadie duda de que la literatura haya perdido mucho desde que el terror arrebató, en Francia, con los hombres, genios, afectos é ideas. Pero sin analizar las consecuencias de este horrible tiempo que es menester considerar como totalmente fuera de la esfera que recorren los sucesos de la vida, y como un monstruoso fenómeno que ninguna cosa regular explica ni produce, es conforme con la naturaleza misma de la revolucion el sus-

pende, durante algunos años, los adelantos de las luces, y darles despues un nuevo impulso. Es preciso pues examinar primeramente los dos principales obstáculos que se opusieron á los progresos intelectuales, la ruina de la urbanidad de las costumbres, y la de la emulacion que las recompensas de la opinion podian promover. Luego que yo haya presentado las diversas ideas que dependen de esta materia, consideraré de qué perfectibilidad son capaces la literatura y filosofia, si nos corregimos de los errores revolucionarios, sin abjurar con ellos de las verdades que interesan á la Europa reflexiva en la fundacion de una república libre y justa.

Mis conjeturas sobre lo venidero serán una resulta de mis observaciones sobre lo pasado. He tratado de demostrar como la democracia de la Grecia, la aristocracia de Roma, y el paganismo de las dos naciones, imprimieron un carácter diferente en las bellas artes y filosofia; como mezclándose la ferocidad del Norte con el envilecimiento del Mediodia, y

modificados ámbos por la religion cristiana, fuéron las principales causas del estado de los talentos en la edad media. He tentado explicar los singulares contrastes de la literatura italiana, con los recuerdos de la libertad y los hábitos de la supersticion : la monarquía mas aristocrática en sus costumbres, y la constitucion real mas republicana en sus hábitos, me han parecido el primer origen de las diferencias mas patentes entre la literatura inglesa y la francesa. Me resta examinar ahora, con arreglo al influjo que las leyes, religiones, y costumbres ejercieron en todos tiempos sobre la literatura, qué mudanzas las nuevas instituciones, en Francia, podrian introducir en el carácter de los escritos. Si unas ciertas instituciones surtiéron unos ciertos efectos en la literatura, debemos poder vaticinar, por analogia, como lo que se asemeja ó diferencia en las causas modificaria los efectos.

Los nuevos adelantamientos literarios y filosóficos que me propongo indicar, continuarán el progreso de perfectibilidad cuyo

curso he trazado desde los Griegos. Es fácil mostrar cuan acelerados serian los pasos que se dieran en esta senda, si se allanaran todas las preocupaciones alrededor de las cuales es necesario hacer pasar el camino de la verdad, y si no se tratara ya, en filosofia, mas que adelantar directamente de demostraciones en demostraciones. Este es el curso abrazado en las ciencias positivas, que hacen todos los dias un descubrimiento mas, y no vuelven pie atras nunca.

Si, aunque debiera estar todavia remoto este futuro que me recreo en trazar, será sin embargo útil el indagar lo que podria ser. Es preciso superar el abatimiento que hacen experimentar ciertas épocas del espíritu público, en las que no se juzga ya nada mas que por medio de los temores ó cálculos totalmente ajenos de la inmutable naturaleza de las ideas filosóficas. La gente estudia la direccion de la opinion del momento para alcanzar alguna autoridad ó valimiento; pero el que quiere pensar, el que quiere escribir, no debe consultar mas

que con la solitaria convicción de una razón meditabunda.

Es menester apartar de nuestra mente las ideas que circulan alrededor de nosotros, y que no son, como si dijéramos, mas que la representación metafísica de algunos intereses personales; es menester alternativa-mente anteceder al tropel popular, ó permianecer detras de él; el cual se nos adelanta, se nos incorpora, nos abandona; pero se queda con nosotros la eterna verdad.

La convicción del ánimo sin embargo no puede ser un tan firme apoyo como la conciencia del alma. Lo que la moral prescribe en las acciones no es dudoso nunca; pero á menudo titubeamos y aun nos arrepentimos de nuestras opiniones, cuando hombres odiosos se apoderan de ellas para hacerlas servir de pretexto á sus iniquidades; y la vacilante luz de la razón no tranquiliza todavía bastante en los martirios de la vida.

No obstante esto, ó el talento seria una facultad inútil, ó los hombres deben dirigirse siempre hácia nuevos progresos que

puedan adelantar la época en que ellos viven. Es imposible condenar el pensamiento á volver pie atras, con la esperanza de ménos y los pesares de mas; privado de lo futuro el ingenio humano, caeria en la mas mísera degradación. Busquémoslo pues lo futuro en las producciones literarias, y en las ideas filosóficas. Quizas en algun dia se aplicarán estas ideas á las instituciones con mas madurez; pero, entre tanto, las facultades intelectuales podrán tener á lo ménos una dirección útil; y ellas servirán tambien para la gloria de la nación.

Si gozamos de superiores talentos en medio de las pasiones humanas, nos persuadirémos inmediatamente de que estos talentos mismos no son mas que una maldición del cielo; pero volverémos á hallarlos como beneficios, si podemos creer todavía en la perfección del pensamiento, si vislumbramos nuevas relaciones entre las ideas y los afectos, si penetramos mas adelante en el conocimiento de los hombres, si podemos añadir un solo grado de fuerza á la moral, y si nos

lisonjemos últimamente de reunir con la elocuencia las opiniones dispersas de los amantes de las verdades generosas.



CAPITULO II.

Del Gusto, de la Urbanidad de las costumbres, y de su influjo literario y político.

Se persuadiéron por espacio de algun tiempo, en Francia, de que era menester hacer tambien una revolucion en las letras, y dar á las reglas del gusto, en toda especie, la mayor latitud. Ninguna cosa es mas contraria á los progresos de la literatura, á aquellos progresos que sirven tan eficazmente para la propagacion de las luces filosóficas, y por consiguiente para la conservacion de la libertad; ni ninguna es mas funesta para la mejora de las costumbres, uno de los primeros fines que las institu-

ciones republicanas deben proponerse. Las exageradas delicadezas de algunas sociedades del antiguo gobierno no tenían relacion ninguna sin duda con las verdaderas máximas del gusto, conformes siempre con la razon; pero podian desterrarse algunas leyes de convencion, sin arruinar las barreras que señalan el camino del ingenio, y conservan, tanto en los discursos como en los escritos, la conveniencia y magestad.

El único motivo que se alega para mudar enteramente el tono y las formas que mantienen los miramientos y sirven para la consideracion, es el despotismo que las clases aristocráticas ejercian sobre el buen gusto y los modales. Es pues útil el caracterizar los defectos que pueden censurarse en algunas pretensiones, en algunas chanzas, en algunas exigencias de las sociedades del antiguo gobierno, á fin de mostrar despues con tanta mayor fuerza, cuales fuéron los detestables efectos, literarios y políticos, de la osadia desmesurada, de la alegría desagraciada, y de la vulgaridad ignominiosa que se quiso

introducir en algunas épocas de la revolución. De la oposición de estos dos extremos, las ideas ficticias de la monarquía y los sistemas groseros de algunos hombres durante la revolución, resultan necesariamente reflexiones justas sobre la simplicidad noble que debe caracterizar, en la república, los discursos, escritos, y modales.

La nación francesa estaba, bajo algunos aspectos, muy civilizada; sus instituciones, sus hábitos sociales, habían ocupado el lugar de las afecciones naturales. En las antiguas repúblicas, y en Lacedemonia especialmente, las leyes se apoderaban del genio individual de cada ciudadano, los formaban á todos por el mismo modelo, y los afectos políticos embecían cualquiera otro afecto. Lo que Licurgo había producido con sus leyes en favor del espíritu republicano, se efectuó por la monarquía francesa con la dominación de sus preocupaciones en favor de la vanidad de las clases.

Esta vanidad ocupaba por sí sola casi todas las clases; el hombre no vivía mas que

para dar golpe alrededor de sí, para lograr una superioridad convencional sobre su inmediato competidor, para mover á la envidia que le poseía á él sucesivamente. De individuo en individuo, de clase en clase, la paciente vanidad no gozaba de paz mas que en el trono; en cualquiera otra situación, desde las mas elevadas hasta las mas abatidas, pasaba uno la vida comparándose con sus iguales ó superiores; y tan léjos de tomar en sí la idea de su propio valor, se buscaba en las miradas de los otros el concepto que ellos se formaban de la aceptación que un hombre se había adquirido entre sus semejantes.

Aquella intensa aplicación á unos intereses frívolos en todo, excepto por el influjo que ellos ejercían sobre la felicidad, aquella necesidad de salir bien, aquel temor de desagradar alteraban, exageraban frecuentemente las verdaderas máximas del gusto natural; había el gusto de tal día, el de cual clase, finalmente el que debía derivarse del espíritu general formado por semejantes relaciones. Existían varias sociedades que,

por medio de alusiones á sus hábitos, á sus intereses, y aun á sus caprichos, podian ennoblecer algunas frases familiares, ó condenar perfecciones simples. Manifestándose uno ageno de estas costumbres de sociedades, se clasificaba como inferior; y la inferioridad de la clase es de mal gusto en cuantos paises existen clases. El pueblo se hurta del pueblo mientras que él no ha recibido la educacion de la libertad; y no hubiera logrado uno mas que hacerse ridiculo en Francia, si, aun con ideas fuertes, hubiera querido eximirse del tono que se dictaba por el ascendiente de la primera clase.

Estendiéndose esta tirania de opinion muy adelante, podia perjudicar finalmente al verdadero talento. Se usaba todos los dias de mayor sutileza en las reglas de la urbanidad y gusto; y en las costumbres se alejaban siempre las gentes mas de las impresiones de la naturaleza. La soltura de los modales existia sin la dejadez de los afectos, la política clasificaba en vez de reunir; y toda la naturalidad, toda la simplicidad necesaria

para la perfeccion de la gracia, no impedian velar con una constante atencion, ó con fingida distraccion, sobre la conservacion de las menores señales de todas las distinciones sociales.

Se queria establecer sin embargo una especie de igualdad; era la que pone esteriormente en el mismo nivel todos los talentos y genios; se queria aquella igualdad que carga sobre los hombres distinguidos y consuela á la envidiosa mediocridad. Era preciso hablar y callar como los otros, conocer los estilos para no inventar ni aventurar cosa ninguna; é imitando uno por mucho tiempo los modales de uso, tenia finalmente el derecho de aspirar á una reputacion propia suya. El arte de evitar los escollos del talento era el único uso del talento mismo; y el verdadero ingenio se sentia con frecuencia oprimido por todos estos vínculos de conveniencia. Aquella especie de gusto, mas bien afeminado que delicado, que se ofende de un ensayo nuevo, de un ruido sobresaliente, de una espresion

nerviosa, atajaba el vuelo de las almas; el ingenio no puede guardar todos estos miramientos artificiales; la gloria es tempestuosa, y los tumultuosos tropes de su séquito popular deben romper estos ligeros diques.

Pero la sociedad, es decir, relaciones sin fin, miramientos sin subordinacion, un teatro en que se apreciaba el mérito por los datos mas agenos de su valor real; la sociedad, repito, en Francia, habia creado aquella potestad de la ridiculez con la que el hombre mas superior no hubiera podido arrostrar. Entre cuantos medios pueden desconcertar la emulacion de los genios elevados, el mas poderoso es el arma de la burla. El bosquejo fino y justo del lado flaco de un gran genio, de las debilidades de un talento superior, turba hasta aquella confianza en sus propias fuerzas, de que necesita el ingenio á menudo; y la mas leve picadura de una mofa fria é indiferente puede hacer morir en un corazon generoso la viva esperanza que le alentaba para el entusiasmo de la gloria y virtud.

Crió la naturaleza remedios para los dolores mayores del hombre; el ingenio es fuerte contra la adversidad, la ambicion contra los peligros, la virtud contra la calumnia; pero la ridiculez puede insinuarse en la vida, aun unirse á las buenas prendas, y minarlas sordamente sin noticia suya.

La indolencia desdeñosa ejerce sumo dominio sobre el mas puro entusiasmo; aun el dolor pierde hasta la elocuencia con que la naturaleza le dotó, cuando él encuentra un genio burlon; la espresion enérgica, el acento de la dejadez, la accion misma, la accion generosa, se nos infunde por una especie de confianza en los que nos circundan; y una fria chanza puede helarlos.

El genio burlon se le atreve á cualquiera que da sumo valor á algun objeto, de cualquiera especie que este sea; se rie de cuantos se ocupan en lo serio de la vida, y dan toda via crédito á los afectos verdaderos y á los intereses graves. Bajo cuyo aspecto, no está destituido de una cierta filosofia; pero este genio que desanima, suspende el impulso

del alma que nos inclina á sacrificarnos; desconcierta hasta la indignacion; y ahoga la esperanza de la juventud. Unicamente el vicio insolente es superior á sus tiros. En efecto, el genio burlon trata rara vez de embestirle; y aun está tentado de mirar con aprecio la indole que él no tiene la facultad de alligir.

Aquella tiranía de la ridiculez que caracterizaba eminentemente los últimos años del antiguo gobierno, despues de haber limado el gusto, acababa gastando la fuerza; y la literatura se hubiera resentido de ello necesariamente. Es preciso pues, para dar á los escritos mas elevacion, y á los genios mas energia, no sujetar el gusto á los hábitos elegantes y afectados de las sociedades aristocráticas, por mas notables que ellas sean en la perfeccion de la gracia; su tiranía acarrearía grandes inconvenientes para la libertad, igualdad política, y aun alta literatura. Pero ¡cuanto no se opondría el mal gusto, llevado hasta la grosería, á la gloria literaria, á la moral, á la libertad, á cuanto puede

existir de bueno y elevado en las relaciones de los hombres entre sí!

Despues de la revolucion, una irritante vulgaridad en los modales se halló unida frecuentemente con el ejercicio de una autoridad de cualquiera especie. Ahora bien, los defectos de la potestad son contagiosos. En Francia particularmente, parece que la autoridad influye no solamente sobre las acciones y discursos, sino tambien casi sobre el pensamiento íntimo de los aduladores que rodean á los hombres poderosos. Los cortesanos de todos los gobiernos imitan á los que ellos alaban; se penetran de estimacion para con aquellos de quienes necesitan; olvidan que el cuidado mismo de su interes no requiere mas que las demostraciones exteriores, y que no es necesario torcer hasta su juicio para manifestarse lo que uno quiere parecer.

El mal gusto, tal como le vimos dominar durante algunos años de la revolucion, no es solamente perjudicial á las relaciones de la sociedad y á la literatura, sino que tam-

bien causa detrimento á la moral. Se toma uno la libertad de chancearse sobre su propia bajeza, sobre sus propios vicios, de confesárselos á si mismo con descaro, y de burlarse de las almas tímidas que tienen todavía repugnancia á esta deshonrosa alegría. Estos incrédulos de una nueva especie se jactan de su oprobrio, y se tienen por tanto mas entendidos, cuanto mas asombro han causado al rededor de sí.

Las palabras ordinarias ó crueles que algunos sugetos con autoridad se tomaron la libertad de proferir en la conversacion, debian, á la larga, depravar su alma, al mismo tiempo que ellas obraban sobre la moral de los que las escuchaban.

Un estilo admirable de Inglaterra priva á los hombres á quienes su profesion obliga á derramar la sangre de los animales, de la facultad de ejercer funciones judiciales. En efecto, ademas de la moral que se funda en la razon, hay la del instinto natural, aquella cuyas impresiones son inconsideradas é irresistibles. Cuando habituándose uno á ver su-

frir los animales, logra vencer la repugnancia de los sentidos para el espectáculo del dolor, se vuelve ménos accesible á la piedad, aun para con los hombres; á lo ménos no experimenta ya involuntariamente las impresiones suyas. Las palabras vulgares y feroces juntamente producen, bajo algunos aspectos, el mismo efecto que la vista de la sangre; y cuando nos acostumbramos á proferirlas, se vuelven mas familiares las ideas que ellas representan. Los hombres, en la guerra, se incitan entre sí á los impulsos de furor que deben animarlos, valiéndose incessantemente del lenguaje mas ordinario. La justicia é imparcialidad necesarias para el gobierno civil, imponen como una obligacion el uso de las formas y espresiones que calman al que las emplea y al que las escucha.

Infundiendo mas respeto el buen gusto del lenguaje y modales de los que gobiernan, hace ménos necesarios los medios de terror. Es cosa difícil que un magistrado cuyo tono irrita las almas, no necesite de

recurrir á la persecucion para conseguir la obediencia.

Una nube de ilusiones y recuerdos rodea á los reyes ; pero mandando los hombres elegidos en nombre de su superioridad personal, tienen necesidad de todas las señales exteriores de semejante superioridad ; y ¡qué señal mas evidente que aquel buen gusto que, volviéndose á hallar en todas las palabras, en todos los ademanes, en todos los acentos, y aun en todas las acciones, anuncia un alma pacífica y noble, que comprende todas las relaciones en todos los instantes, y no pierde jamas la idea de sí misma, ni los miramientos que debe á los demas ! Así es como el buen gusto ejerce un verdadero influjo político.

Nos hallamos convencidos harto generalmente de que el espíritu republicano exige una mudanza en el carácter de la literatura. Tengo por verdadera esta idea, pero en una acepcion diferente de la que se le aplica. El espíritu republicano exige mas severidad en el buen gusto que es inseparable de las bue-

nas costumbres. Permite tambien, sin duda, trasladar á la literatura perfecciones mas enérgicas, una pintura mas filosófica y dolorosa de los sucesos de la vida. Montesquieu, Rousseau, Condillac, pertenecian de antemano al espíritu republicano, y habian comenzado la revolucion apetecible en el carácter de las obras francesas : es menester acabar esta revolucion. Dando la república necesariamente progreso á pasiones mas fuertes, el arte de pintar debe acrecentarse al mismo tiempo que se engrandecen los asuntos ; pero, por efecto de un estravagante contraste, quisieron aprovecharse mas particularmente en la especie licenciosa y frívola de la libertad que se creia haber adquirido en literatura.

Se traía á la memoria la fama que la alegría francesa se habia adquirido en toda la Europa ; y, creían las gentes conservarla abandonándose á cuanto la delicadeza y buen gusto condenan. He dicho en la primera parte de esta obra cuantas causas diéron origen á la gracia francesa ; no hay ninguna de

ellas que subsista ahora, ni ninguna que pueda renovarse, si la combinación que se supone admite la libertad é igualdad política.

Los modelos llenos de gracia que poseemos en la lengua, podrán servir de guía á los Franceses, pero como sirven á las naciones extranjeras. Lo que renovaba en Francia el mismo espíritu, era el tono, los modales de lo que se llamaba la buena sociedad. En un país en que haya libertad, se ocuparán las gentes con mucha mas frecuencia, en el trato, en los negocios políticos que en la gracia de las formas y en el embeleso de la chanza. En cuantos países subsista la igualdad política, se dará entrada á todas las especies de mérito, y no existirá una sociedad exclusiva, dedicada únicamente á la perfección del espíritu de sociedad, y que reuna en sí todo el ascendiente de la fortuna y autoridad. Pues bien, sin este tribunal siempre existente, el espíritu de los jóvenes no puede formarse en el tacto delicado, en la diferencia fina y justa, la cual sola comunica á los es-

critos, en la especie ligera, aquella gracia de conveniencia, y aquel mérito de gusto tan admirado en algunos escritores franceses, y particularmente en las piezas sueltas de Voltaire.

Se perderá la literatura completamente en Francia, si se multiplican esos pretensos ensayos graciosos que no nos hacen ya mas que ridículos; puede hallarse todavía la alegría en la buena comedia; pero en cuanto á aquella festiva alegría con que nos abrumaron casi en el seno de todas nuestras calamidades, si se exceptúan algunos hombres que se acuerdan todavía del tiempo pasado, todas las tentativas nuevas en esta especie corrompen el gusto de la literatura en Francia, y nos hacen inferiores á todos los pueblos serios de la Europa.

Antes de la revolución, se habia notado que un Frances, al que era agena la sociedad de las primeras clases, se daba á conocer como inferior desde que queria chancearse, mientras que teniendo siempre un Ingles gravedad y simplicidad en los modales, cos-

taba mas dificultad el saber al oírle á qué clase de la sociedad pertenecía. Es menester, á pesar de las diferencias que existirán por mucho tiempo todavía entre las dos naciones, que los escritores franceses se aceleren á echar de ver que ellos no tienen ya los mismos medios de acierto en el arte de la chanza; y tan léjos de pensar que la revolucion les haya dado mas latitud sobre este particular, deben velar con mas cuidado en el buen gusto, supuesto que confundidas todas las especies de sociedad despues de una revolucion, no presentan ya buenos modelos, ni infunden aquellos hábitos de todos los dias, que forman de la gracia y gusto nuestra propia naturaleza, sin que la reflexion tenga necesidad de recordárnoslos.

Los preceptos del gusto, en su aplicacion á la literatura republicana, son de una naturaleza mas simple, pero no ménos rigorosa que los preceptos del gusto abrazados por los escritores del siglo de Luis XIV. Bajo la monarquía, una infinidad de estilos substituia á veces con el tono de la conveniencia el de

la razon, y con los miramientos de la sociedad los afectos del corazon; pero no debiendo consistir en una república el gusto mas que en el perfecto conocimiento de todas las relaciones verdaderas y durables, el faltar á las máximas de semejante gusto seria ignorar la verdadera naturaleza de las cosas.

Era necesario con frecuencia, bajo la monarquía, disfrazar una censura atrevida, y encubrir una nueva opinion con la forma de las preocupaciones recibidas; y el gusto de que era menester usar en estos diferentes giros, exigia una agudeza intelectual singularmente delicada. Pero el adorno de la verdad en un pais libre, va de acuerdo con la verdad misma. La espresion y afectos deben dimanar de la misma fuente.

No está uno sujeto, en un pais libre, á encerrarse siempre dentro de la esfera de las mismas opiniones; y la variedad de las formas no es necesaria para ocultar la uniformidad de las ideas. Existe el interes de la progresion siempre, supuesto que las preocupaciones no ponen limites á la carrera del

pensamiento; no teniendo que luchar pues el talento contra el fastidio, adquiere mas simplicidad, y no arriesga, para avivar la atencion, aquellas gracias afectadas que el gusto natural reprueba.

Una habilidad harto dificultosa, á que uno se propasaba en el antiguo gobierno, era el arte de ofender las costumbres sin chocar con el gusto, y de jugarse con la moral, usando de tanta delicadeza en la espresion como de indecencia en las máximas. Ninguna cosa felizmente conviene ménos que este talento á las virtudes, como tambien al espíritu que deben dominar entre los republicanos. Desde que se rompiera una barrera, no se respetaria ya ninguna; y las relaciones de la sociedad no tendrian bastante eficacia para atajar todavia, cuando los vínculos sagrados no contuvieran ya.

Por otra parte, para tener acierto en esta especie peligrosa que renne la gracia de las formas con la depravacion de las ideas, es necesaria una rara finura intelectual; y el ejercicio algo fuerte de sus facultades á que

uno está destinado en una república, hace perder esta finura. Hay necesidad del mas delicado tino para dar á la inmoralidad aquella gracia, sin la que aun los hombres mas corrompidos desearian con repugnancia las pinturas y máximas del vicio.

En otro capítulo hablaré de la alegría de las comedias, de la que depende del conocimiento del corazon humano; pero tengo por cosa verisímil que no serán citados ya los Franceses por aquel espíritu amable, elegante y festivo que formaba el embeleso de la corte. El tiempo hará desaparecer á los hombres que son modelos en esta especie todavia, y se acabará perdiendo la memoria de ello; porque los libros no bastan para recordárselo. Lo que es mas fino que el pensamiento, no puede aprenderse mas que con el hábito. Si la sociedad que infundia aquella especie de instinto, aquel rápido tacto, está anonadada, deben acabar el tacto y el instinto con ella. Es menester renunciar de cuanto no puede aprenderse mas que con un cierto género

de vida, y no con generales combinaciones, cuando no existe ya semejante género de vida.

Un hombre de talento decia : *la felicidad es un estado serio*. Podemos afirmar otro tanto de la libertad. La magestad de un ciudadano es de mayor importancia que la de un súbdito; porque en una república, es menester que cada hombre de talento sea un obstáculo mas para la usurpacion política. Unicamente la nobleza genial puede dar alguna fuerza á aquella honrosa mision con que uno está revestido por su propia conciencia.

Se viéron en otros tiempos hombres que reunian la elevacion de los modales con el uso casi habitual de la chanza; pero esta reunion supone una perfeccion de gusto y delicadeza, una idea de su superioridad, de su poder, y aun de su clase, á que la educacion de la igualdad no da progreso. Aquella gracia, magestuosa y ligera juntamente, no debe convenir á las costumbres republicanas; caracteriza ella muy distintamente los hábitos de la opulencia ó de un encumbrado puesto.

El pensamiento es mas democrático; él crece á la aventura entre todos los hombres bastante independientes para tener algun tiempo desocupado. Es necesario fomentarle pues ante todas cosas, entregándose ménos en literatura á los objetos que pertenecen esclusivamente á la gracia de las formas.

Lo que nuestra suerte ha tenido de terrible, precisa á pensar; y si los desastres de las naciones engrandecen á los hombres, es corrigiéndolos de lo que ellos tenian de frívolo, es reconcentrando, con la horrenda fuerza del dolor, sus dispersas facultades.

Es necesario consagrar el gusto en literatura al ornato de las ideas; su utilidad no será menor por ello; porque está probado que las ideas mas profundas, y los afectos mas nobles no producen efecto ninguno, si algunas faltas de gusto distraen la atencion, rompen el enlace de los pensamientos, ó desconciertan la serie de conmociones que conduce nuestro espíritu á resultados mayores, y nuestra alma á impresiones durables.

Se quejarán del talento humano que se

apega á una cierta expresion intempestiva, en vez de ocuparse únicamente en lo que es realmente esencial; pero en las mas violentas situaciones de la vida, en el momento mismo de perecer, se vió muchas veces que un incidente ridiculo podia distraer á los hombres de su propia desgracia. ¿ Como esperar que algunos pensamientos, que una obra, puedan cautivar en tanto grado el interes, que el defecto de conveniencia del estilo no distraiga la atencion del lector?

El arrancar á los que nos escuchan ó leen de su amor propio, es un portento del talento; pero si los defectos del gusto presentan á los jueces, cualesquiera que ellos sean, una ocasion de manifestar, criticándonos, el talento que ellos mismos tienen, se aprovechan de ella necesariamente, y no piensan ya en las ideas ni afectos del autor.

El gusto necesario á la literatura republicana, tanto en los libros serios como en las obras de imaginacion, no es un talento particular; es la perfeccion de todos los talentos; y tan léjos de que él se oponga á los

afectos profundos, ni á las expresiones enérgicas, la simplicidad que él prescribe, y la naturalidad que él infunde, son los únicos ornamentos que pueden convenir á la fuerza.

La urbanidad de las costumbres, igualmente que el buen gusto, de que ella forma parte, son de una suma importancia literaria y política. Aunque la literatura debe eximirse en la república, mucho mas fácilmente que en la monarquía, de la dominacion del tono recibido en la sociedad, es imposible que los modelos de las mas de las obras de imaginacion no se tomen en los ejemplos que se presentan habitualmente á la vista. Ahora bien; ¿ qué serian los escritos, en que se graba necesariamente el sello de las costumbres, si los modales vulgares, aquellos modales que hacen resaltar los defectos é inferioridades de todos los genios, continuaran dominando?

Les quedarian á los literatos franceses obras antiguas de las que podrian penetrarse todavía; pero su imaginacion no recibiria la inspiracion de los objetos que los rodearan;

se alimentaria ella con la lectura, pero nunca con las impresiones que ellos mismos experimentarían. No reunirían casi nunca en las composiciones literarias la naturalidad de las observaciones con la nobleza de las ideas; tan léjos de valerse de sus recuerdos, tendrían necesidad de dejarlos á un lado; y apenas el recogimiento del ánimo podría dar todavía á veces la idea de la verdadera pintura.

Se dirá quizás que la urbanidad es una tan leve ventaja, que uno puede hallarse privado de ella sin que este defecto cause el menor detrimento á las grandes y reales prendas que constituyen la fortaleza y elevación genial. Si llamamos urbanidad las formas de galantería del siglo de Luis XIV, por cierto, los primeros hombres de la antigüedad no tenían la menor idea de ella, y no por ello son ménos los modelos mas respetables que la historia y aun la imaginación pueden presentar á la admiración de los siglos. Pero si la urbanidad es la justa medida de las relaciones de los hombres entre sí, si ella in-

dica lo que uno cree ser y lo que es, si ella enseña á los demas lo que ellos son ó lo que los suponen, se reúne un sinnúmero de ideas y afectos á la urbanidad.

Las formas varían sin duda segun los genios, y la misma benevolencia puede esparirse con dulzura ó sequedad; pero para ventilar filosóficamente la importancia de la urbanidad, es necesario considerar el sentido de esta palabra en su mas lata acepción, sin querer detenerse en todas las diversidades á que cada genio puede dar origen.

La urbanidad es el vínculo que la sociedad ha establecido entre los hombres estraños los unos á los otros. Hay virtudes que nos apegan á nuestra familia, á nuestros amigos, á los desvalidos; pero en todas las relaciones que no han tomado todavía la calidad de una obligación, la urbanidad de las costumbres prepara los afectos, hace mas fácil la convicción, y le conserva á cada hombre el lugar que su mérito debe lograrle entre las gentes. Ella denota el grado de consideración á que cada individuo se ha

elevado; y, bajo este aspecto, distribuye el premio, objeto de las tareas de toda la vida. Examinemos ahora bajo cuantas formas diversas deben presentarse los perniciosos efectos de los groseros modales, y cual debe ser el carácter de la urbanidad que conviene al espíritu republicano.

Las mugeres y los hombres grandes, el amor y la gloria, son los únicos pensamientos, las únicas afecciones que resuenan vivamente en el alma. Pero ¿como se hallaría la imagen pura y noble de una muger, en un país en que no velara la mas rigorosa decencia sobre las relaciones de sociedad? ¿En donde se tomaria el tipo de las virtudes, cuando las mugeres mismas, estos independientes jueces de los combates de la vida, hubieran hecho extinguir en sí el noble instinto de las elevadas ideas? Una muger pierde algo de su gracia, no solamente con las palabras desnudas de delicadeza á que ella pudiera propasarse, sino tambien con quanto llega á sus oídos, con quanto se atreven á proferir en presencia suya. En el seno de su

familia, el recato y simplicidad bastan para conservar los miramientos que una muger debe exigir; pero en medio de las gentes, hay necesidad de mas todavía; la elegancia de su lenguaje, la nobleza de sus modales, forman parte de su magestad misma, e imponen respeto por sí solas eficazmente.

Bajo la monarquía, el espíritu caballeresco, la pompa de las clases, la magnificencia de la fortuna, quanto hace impresion, suplía, bajo algunos aspectos, el verdadero mérito; pero las mugeres, en una república, no son ya nada, si ellas no imponen respeto con quanto puede caracterizar su elevacion natural. Desde que se echa á un lado una ilusion, es preciso sustituirla con una calidad real; desde que se destruye una antigua preocupacion, hay necesidad de una nueva virtud; tan léjos de que la república debe dar mas libertad en las relaciones habituales de la sociedad, como todas las distinciones están fundadas únicamente sobre las prendas personales, es menester preservarse con mucho mas escrupulo de todas las

especies de faltas. Si uno hace la menor ofensa á su reputacion, no puede ya, como en la monarquía, restablecer su existencia con su clase, con su nacimiento, ni con todas las ventajas ajenas de su propio valor.

Lo que he dicho con respecto á las mugeres, puede aplicarse casi igualmente á los hombres que hacen un papel sobresaliente. Les será necesario velar sobre su consideracion mucho mas atentamente que en un tiempo, en que las dignidades aristocráticas bastaban para afianzar á los que las ocupaban los miramientos y respetos del vulgo. Aquellas existencias de opinion que se verán censuradas ó defendidas diariamente en la república, deben dar un sumo valor á quanto puede obrar sobre el espíritu ó imaginacion de los hombres.

Si de los favores de la opinion pasamos á la conservacion de la autoridad legal, veremos que la potestad en sí misma es un peso que los gobernados soportan con trabajo; los espíritus que no fuéron formados para la servidumbre, experimentan desde

luego una especie de preocupacion contra la autoridad. Si las formas toscas del que manda exasperan esta preocupacion, se convierte ella en un odio real. Todo hombre de gusto y de una cierta alteza de ánimo debe tener la necesidad de pedir casi perdon por la autoridad que él posee. La autoridad política es el inconveniente necesario de un grandísimo bien, del orden y sosiego; pero el depositario de semejante autoridad debe justificarse siempre de ello, en algun modo, tanto con sus modales como con sus acciones.

Vimos con frecuencia, durante el curso de estos diez años, á los hombres ilustrados gobernados por los ignorantes; la arrogancia de su tono, y la vulgaridad de sus modales, indignaban todavía mas que los límites de su talento. Las opiniones republicanas se confundian en algunas cabezas con las palabras ásperas y chanzas repugnantes de algunos republicanos, y los afectos no fundados se alejaban naturalmente de la república.

Los modales reunen ó separan á los hombres con una fuerza mas insuperable que la

de las opiniones, y osaré casi decir que la de los afectos. Con una cierta liberalidad de espíritu, podemos vivir agradablemente en el seno de una sociedad que pertenece á un partido diferente del nuestro. Aun puede suceder que se olviden enormes faltas, y temores infundidos quizás con justos motivos por la inmoralidad de un hombre, si la nobleza de su language hace ilusión sobre la pureza de su alma. Pero lo que no es posible soportar, es una educacion ordinaria que descubren cada espresion, cada gesto, el tono de la voz, la postura del cuerpo, y todas las señales involuntarias de los hábitos de la vida.

No hablo aquí de la estimacion meditada, sino de aquella involuntaria impresion que se renueva á cada instante. Se reconoce uno, en las grandes circunstancias, por los afectos del corazon; pero en las relaciones individuales de la sociedad, no nos entendemos mas que por medio de los modales; y llevada la vulgaridad hasta un cierto grado, hace experimentar al que es testigo ó objeto suyo,

un afecto de confusion, y aun de vergüenza totalmente insoportable.

Dichosamente no está uno casi nunca destinado en la vida á sobrellevar la vulgaridad de los modales en favor de la elevacion de los afectos. Una severa honradez infunde una tan noble confianza, una paz tan pura, que es cosa rarísima que ella no haga adivinar, en cualquiera estado que se esté, cuanto una buena educacion hubiera enseñado. La rusticidad, de que fuimos víctimas con tanta frecuencia, se componia casi siempre de viciosos afectos; era la osadía, la crueldad é insolencia, que se mostraban bajo las mas odiosas formas.

Las conveniencias son la imagen de la moral; ellas la suponen en cuantas circunstancias no presentan todavía la ocasion de probarla; mantienen á los hombres en el hábito de respetar la opinion de los hombres. Si los gefes del estado ofenden ó desprecian las conveniencias, no infunden ya por sí mismos la consideracion cuyos elementos ellos han dispersado.

Otra especie de impolitica puede caracterizar tambien á los hombres con autoridad; no es la rusticidad, sino permitaseme expresar así, la fatuidad política, el valor que da uno á su plaza, el efecto que semejante plaza produce sobre uno mismo, y de que se quiere hacer participantes á los demas; debieron verse necesariamente muchos ejemplos de ello despues de la revolucion. No se conferían los primeros puestos, en el antiguo gobierno, mas que á los sujetos acostumbrados, desde su niñez, á los privilegios y distinciones de una alta clase; la autoridad no mudaba casi nada en sus hábitos; pero en la revolucion, se ocuparon magistraturas eminentes por hombres de un estado inferior, y cuyo genio carecia de una natural elevacion: humildes entónces sobre su mérito personal, y vanos con su autoridad, se creyeron obligados á abrazar nuevos modales, á causa de que desempeñaban un nuevo empleo. Este efecto de la vanidad es el mas contrario de todos al afecto y respeto que deben infundir magistrados republica-

nos. El afecto y respeto se fijan en las prendas personales, y el hombre que se tiene por otro cuando ha sido nombrado para un empleo alto, nos indica él mismo que, si le pierde, nuestro interes y aprecio deben pasar á su sucesor.

¿Como puede darse á conocer mejor el hombre que con aquella magestad de modales, con aquella sencillez de espresiones, que, trasladadas al teatro ó referidas en la historia, infunden casi tanto entusiasmo como las grandes acciones? Diré mas, una serie de casualidades puede conducir á un hombre á hacerse notar con algunos hechos ilustres, sin que á pesar de ello esté dotado de un ingenio superior, ni de prendas heroicas; pero es imposible que las palabras, los acentos, las formas de que usamos para con los que nos rodean, no caractericen la verdadera grandeza del único modo inimitable.

Algunos pensaron que era necesario substituir con la frialdad y magestad la acogida en otros tiempos bondadosa de los France-

ses. Sin duda los primeros ciudadanos de un estado libre deben tener en la planta mas gravedad que los aduladores de un monarca; pero la exageracion de la frialdad seria un medio de atajar el vuelo de todos los impulsos generosos. El hombre frio en sus modales impone respeto necesariamente, porque nos da la idea de que no hace caso ninguno de nosotros. Pero aquel afecto penoso que él nos infunde, no produce cosa ninguna útil, ni fecunda. Semejante frialdad pone sujecion no á la insolencia familiar, sino á la bondad, á la elevacion de alma, á la verdadera superioridad. Los modales no son perfectos mas que cuando ellos fomentan cuanto cada hombre tiene de distinguido, y no intimidan mas que á los defectos.

No es menester engañarse sobre las señales exteriores del respeto: el ahogar nobles ideas, y agotar la fuente de los pensamientos, es producir el efecto del temor; pero el elevar las almas hasta sí, dar al talento todo su valor, y engendrar aquella confianza que los corazones generosos experimentan los

unos para con los otros, este es el arte de infundir un respeto durable.

Importa crear en Francia vínculos que puedan reconciliar los partidos; y la urbanidad de las costumbres es un eficaz medio para lograr este fin. Ella reuniria á todos los sugetos instruidos, y la reunion de esta clase formaria un tribunal de opinion que distribuiria con alguna justicia la censura ó elogio.

Cuyo tribunal ejerceria tambien su influjo sobre la literatura; los escritores sabrian en donde volver á hallar un gusto, un espíritu nacional, y podrian ocuparse en pintarlos, en engrandecerlos. Pero entre todas las confusiones, la mas funesta es la que mezcla juntamente todas las educaciones, y no separa mas que los partidos.

¿Qué importa asemejarse en las opiniones políticas, cuando nos diferenciamos en el espíritu y afectos? ¿Qué miserable efecto de las turbulencias civiles, el dar mas valor á un cierto modo de ver en los negocios públicos, que á todas las relaciones del alma

y pensamiento, única fraternidad cuyo carácter sea indeleble!

Unicamente la urbanidad de las costumbres puede templar las durezas del espíritu de partido; ella permite verse mucho tiempo antes de quererse, hablarse mucho tiempo antes de ir acordes; y aquella profunda aversion que se cogia al hombre con el que no nos habíamos abocado nunca, se debilita gradualmente con las relaciones de conversacion, de miramientos, de agasajo, que avivan la simpatia, y hacen hallar por último á nuestro semejante en el que mirábamos como enemigo nuestro.

CAPITULO III.

De la Emulacion.

ENTRE los medios de perfeccionar las producciones del ingenio humano, es menester

contar por mucho la naturaleza y grandeza del fin que pueden prometerse los que se dedican á los estudios intelectuales. La vida perezosa ó la activa son mas conformes á la naturaleza del hombre que la meditacion; y para consagrar uno todas las fuerzas de su pensamiento á la investigacion de las verdades filosóficas, es menester que sirva de fomento á la emulacion la esperanza de servir á su pais, é influir en la suerte de sus conciudadanos.

Algunos espíritus se alimentan con el único gusto de descubrir nuevas ideas; y en las ciencias exactas particularmente, hay muchos hombres á quienes este gusto les basta. Pero cuando el ejercicio de la mente se dirige hácia resultados morales y políticos, debe llevar él necesariamente el objeto de obrar sobre la suerte humana. Las obras que pertenecen á la alta literatura, llevan la mira de efectuar mudanzas útiles, de acelerar los progresos necesarios, de modificar finalmente las instituciones y leyes. Pero en un pais en que la filosofía no tuviera ninguna

aplicacion real, en que la elocuencia no pudiera conseguir mas que un triunfo literario, una y otra, al cabo, parecerian estudios ociosos, y su móvil se debilitaria todos los dias.

No negaré ciertamente que la situacion de la Francia, de algunos años á esta parte, sea mucho mas contraria al progreso de los talentos é ingenio que la mayor parte de las épocas históricas. Pero creo que si examinamos lo que es particularmente necesario para la emulacion filosófica, veremos porqué el espíritu revolucionario, mientras que él obra, corta enteramente los vuelos al pensamiento, como el antiguo gobierno abatia protegiendo, y por qué medios la república podria llevar al último término la ambicion de los hombres hácia los progresos de la razon.

Parece, á la primera vista, que destruyendo las turbulencias civiles las antiguas clases, deben proporcionar á las facultades intelectuales el uso y progreso de todas sus fuerzas; así sucede sin duda en los principios; pero al cabo de brevisimo tiempo,

cogen los facciosos un odio á las luces igual cuando ménos al que los antiguos defensores de las preocupaciones concebian. Los espíritus violentos se sirven de los hombres ilustrados, cuando quieren triunfar de la autoridad establecida; pero cuando se trata de conservarse á sí mismos, hacen por manifestar un desprecio grosero de la razon; propagan sordamente que las facultades intelectuales, que las ideas filosóficas no pueden pertenecer mas que á las almas afeminadas, y vuelve á parecer bajo nuevas formas el código feudal.

Todos los genios tiránicos, tomen el rumbo que se quiera, detestan del pensamiento; y si el ciego fanatismo es el arma de la autoridad, lo que ella debe temer mas, es el hombre que conserva la facultad de juzgar. Los hombres violentos no pueden hermanarse mas que con los espíritus estrechos, los cuales solos se someten ó sublevan á la voluntad de un gefe.

Si las conmociones revolucionarias se prolongan mas allá del fin que ellas debian con-

quistar, la autoridad descende siempre mas abajo entre las clases ignorantes. Cuanto mas medianos son los hombres, tanto mas solícitos son en hermanarse; desechan léjos de sí la razon ilustrada, como algo de heterogéneo con su naturaleza, y que debe ser eminentemente perjudicial á su dominacion.

Si un partido intenta hacer triunfar la injusticia, es imposible que él dé fomento á la ciencia; un hombre puede deshonorar su talento, consagrándole á la defensa de lo que es injusto; pero si se difunde el influjo de la ciencia en una nacion, mira ella generalmente á la perfeccion de la moralidad general.

El espíritu revolucionario se traza un camino, y se forma un lenguaje; y si se quisiera variar con la elocuencia misma aquellas frases prescriptas que el interes del partido exige, se inquietarian sus gefes; los cuales se estremecerian al ver nuevos afectos, nuevos pensamientos, que favorecerian hoy día su causa, pero que podrian indisciplinarse una vez y dirigirse hácia otro fin. Hay fór-

mulas de crueldad por decirlo así recibidas, de las que no es lícito, ni aun á los hombres de quienes se tiene seguridad, apartarse nunca.

Las sospechas, los zelos, los cálculos de la ambicion, todo se reúne para alejar de las luchas revolucionarias á los espíritus superiores: los hombres violentos y medianos no se colocan en su lugar, mas que cuando está restablecido el órden; en el trastorno de todas las ideas y afectos, se tienen por idóneos para perpetuar lo que existe, la confusion; y hechos los dueños en las saturnales del talento y virtud, cargan sobre el cautivo pensamiento con todo el peso de su ignorancia y vanidad.

En las crisis de las facciones populares, lo que ante todas cosas se quiere desterrar, es la independencia del juicio. La palabra no sirve mas que para resumir la ira, y fijar sus primeros impulsos en decretos. Los furiosos llaman aristocracia lo que se conoce de mas republicano en la tierra, el amor de las luces y virtud. El espíritu silvestre lucha contra

la filosofía, se desconfía de la educación, y se manifiesta mas indulgente con los vicios del corazón que con los dones intelectuales.

Si se prolongara semejante estado, no se poseería ya ningún hombre distinguido en otra carrera que la de las armas; ninguna cosa es capaz de desalentar la ambición de los triunfos marciales; llegan ellos siempre á su fin, y prescriben á la opinión lo que esperan de ella. Pero en aquel libre cambio, de que resulta la gloria de los escritores y filósofos, las ideas se derivan, por decirlo así, de la aprobación misma que los hombres están dispuestos á acordarles.

Si se comparara la suerte de los hombres ilustrados en el reinado de Luis XIV, con la que la violencia revolucionaria les preparaba, todo sería en beneficio de la monarquía; pero ¿qué relación podría haber entre la protección de un rey y la emulación republicana, cuando ella tomara por último su verdadero carácter?

La fuerza intelectual no tiene todo su progreso entero mas que impugnando la potes-

tad; y se forman por medio de la oposición los Ingleses en los talentos necesarios para ser ministros. Cuando, por el contrario, los favores de la opinión dependen también de los de un hombre, no puede reconocerse libre el pensamiento en ninguna concepción suya; y tan lejos de consagrarse al descubrimiento de la verdad, le están prescritos sus límites en toda especie. Es necesario que el espíritu se reconcentre incesantemente en sí mismo. Apenas es posible en las obras de imaginación, en este patrimonio de la invención que la potestad legal abandona, apenas es posible olvidar que la diversión del señor y cortesanos suyos es el primer triunfo que importa lograr.

En todas las lenguas, puede triunfar algo la literatura por espacio de algún tiempo, sin recurrir á la filosofía; pero cuando la flor de las expresiones, de las imágenes y giros poéticos, no es ya nueva; cuando todas las perfecciones antiguas están acomodadas al ingenio moderno, se conoce la necesidad de aquella razón progresiva que hace conseguir

un fin útil todos los días, y que presenta un indefinido término. ¿Como podría escribirse sin embargo filosóficamente en un país en que los premios distribuidos por un rey, por un hombre, fueran los simulacros de la gloria?

La existencia subalterna que se acordaba á los literatos en la monarquía francesa, no les proporcionaba ninguna autoridad en las importantes cuestiones relativas á la suerte de los hombres. ¿Como podían adquirir ellos alguna magestad en semejante orden social, mas que manifestándose adversarios suyos? ¡Qué miserable mezcla no hicieron de las lisonjas y verdades aquellos filósofos, incrédulos y sumisos, osados y favorecidos!

Rousseau se eximió en este siglo de las mas de las preocupaciones y miramientos monárquicos. Montesquieu, aunque con mas respeto, supo mostrar, cuando era menester, la valentía de la razon. Pero Voltaire que á menudo queria reunir la gracia de la corte con la independencia filosófica, da á conocer el contraste y dificultad de se-

mejante designio del modo mas palpable.

El fomentar á los literatos, es hacerlos inferiores á la autoridad de cualquiera especie que los premia; es considerar el ingenio literario separadamente del mundo social y de los intereses políticos; es tratarle como el talento de la música y pintura, de un arte finalmente que no fuera el pensamiento mismo, es decir, el todo del hombre.

El fomento de la alta literatura, y de ella únicamente hablo en este capítulo, su fomento, es la gloria, la gloria de Ciceron, aun de César y Bruto. Salvó el uno su patria con su elocuencia oratoria y talentos consulares; el otro, en sus comentarios, escribió lo que él habia hecho; y el tercero finalmente, con el encanto de su estilo, con la elevacion filosófica cuyo carácter va impreso en sus cartas, se hizo querer como un hombre lleno de la mas dulce humanidad, á pesar del enérgico horror del asesinato que él cometió.

Únicamente en los estados libres puede reunirse el ingenio de la accion con el del pensamiento. En el antiguo gobierno, se

quería que los talentos literarios supusiesen siempre la carencia de los políticos. El espíritu de los negocios no puede darse á conocer con señales ciertas, ántes de haber ocupado eminentes puestos; los hombres mediocres tienen interes en persuadir que ellos solos poseen esta especie de espíritu; y para arrogársele, se fundan únicamente en las prendas de que carecen: el calor que les falta, las ideas que ellos no alcanzan, y los triunfos de que se desdennan; estos son los garantes de su capacidad política.

Se quiere, en las monarquías absolutas, que se difunda una especie de misterio sobre las prendas que habilitan para el gobierno, á fin de que la presumida y fria medianía pueda echar á un lado á un espíritu superior, y declararle incapaz de combinaciones mucho mas simples que aquellas en que él se ha ocupado siempre.

En la lengua abrazada por la liga de ciertos hombres, conocer el corazon humano, es no dejarse guiar en su aversion ni elecciones por la indignacion del vicio, ni por el entu-

siasmo de la virtud; el poseer la ciencia de los negocios, es no dar jamas entrada en sus decisiones á ningun motivo generoso ó filosófico. Ventilando la república en comun un sinnúmero de intereses suyos, y sujetando todas las elecciones al voto de la voluntad general, la república debe eximirnos de aquella fe ciega que en otros tiempos se exigia para los secretos del arte gubernativo.

Hay necesidad sin duda de grandes talentos para gobernar bien; pero con el fin de dejar el talento á un lado, se dedicaban á persuadir que los pensamientos que sirven para formar al filósofo profundo, al famoso escritor, al elocuente orador, no tienen relacion ninguna con las máximas que deben dirigir á los gefes de las naciones. El canciller Bacon, el caballero Temple, Lhopital, etc., eran filósofos, literatos, y se manifestaron los primeros estadistas*. Federico II,

* El canciller Bacon se hizo culpable de la mas atroz ingratitud; y su delicadeza, bajo el aspecto pecuniario, hizo concebir fuertes sospechas. Pero se trata aquí de sus talentos, y no de su moral;

Marco Aurelio, los mas de los reyes ó héroes que llenaron de esplendor las naciones, eran al mismo tiempo espíritus muy ilustrados en filosofía. Sus luces y talentos en la carrera civil los hicieron queridos de la posteridad, y les hicieron obtener, durante su vida, la obediencia de la admiracion, aquella obediencia que da al poder absoluto el mas hermoso atributo de los gobiernos libres, el voluntario asenso de la opinion pública.

Hay ciertamente pocas carreras mas reducidas, mas estrechas, que la de la literatura, si la consideramos, como lo hacen á veces, separadamente de toda filosofía, y llevando la única mira de entretener los ocios de la vida, y llenar el vacío del espíritu. Una semejante ocupacion le hace incapaz á uno del menor empleo que requiera conocimientos positivos, ó que precise á hacer aplicables las ideas. Una desmesurada vanidad es el patrimonio de estos mediocres y limitados

distincion que hemos aprendido á hacer muy bien de diez años á acá.

literatos; flaquea su razon por el valor que ellos dan á palabras desnudas de ideas, y á ideas desnudas de consecuencias; son, entre todos los hombres, los mas ocupados en sí mismos, y los mas ignorantes de lo que les interesa á los otros. Las letras deben tomar á menudo semejante carácter, cuando los sujetos que las cultivan se hallan apartados de todos los negocios graves.

Lo que degradaba las letras, era la inutilidad suya; lo que hacia tan poco liberales las máximas gubernativas, era la separacion absoluta de la política y la filosofía; separacion tal, que era juzgado uno incapaz de dirigir á los hombres, desde que habia consagrado sus talentos á instruirlos é iluminarlos. Quedan vestigios todavía de esta absurda opinion; pero deben irse borrando todos los dias. La filosofía no nos hace impropios mas que para gobernar arbitraria, despóticamente, y de un modo despreciativo para el género humano. No es necesario pretender, al introducir el inveterado espíritu de las cortes en la nueva república, que

haya en el gobierno algo de mas necesario que el pensamiento, de mas seguro que la razon, y de mas enérgico que la virtud.

Es famoso escritor uno en un gobierno libre, no como bajo la dominacion de los monarcas, para animar una existencia sin fin, sino por que importa dar á la verdad su expresion persuasiva, cuando una resolucion de entidad puede depender de una verdad reconocida. Se entrega el hombre al estudio de la filosofia, no para consolarse de las preocupaciones del nacimiento que, en el gobierno antiguo, desheredaban la vida de todo lo futuro, sino para hacerse idóneo á las magistraturas de un pais que no acuerda la potestad mas que á la razon.

Si la autoridad militar dominara por sí sola en un pais, y despreciara las letras y filosofia, haria retroceder las luces, á cualquiera grado de influjo que ellas hubiesen llegado; se asociaria ella algunos talentos, encargados de comentar la fuerza, á varios hombres que se dirian meditadores para arrogarse el derecho de profanar el pensamiento; pero la

razon se convertiria en sofisma; y los espíritus se volverian tanto mas sutiles, cuanto mas envilecidos estuvieran los genios.

La agitacion inseparable de un gobierno republicano pone con frecuencia la libertad en peligro; y si sus gefes no presentan la duplicada garantía del valor y la ciencia, la fuerza ignorante ó la pérfida astucia precipitan tarde ó temprano el gobierno en la tiranía. Es preciso, para la felicidad del género humano, que los grandes hombres encargados de su suerte posean casi igualmente un cierto número de prendas muy diferentes; no es suficiente una sola especie de superioridad para cautivar las diversas clases de opinion y estima; una sola especie de superioridad no personifica bastante, si puedo expresarme así, la idea que gustamos formarnos de un hombre célebre.

Si las palabras no han instruido elocuentemente del motivo de las acciones, si las acciones no han sancionado la verdad de las palabras, la memoria guarda un recuerdo separado de las palabras y acciones. El guer-

rero sin luces, ó el orador sin valor, no sujetan nuestra imaginacion; nos quedan siempre afecciones que ellos no han cautivado, é ideas que los juzgan. Los antiguos admiraban apasionadamente á sus esclarecidos gefes, cuya nativa grandeza imprimia su carácter á talentos diversos y á glorias diferentes. La mezcla de relevantes prendas, aunque coloca mas arriba al que las posee, establece sin embargo mas relaciones entre el hombre extraordinario y los demas hombres. Una facultad de cualquiera especie que estuviera en desproporcion con todas las otras, pareceria una extravagancia de la naturaleza, miéntras que la reunion de muchas facultades aquieta el pensamiento, y se atrae el afecto. El ser moral de un grande hombre debe presentar aquella organizacion, aquel equilibrio, aquella compensacion, la cual sola da la idea, tanto en los genios como en los gobiernos, del reposo y estabilidad.

Pero, dirán, lo que debe temerse ante todas cosas en una república, es el entusiasmo por un hombre; y tan léjos de desear esa per-

fecta reunion que teneis por necesaria casi, busquemos, por el contrario, aquellos acertados instrumentos que hacen discursos, decretos ó conquistas, como uno ejerceria una profesion exclusiva, sin tener una idea mas que las de su oficio.

Ninguna cosa es ménos filosófica, es decir, ninguna conduciria ménos á la felicidad que aquel sistema zeloso que quisiera privar á las naciones de su lugar en la historia, nivelando la reputacion de los hombres. Debe difundir uno con todos sus esfuerzos la instruccion general; pero allado del grande interes del adelantamiento de las luces, es menester dejar el fin de la gloria individual. La república debe dar mucho mas vuelo que cualquiera otro gobierno á este móvil de la emulacion; ella se enriquece con las multiplicadas tareas que él inspira. Llega un escaso número de hombres al término; pero todos lo esperan; y si la fama no corona mas que el acierto, hasta los ensayos tienen á menudo una obscura utilidad.

No conviene privar al hombre magnánimo

de su devocion á la gloria, ni tampoco á las naciones de su afecto de admiracion. De este afecto se derivan todos los grados de inclinacion entre los magistrados y los gobernados. ¡Qué es un juicio apreciador y sosegado en nuestras numerosas asociaciones modernas! ¡Pueden decidirse millares de hombres con arreglo á sus propias luces! ¿No es necesario que se comuniquen un impulso mas animado á aquella multitud, que es tan difícil reunir en una misma opinion? Si dejamos fria á la nacion sobre el aprecio, rompemos en ella tambien el resorte del menosprecio; y si algunos detractores libelistas confunden en sus escritos al hombre virtuoso con el delincuente, no habrémos infundido á todos los ciudadanos aquel impulso de un santo amor para con su bienhechor, aquel impulso que desecha la calumnia como un sacrilegio.

No podemos inclinar al pueblo hácia la idea misma de la virtud, mas que haciéndosela comprender por medio de las generosas acciones y carácter moral de algunos hom-

bres. Se cree asegurar mas la independencia de un pueblo, esforzándose á interesarle únicamente en algunas máximas abstractas; pero la multitud no alcanza las ideas mas que con el auxilio de los sucesos; ejerce ella su justicia con odios y afectos: es menester depravarla para impedirle que quiera; y llega con la estimacion de sus magistrados al amor de su gobierno.

La gloria de los varones insignes es el patrimonio de un pais libre; y muertos ellos, la hereda el pueblo entero. El amor de la patria se forma de recuerdos solamente. Cuanto no se admiran en la antigua elocuencia los respetuosos afectos á que daban origen los pesares consagrados á los muertos ilustres, los homenajes tributados á su memoria, y los ejemplos presentados en su nombre á sus sucesores! La naturaleza lo animó todo; ¿querria transformar el hombre por ventura todo en abstraccion?

Una república, en que está sancionada la igualdad política, debe llevar la máxima de establecer las distinciones mas notables entre

los hombres, según sus talentos y virtudes. Las naciones libres deben tener en sus tribunales jueces inalterables, que administren justicia á todos, sin mezcla ninguna de indignación ó entusiasmo. Pero cuando ellas han conferido á sus magistrados la impasible potestad legal, deben entregarse sin peligro al libre vuelo de la aprobación ó censura; y pueden ofrecer á los grandes hombres el único premio por el que ellos quieren sacrificarse, la opinión del tiempo presente y futuro, la opinión, único galardón, única ilusión de que la virtud misma no tiene fuerzas nunca para desaparecerse.

¿Y César, y Cromwel, pensais, se dirá, que no haya sido fatal para su patria el entusiasmo que ellos infundieron?

El entusiasmo que la gloria de las armas infunde, es el único que puede ser peligroso para la libertad, pero hasta este entusiasmo no tiene adversas resultas mas que en los países en que diversas causas destruyeron la admiración merecida por las prendas morales ó talentos civiles. A causa de que en Roma,

de que en Inglaterra, dilatados crímenes, dilatados desastres habian infundido repugnancia en la nación para acordar su estimación, fué arruinada la república.

Y sin embargo qué potestad luchó por sí sola contra César? No fueron las instituciones de los Romanos, su senado, ni sus ejércitos; sino que fué la consideración de un solo hombre, el respeto con que miraban todavía á Caton. Este respeto contrapesó los destinos; y César no pudo tenerse por dueño mas que cuando no existió ya este hombre.

Caton representaba el dominio de la virtud en la tierra. Le admiraba Roma, con aquella libre admiración que honra á la nación que la experimenta, y presenta á la tiranía mil veces mas obstáculos que la confusión de los nombres, de las acciones y genios. Querrian dar á esta confusión el nombre de república filosófica; y no sería, efectivamente, mas que combates sin victoria, ruinas sin fin, y calamidades sin término.

La reputación, los votos constantemente

unidos á los hombres que han seguido honrosamente la carrera de los negocios públicos, son uno de los primeros medios de conservar la libertad; y lo que puede contribuir mas eficazmente á los progresos de las luces, es mezclar juntamente, como entre los antiguos, la carrera de las armas, la de la legislación, y la de la filosofía. Ninguna cosa anima ni regulariza las meditaciones intelectuales, como la esperanza de hacerlas inmediatamente útiles al género humano. Cuando el pensamiento puede ser el precursor de la accion, cuando una reflexion feliz puede transformarse al instante en una institucion benéfica, ¡cuanto interes no toma el hombre en el progreso de su inteligencia! No teme ya consumir en sí mismo la antorcha de la razon, sin poder iluminar nunca con su luz las sendas de la vida activa; ni experimenta ya aquella especie de vergüenza que resentia el ingenio condenado á algunas ocupaciones especulativas en presencia del hombre mas mediano, si revestido este hombre con una autoridad de cualquiera especie, podia en-

jugar algunas lágrimas, prestar un servicio útil, hacer bien á lo ménos á alguien en la tierra.

Quando el pensamiento puede contribuir eficazmente á la dicha del hombre, su mision se hace mas noble, su fin se engrandece; no es ya solamente una imaginacion dolorosa, que recorre todos los males del mundo sin poder aliviárlas, sino un arma poderosa que la naturaleza da, y cuyo triunfo debe asegurarse por la libertad.

Los vencedores temen á los soldados que conquistáron su imperio con ellos; los sacerdotes tienen miedo del fanatismo mismo de que toda su dominacion depende; los ambiciosos se desconfian de sus instrumentos; pero habiendo llegado los hombres ilustrados á las primeras plazas del estado, no cesan de ser amantes y propagadores de las luces. La razon no tiene que temer nada de la razon, y los espíritus filosóficos fundan su fuerza sobre sus semejantes.

Despues de haber examinado los diversos principios de la emulacion entre los hombres,

tengo por útil el considerar qué influjo pueden tener las mugeres sobre las luces : lo cual será objeto del siguiente capítulo.



CAPITULO IV.

De las Mugeres que cultivan las letras.

« La desgracia es como la montaña negra de Bember, al extremo del abrasado reino de Labor. Mientras que uno la sube, no ve delante de sí mas que riscos estériles; pero cuando está en la cima, el cielo está sobre su cabeza, y el reino de Cachemira á sus pies. »

La Cabaña indiana, por BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

La existencia de las mugeres en sociedad es todavía incierta bajo muchos aspectos. El deseo de agradar estimula su talento; la razon les aconseja la obscuridad; y todo es arbitrario tanto en sus triunfos como en sus desaciertos.

Acaecerá, en mi entender, una época de

cualquiera especie, en que legisladores filósofos pondrán una atención seria en la educación que deben recibir las mugeres, en las leyes civiles que las patrocinan, en las obligaciones que es preciso imponerles, en la felicidad que se les puede afianzar; pero, en el actual estado, no están, las mas de ellas, en el orden natural, ni en el social. Lo que les sale bien á las unas, se les desgracia á las otras; las buenas prendas les perjudican unas veces, y las favorecen los defectos otras; ya lo son todo, ya son nulas. Se asemeja su suerte, bajo algunos aspectos, á la de los libertos bajo los emperadores; si ellas quieren conquistar algun ascendiente, les forman un delito de una facultad que no les acordaron las leyes; y si permanecen esclavas, es oprimido su destino.

Vale ciertamente mucho mas, en general que se dediquen las mugeres á las virtudes domésticas únicamente; pero lo que hay de estravagante en los juicios de los hombres relativos á ellas es que les perdonan mas bien el faltar á sus obligaciones que el lla-

marse la atencion con distinguidos talentos; toleran en ellas la degradacion del corazon en favor de la mediocridad del espíritu, mientras que la mas perfecta honestidad podria obtener apenas gracia por una real superioridad.

Esplanaré las diversas causas de esta singularidad. Empiezo desde luego examinando cual es su suerte en las monarquías, y cual es tambien en las repúblicas. Me dedico á caracterizar las principales diferencias que estas dos situaciones políticas deben producir en la suerte de las mugeres que aspiran á la celebridad literaria; y considero despues de un modo general qué felicidad puede prometer la gloria á las mugeres que quieren llegar á ella.

En las monarquías, tienen que temer las mugeres la ridiculez, y en las repúblicas el odio.

Está en el orden de las cosas que en una monarquía en que el tacto de las conveniencias se ejerce tan finamente, toda accion rara, todo impulso para salir uno de su es-

fera, parezca desde luego ridiculo. Lo que uno está obligado á hacer por su estado, por su situacion, halla mil aprobadores; pero lo que inventa sin necesidad, sin obligacion, se juzga de antemano severamente. Los zelos naturales á todos los hombres no se aplacan mas que si podeis disculparos, por decirlo así, de un triunfo por medio de una obligacion; si no encubris la gloria misma con el pretesto de vuestra situacion é interes, importunaréis á los que la ambicion atrae hácia el mismo camino que á vosotros.

En efecto, pueden ocultar los hombres siempre su amor propio y el deseo que tienen de ser aplaudidos bajo la apariencia ó realidad de las pasiones mas fuertes y nobles; pero cuando las mugeres escriben, como se les supone en general por primer motivo el deseo de manifestar talento, les acuerda el público difícilmente su voto. Conoce que las mugeres no pueden pasarse sin él, y esta idea engendra en el público la tentacion de negarsele. En todas las situaciones de la vida, puede notarse que desde que un hombre

echa de ver que necesitamos sumamente de él, se entibia casi siempre para con nosotros. Cuando una muger da á luz un libro, se pone en tanto grado bajo la dependencia de la opinion, que los dispensadores de esta le dan á conocer duramente su dominacion.

A estas causas generales, que obran casi igualmente en todos los paises, se agregan diversas circunstancias particulares de la monarquía francesa. El espíritu de caballería que todavía subsistia, se oponia, bajo algunos aspectos, á que aun los hombres cultivaran con suma aplicacion las letras. Este mismo espíritu debia infundir mas aversion todavía contra las mugeres que se ocupaban muy esclusivamente en esta especie de estudio, y distraian así sus pensamientos de su primer interes, los afectos del corazón. La delicadeza del pundonor podia inspirar á los hombres alguna repugnancia para sujetarse ellos mismos á cuantas especies de critica pueden resultar de la publicidad; con cuanta mayor razon podia desagradarles el ver á los seres que ellos estaban encargados de prote-

ger, á sus mugeres, á sus hermanas ó hijas, correr los acasos de los juicios del público, ó darle á lo ménos el derecho de estar mentándolas habitualmente.

Un talento superior triunfaba de todas estas consideraciones; pero hallaban las mugeres dificultad sin embargo en tener noblemente la fama de autoras, en conciliarla con la independencia de una alta clase, y no perder nada, con esta fama, de la magestad, gracia, soltura y naturalidad que debian caracterizar su tono y habituales modales.

Tenian licencia ciertamente las mugeres para sacrificar las ocupaciones de su interior al gusto y diversiones mundanas; pero se acusaba de pedantismo todo estudio serio; y si una muger no se hacia superior, desde los primeros pasos, á las burlas que la asaltaban por todas partes, semejantes burlas lograban desalentar el ingenio, y aun agotar la fuente de la confianza y exaltacion.

No puede volverse á hallar una parte de estos inconvenientes en las repúblicas, y especialmente en una que tuviera por objeto el

adelantamiento de las luces. Quizas seria natural que en semejante estado, la literatura propiamente dicha fuera el patrimonio de las mugeres, y que los hombres se dedicaran únicamente á la alta filosofia.

Se dirigió la educacion de las mugeres, en todos los estados libres, segun el espíritu de la constitucion que se habia establecido en ellos. En Esparta, las acostumbraban á los ejercicios de la guerra; en Roma, se exigian de ellas virtudes austeras y patrióticas. Si se quisiera que el principal móvil de la república francesa fuera la emulacion de las luces y de la filosofia, seria cosa muy razonable el dar fomento al cultivo intelectual de las mugeres, á fin de que los hombres pudieran conversar con ellas sobre ideas que cautivaran su interes.

No obstante esto, despues de la revolucion, pensáron los hombres que habia una utilidad política y moral en reducir á las mugeres á la mas absoluta mediocridad; no les dirigiéron mas que un miserable language tan falto de delicadeza como de talento; no

tuviéron ellas ya motivo ninguno para dar progreso á su razon; y no se mejoráron con ello las costumbres. Limitando la estension de las ideas, no fué posible renovar la simplicidad de las primitivas edades; de ello resultó únicamente que ménos talento condujo á ménos delicadeza, á ménos arbitrios para sobrellevar la soledad. Aconteció lo que se aplica á todo en la actual disposicion del ingenio: se cree siempre que las luces obran el mal, y se quiere remediarle haciendo retroceder la razon. El mal de las luces no puede corregirse mas que adquiriendo mas luces todavia. O la moral seria una idea falsa, ó es verdad que cuanto mas nos ilustramos, tanto mas inclinacion le tenemos.

Si los Franceses pudieran infundir á sus mugeres las virtudes todas de las Inglesas, sus costumbres retiradas, su propension á la soledad, harian muy bien en preferir semejantes prendas á todos los dones de un sobresaliente talento; pero lo que podrian conseguir de sus mugeres, seria el no leer nada, no saber cosa ninguna, y no tener nunca en

la conversacion una idea interesante, una espresion feliz, ni un lenguaje realzado; y tan léjos de que esta bienaventurada ignorancia las fijara en su interior, sus hijos les serian ménos queridos cuando ellas estuvieran inhabilitadas para dirigir su educacion. Se les haria mas necesario y peligroso juntamente el trato de gentes; porque no se les podria hablar nunca mas que de amor, y aun este amor careceria de la delicadeza que puede hacer las veces de la moralidad.

Muchos beneficios de suma importancia para la moral y felicidad de un pais quedarían malogrados, si se consiguiera hacer totalmente insípidas ó frívolas á las mugeres. Tendrían ellas muchos ménos medios de templar las pasiones furiosas de los hombres; no tendrían ya, como en otros tiempos, un útil ascendiente sobre la opinion: las mugeres son quienes la animaban en cuanto depende de la humanidad, de la generosidad y delicadeza. Unicamente estos seres escluidos de los intereses políticos y de la carrera de la ambicion, colman de menos-

precio todas las acciones bajas, señalan la ingratitud, y saben honrar la desgracia cuando la han causado nobles ideas. Si no habian ya en Francia mugeres bastante ilustradas para que su juicio pudiera contar, ni bastante nobles en sus modales para infundir un verdadero respeto, la opinion de la sociedad no tendria ya dominio ninguno sobre las acciones humanas.

Creo firmemente que en el antiguo gobierno, en que la opinion ejercia un tan saludable influjo, este influjo era la obra de las mugeres distinguidas por su talento y buenas prendas: se citaba frecuentemente su elocuencia cuando un designio generoso las inspiraba, cuando ellas tenian que defender la causa de la desgracia, cuando la espresion de un afecto requería valor y desagradaba al gobierno.

Durante el curso de la revolucion, diéron estas mismas mugeres tambien las mayores pruebas de sacrificio y energía.

Los hombres, en Francia, no pueden ser nunca bastante republicanos para pasarse

totalmente sin la independencia y natural nobleza de las mugeres. Tenian ellas sin duda, en el antiguo gobierno, sumo influjo sobre los negocios; pero no son ménos peligrosas cuando están destituidas de luces, y de razon por consiguiente; se dirige su predominio entónces hácia inmoderados gustos de fortuna, hácia elecciones sin discernimiento, hácia recomendaciones sin delicadeza; y envilecen ellas á los que aman en vez de exaltarlos. ¿Gana con ello el estado? ¿Debe privarse la república de la celebridad de que gozaba la Francia con el arte de agradar y vivir en sociedad, por el rarísimo peligro de encontrar á una muger cuya superioridad sea desproporcionada con la suerte de su sexo? Pues bien, sin las mugeres la sociedad no puede ser agradable ni picante; y las mugeres privadas de talento, ó de aquella gracia de conversacion que supone la educacion mas distinguida, vician la sociedad en vez de hermosearla; en ella introducen una especie de simpleza en los discursos y de maledicencia de corrillo, una insulsa ale-

gría que debe acabar enagenando á todos los hombres realmente superiores, y reduciria las lucidas concurrencias de Paris á los jóvenes que no tienen nada que hacer y á las jóvenes que tampoco tienen nada que decir.

En los negocios humanos podemos descubrir inconvenientes en todo. Los hay indubitavelmente en la superioridad de las mugeres, aun en la de los hombres, en el amor propio de las gentes de talento, en la ambicion de los héroes, en la imprudencia de las almas grandes, en la irritabilidad de los genios independientes, en la impetuosidad del valor, etc. ¿Será necesario por ello luchar con todos los esfuerzos contra las buenas prendas naturales, y dirigir todas las instituciones hácia el abatimiento de las facultades? Apénas es cierto que este abatimiento favoreciera las autoridades de familia ó las gubernativas. Las mugeres sin espíritu de conversacion ó literatura, tienen comunmente mas arte para eximirse de sus obligaciones; y las naciones sin luces no saben ser libres,

pero mudan de dominadores con suma frecuencia.

El ilustrar, formar, y perfeccionar á las mugeres como á los hombres, á las naciones como á los individuos, es tambien el mejor secreto para todos los fines razonables, para todas las relaciones sociales y politicas á que se quiere asegurar un durable fundamento.

No podria temerse el talento de las mugeres mas que por una delicada inquietud sobre su felicidad. Es posible que despejando su razon, se les comunican luces sobre las desgracias frecuentemente anejas á su suerte; pero se aplicarian los mismos racionios al efecto de las luces en general sobre la felicidad del género humano, y esta cuestion me parece decidida.

Si es imperfectisima en el órden civil la situacion de las mugeres, es menester ocuparse en mejorar su suerte, y no en degradar su talento. Es útil á las luces y felicidad de la sociedad que las mugeres cultiven solícitamente su espiritu y razon. Una sola contingencia, realmente adversa, podria resul-

tar de la esmerada educacion que debe dárseles: seria si algunas de ellas adquirieran facultades suficientemente distinguidas para experimentar la necesidad de la gloria; pero aun esta casualidad no traeria perjuicio ninguno á la sociedad, y no seria fatal mas que al escasisimo número de mugeres á quienes la naturaleza condenara al martirio de una importuna superioridad.

Si hubiera una muger seducida por la celebridad del ingenio, y que quisiera tratar de lograrla, cuan fácil seria el disuadirselo, si fuera tiempo de ello todavia! Se le mostraria á qué horrenda suerte estaria dispuesta á condenarse. Examine Vm. el órden social, le dirian, y verá al punto que está todo él entero armado contra una muger que quiere elevarse á la altura de la fama de los hombres.

Desde que una muger se señala como una persona distinguida, el público en general está impresionado contra ella. El vulgo no juzga nunca mas que con arreglo á ciertas máximas comunes, á las que uno puede ate-

nerse sin riesgo ninguno. Quanto sale de este curso habitual, desagrada desde luego á los que miran la práctica de la vida como la salvaguardia de la mediocridad. Un hombre superior los espanta ya; pero desviándose una muger superior todavia mas del camino trillado, debe pasmar, é incomodar mas por consiguiente. Teniendo sin embargo casi siempre un hombre distinguido que recorrer una carrera, sus talentos pueden ser útiles aun á los intereses de aquellos que dan ménos valor á los encantos del pensamiento. El hombre de ingenio puede llegar á ser un hombre poderoso; y bajo este aspecto, los envidiosos y necios le guardan miramientos; pero una muger entendida no está destinada á presentarles mas que lo que les interesa ménos, ideas nuevas ó afectos elevados: su celebridad no es mas que un ruido cansado para ellos.

La gloria misma puede censurársele á una muger; porque hay contraste entre la gloria y su destino natural. La austera virtud condena hasta la celebridad de lo que es bien en

si, como si causara una especie de ofensa á la perfeccion de la modestia. Pasmados los hombres hábiles de encontrar competidores entre las mugeres, no saben juzgarlas con la generosidad de un adversario, ni con la indulgencia de un protector; y en este nuevo combate, no siguen las leyes del honor, ni las de la bondad.

Si una muger, para colmo de desgracia, se grangeara una notable celebridad en el seno de las turbulencias políticas, se tendría por ilimitado su influjo aun cuando ella no ejerciera ninguno, la acusarian de todas las acciones de sus amigos: la aborrecerian por cuanto ella quiere; y se dirigirian desde luego los tiros contra el objeto indefenso antes de llegar á los que pudieran temerse todavia.

Ninguna cosa presenta mas campo á las vagas suposiciones, que la incierta existencia de una muger cuyo nombre es célebre y cuya carrera es obscura. Si el talento vano de este hombre mueve á irrisión, si las prendas viles de estotro le hacen rendirse bajo el

peso del menosprecio, si es desechado el hombre mediano, todos gustan mas de achacarlo á aquella potestad desconocida que se llama una muger. Los antiguos se persuadian que el destino habia embarazado sus designios euando ellos no se cumplian; tambien el amor propio de nuestros tiempos quiere atribuir sus reveses á ocultas causas, y no á sí mismo, y la supuesta dominacion de las mugeres famosas podria, en caso necesario, hacer las veces de la fatalidad.

Las mugeres no tienen modo ninguno de manifestar la verdad, ni de aclarar su vida. Oye su calumnia el público, y únicamente la sociedad íntima puede juzgar de la verdad. ¿Qué medios auténticos podria tener una muger para demostrar la falsedad de falsas imputaciones? El hombre calumniado responde con sus acciones al mundo; puede decir:

Mi vida es un testigo al que conviene oír tambien.

Pero ¿cual es este testigo para una muger? algunas virtudes privadas, algunos

favores oscuros, algunos afectos encerrados en la estrecha esfera de su destino, algunos escritos que la darán á conocer en los países en que ella no habita, en los años en que ya no existirá.

Un hombre puede, hasta en sus obras, refutar las calumnias de que él es objeto; pero en órden á las mugeres, el defenderse es un perjuicio mas; y el justificarse, un nuevo ruido. Las mugeres conocen que hay en su naturaleza algo de puro y delicado, ajado prontamente aun con las miradas del público: el ingenio, habilidades, y un alma apasionada, pueden hacerlas salir de la sombra que deberia rodearlas siempre; pero la echan de continuo ménos como su verdadero asilo.

El aspecto de la malevolencia hace temblar á las mugeres, por mas distinguidas que sean. Animosas en la adversidad, son tímidas contra la enemistad; el pensamiento las enardece, pero su genio permanece débil y sensible. Las mas de las mugeres á quienes

eminentes facultades inspiraron el deseo de la fama, se asemejan á Herminia revestida con las armas del combate : los guerreros ven el casco, lanza, y relumbrante penacho; creen encontrar la fuerza, embisten con violencia, y llegan desde los primeros golpes al corazon.

Las injusticias no solamente pueden turbar enteramente la felicidad y paz de una muger, sino desaparegar tambien de ella hasta los primeros objetos de su corazon. ¿ Quien sabe si la imágen presentada por la calumnia no lucha á veces contra la verdad de los recuerdos? ¿ Quien sabe si los calumniadores, despues de haber despedazado la vida, no despojarán hasta la muerte de los tiernos pesares que deben acompañar á la memoria de una muger amada?

En esta pintura, no he hablado todavia mas que de la injusticia de los hombres para con las mugeres distinguidas; ¿ no es de temer tambien la de las mugeres? ¿ No excitan ellas ocultamente la malevolencia de los hom-

bres? ¿ Se ligan las mismas nunca con una muger para sostenerla, defenderla, y apoyar sus vacilantes pasos?

No está todo en esto; parece que la opinion descarga á los hombres de todas las obligaciones para con una muger en la que se hubiera reconocido un talento superior: puede ser uno ingrato, pérfido, malo con ella, sin que la opinion se encargue de vengarla. ¿ No es una muger extraordinaria? Todo está dicho entónces; la abandonan á sus propias fuerzas, y la dejan en lucha con el dolor. El interés que una muger infunde, la potestad que preserva á un hombre, todo le falta con frecuencia á un mismo tiempo; ella recorre con su singular existencia, como los Parias de la India, todas las clases de que no puede ser, todas las clases que la consideran como si debiera existir por sí sola; objeto de la curiosidad, quizas de la envidia, y no mereciendo efectivamente mas que la conmiseracion.

CAPITULO V.

De las Obras de imaginacion.

Es fácil señalar los defectos que el buen gusto impone siempre la ley de evitar en las obras literarias; pero no lo es igualmente indicar cual es el camino que la imaginacion debe trazarse en lo futuro para producir nuevos efectos. Hay ciertos medios de acierto en literatura cuyas causas se destruyéron necesariamente por la revolucion. Demos principio examinando cuales son estos medios, é irémos á parar naturalmente á algunos bosquejos sobre los nuevos recursos que pueden descubrirse todavía.

Las obras de imaginacion obran de dos modos sobre los hombres: presentándoles pintantes pinturas que dan origen á la alegría,

ó estimulando las conmociones del alma. Las conmociones del alma tienen su raiz en las relaciones inherentes á la naturaleza humana; la alegría, no es frecuentemente mas que una resulta de relaciones diversas, y extravagantes á veces, establecidas en la sociedad. Las conmociones del alma tienen pues una causa durable que sufre pocas mudanzas con los acaecimientos politicos, mientras que la alegría está dependiente, bajo muchos aspectos, de las circunstancias.

Cuanto mas se simplifican las instituciones, tanto mas se borran los contrastes cuyas palpables oposiciones sabe hacer resaltar el espíritu filosófico. Voltaire es entre todos los escritores aquel cuyas obras sirven mejor para demostrar cuantos recursos quitaria un órden político razonable á la chanza. Voltaire pone de continuo en oposicion lo que deberia ser con lo que era, la pedanteria de las formas con la frivolidad de los talentos, la austeridad de los dogmas religiosos con las indulgentes costumbres de los que los ense-

ñaban, la ignorancia de los grandes con su autoridad. Ultimamente los mas de sus escritos suponen instituciones contrarias siempre á la razon, é instituciones harto eficaces para dar á la chanza que las impugna el mérito de la valentía. Si una cierta religion no estuviera autorizada en un pais, no seria mas picante el mofarse de ella, que lo seria en Europa el ridiculizar las ceremonias de los Bramas. Lo mismo sucede, con la preocupacion del nacimiento, é irritantes corruptelas que ella puede acarrear. Los habitantes de un pais en que no existieran semejantes corruptelas, acordarian apénas una leve sonrisa á las irrisiones que tuvieran estas preocupaciones por objeto.

Los Americanos conocerian muy débilmente el mérito de una situacion cómica que hiciera alusion á instituciones totalmente ajenas de su gobierno; oirian quizas todavia lo que sobre ello puede decirse á causa de sus relaciones con la Europa; pero sus escritores pensarian nunca en ejercitarse sobre semejante materia. Cuantas chanzas se fundan en

las instituciones civiles y políticas contrarias á la razon natural, pierden su efecto desde que ellas consiguen su fin, la reforma del órden social.

Los Griegos se burlaban de sus magistrados, pero no de sus instituciones. Su religion poética sujetaba su imaginacion; gobernándolos siempre una autoridad de eleccion suya, ó un tirano que los esclavizaba enteramente. No estudiéron nunca, como los Franceses, en aquella especie de situacion intermedia, la mas fecunda de todas en contrastes intelectuales.

La nacion francesa tomaba sus propias penas por objeto de sus burlas, llenaba de ridiculez con su talento lo que ella incensaba con sus formas, afectaba manifestarse ajena de sus mas importantes intereses, y consentia en tolerar la tirania, con tal que pudiera mofarse de sí misma como habiéndola soporado.

Los filósofos griegos, no se pusieron, como los de los paises monárquicos, en oposicion con las instituciones de su pais; ni te-

nian la idea de aquellos derechos de herencia que fundan los mas de los poderes entre las naciones modernas desde la invasion de las naciones del Norte. La autoridad de los magistrados, en la Grecia, debia su fuerza al consentimiento de la nacion misma. Ninguna cosa hubiera parecido pues mas singular que el tratar de ridiculizar un órden político enteramente dependiente de la voluntad general. Los pueblos libres, por otra parte, dan mucho valor á las instituciones que los gobiernan, para entregarlas al acaso de una insolente mofa.

Si es libre la constitucion de Francia, y filosóficas sus instituciones, no teniendo ya las chanzas sobre el gobierno utilidad ninguna, no tendrán tampoco interes ninguno. Aun las que llevan la mira, como en Cándido, de mofarse del género humano, no convienen bajo muchos aspectos á un gobierno republicano.

Cuando la tiranía existe, es preciso consolar á los esclavos, denigrando á su vista la suerte de todos los mortales; pero la exal-

tacion necesaria á la libertad republicana debe infundir aversion para cuanto puede mirarse á degradar la naturaleza humana. El hacer fastidiosa la vida, no es fortalecer el valor. Lo que importa, es hacer superiores á ella los gozos de la virtud, y dar un sumo valor á todos los afectos del corazon, para realzar otro tanto mas el afecto supremo, el amor de lo bueno y de los hombres.

El secreto de la chanza consiste, generalmente, en abatir todas las especies de vuelo, en dar golpes de arriba á abajo; y desconcertar la pasion con la serenidad. Este secreto sirve poderosamente contra la soberbia y preocupaciones; pero es necesario que la libertad, que la virtud patriótica se sostengan por medio de un interés muy activo en la felicidad y gloria de la nacion; y amortiguamos la vivacidad de este afecto, si infundimos á los hombres distinguidos aquella especie de desdeñoso aprecio de las cosas humanas, que inclina á la indiferencia tanto del bien como del mal.

Cuando camina la sociedad por las sendas

de la razon, conviene evitar el abatimiento mas particularmente; y aquellas chanzas que, despues de haber destruido útilmente la fuerza de las preocupaciones, no pudieran obrar ya mas que sobre el dominio de los afectos reales, semejantes chanzas impugnarian el principio de existencia moral que debe sostener á los individuos y á los hombres. Asi pues Cándido y los escritos de esta clase que se mofan, por medio de una burlona filosofía, aun de la importancia aneja á los mas nobles intereses de la vida, son perniciosos en una república, en que hay necesidad de apreciar á sus semejantes, de creer en lo bueno que puede hacerse, y de animarse para los sacrificios de todos los dias con la religion de la esperanza.

Existe sin duda, en las obras de talento, otra especie de alegría que la que depende casi únicamente de algunas chanzas sobre el orden social ó suerte humana; es la observacion justa y fina de las pasiones y genios. El talento de Moliere es el mas sublime modelo de este supremo ingenio. Voltaire no

pudo producir en esta especie ningun acierto teatral, por mas gracioso que sea siempre el rumbo de su ingenio. Queda pues por examinar cuales son los asuntos de comedia que pueden salir mas acertados en un estado libre.

Hay dos especies de ridiculez muy distintas entre los hombres, la que depende de la naturaleza misma, y la que se diversifica segun las diferentes modificaciones de la sociedad. Las ridiculeces de esta postrera especie deben ser mucho ménos numerosas en los paises en que se halla establecida la igualdad política; porque aproximándose mas las comunicaciones sociales á las relaciones naturales, concuerdan las conveniencias mas con la razon. Podia ser uno en el antiguo gobierno hombre de sumo mérito, y hacerse ridiculo sin embargo con la absoluta ignorancia de los estilos. Las conveniencias reales, en un estado libre, no pueden ofenderse mas que con las efectivas faltas intelectuales ó geniales.

Tenia uno frecuente precision, en tiempo

de la monarquía, de conciliar su dignidad é interes, la esterioridad del valor y el oculto cálculo de la lisonja, el aspecto de la indolencia y la perseverancia del interes personal, la realidad de la servidumbre y la afectacion de la independéncia. Todas las cuales dificultades por superar, podian hacer muy fácilmente ridículo al que no conocia el arte de eludir las. Mas simplicidad en los modales y situaciones suministraria á los escritores, bajo la república, muchos ménos asuntos cómicos.

Entre las piezas de Moliere, hay algunas que se fundan únicamente sobre varias preocupaciones establecidas, tales como el *Particular hidalgo*, *Jorge Dandin*, etc.; pero las hay tambien, tales como el *Avaro*, *Gazmoño*, etc., que pintan al hombre de todos los países y tiempos; y estas podrian convenir á un gobierno libre, sino en cada menudencia, por el conjunto á lo ménos.

La comedia que se funda sobre los vicios del corazon humano, es mas palpable, mas amarga que la que representa simples ridícu-

leces ó estravagantes instituciones. Esperimentamos un confuso afecto de tristeza en las escenas mas cómicas del *Gazmoño*, á causa de que nos recuerdan ellas la natural maldad del hombre; pero cuando las burlas estriban sobre las estravagancias que resultan de ciertas preocupaciones, ó sobre estas mismas, la esperanza que conservamos siempre de corregirlas, esparce una alegría mas grata sobre la impresion causada por la ridiculez. No puede tenerse el talento ni la ocasion de esta especie de ligera alegría en un gobierno fundado sobre la razon; y los ingenios deben dirigirse mas bien hácia la alta comedia, la mas filosófica de todas las obras de imaginacion, y la que supone el mas profundo estudio del corazon humano. La república puede promover una nueva emulacion en esta carrera.

Lo que un hombre se recrea en hacer irrisible, bajo una monarquía, son los modales que están en oposicion con los estilos de uso; lo que, en una república, debe ser el objeto de los tiros de la mofa, son los vicios del al-

ma que perjudican al bien general. Voy á recordar un ejemplo notable de los asuntos nuevos que la comedia puede tratar, y del nuevo fin que ella debe proponerse.

En el *Misántropo*, Filinto es el hombre razonable, y nos reimos de Alcéstes. Desencerrando un autor moderno estos dos genios en lo sucesivo de su vida, nos hizo ver á Alcéstes generoso y adicto en la amistad, y á Filinto codicioso de oculto, y tiránicamente egoísta. El autor cogió, á mi entender, el aspecto bajo el que conviene presentar la comedia en adelante; porque es necesario impugnar ahora en el teatro los vicios negativos por decirlo así, aquellos que se componen de la privación de las buenas prendas. Es preciso señalar ciertas formas detras de las cuales se retiran tantos hombres para ser egoístas con sosiego, ó pérfidos con decencia. El espíritu republicano requiere virtudes positivas, virtudes conocidas. Muchos hombres viciosos no tienen mas ambicion que la de librarse de la ridiculez; es preciso darles á conocer, es preciso tener el talento de pro-

barles que el triunfo del vicio presenta mas materia de mofa que la torpeza de la virtud.

De algun tiempo á acá, se llama un genio resuelto el que camina hácia su interes con menosprecio de todas sus obligaciones; y un hombre entendido, el que falta sucesivamente á cuantos vínculos él ha formado. Se quiere dar á la virtud el aspecto de la tontería, y hacer pasar el vicio por el gran pensamiento de un alma fuerte; es preciso que se dedique la comedia á hacer conocer con talento que la inmoralidad del corazon es tambien la prueba de lo estrecho del talento; es preciso que ella logre poner en un martirio el amor propio de los hombres corrompidos, y que haga tomar una nueva direccion á la ridiculez. Gustaban en otros tiempos de pintar la gracia de ciertos defectos, la simpleza de las prendas estimables; pero lo que es apetecible hoy dia, es consagrar el talento á restablecerlo todo en el verdadero sentido de la naturaleza, á mostrar reunidos juntamente el vicio y estupidez, el ingenio y la virtud.

¿Cuales serán nuestros contrastes, se dirá, y de donde se originarán nuestros efectos? Deben salir algunos muy inesperados de esta nueva especie. No se cesó, por ejemplo, de presentarnos en el teatro la inmoral conducta de los hombres para con las mugeres, á fin de mofarse de las mugeres engañadas. La confianza que pueden tener las mugeres en los afectos que ellas infunden, puede servir, con razon, de objeto á la mofa; pero el talento se manifestaria mas consumado, y el asunto seria mas elevado, si se aplicara la ridiculez al engañador, si se supiera hacerla recaer sobre el opresor y no sobre la víctima. Hay facilidad en vituperar lo que es culpable en sí; pero lo gracioso está en echar hábilmente sobre la inmoralidad el oropel de la tontería; lo cual es posible.

Los hombres que quieren hacer recibir sus vicios é infamias como unas gracias mas, cuya presunción de talento es tanta que se jactarian casi con nosotros mismos de habernos vendido hábilmente, si no esperaran que lo supiéramos en algun dia, aquellos hom-

bres que quieren encubrir su incapacidad con su maldad, lisonjeándose de que no se descubrirá nunca que un espíritu tan fuerte contra la moral universal es tan débil en sus concepciones políticas, aquellos genios tan independientes de la opinion de las gentes honradas, y tan trémulos ante la de los hombres poderosos, aquellos embaucadores de vicios, aquellos censuradores de ideas elevadas, aquellos fisgonos de las almas sensibles; á estos, es necesario condenarlos á la ridiculez que ellos preparan, despojarlos como unos seres miserables, y abandonarlos á la irrisión de los niños. No es nada el dirigir contra ellos el poder enérgico de la indignacion; sino que es necesario saber quitarles hasta aquella fama de destreza é insolencia con que ellos contaban como una compensacion de la pérdida de la estimacion.

En los países en que son razonables las instituciones políticas, debe darse á la ridiculez la misma direccion que al menosprecio. Es necesario entregar el vicio galano, el vicio reservado, el vicio hábil á los sarcasmos

de la mofa, único vengador que se introduzca en el seno mismo de la prosperidad de los malos, y única arma que hiera todavía al que no conoce ya la vergüenza ni remordimientos.

Lo que pervierte la moralidad en Francia, es la necesidad de hacer impresion de un modo de cualquiera especie, y con el talento especialmente. Cuando las prendas que uno posee no bastan para conseguir este fin, recurre al vicio para hacerse notar; da este unas formas confiadas, una especie de satisfacción y firmeza, contra la desgracia de los otros á lo ménos, que puede hacer alguna ilusion. La comedia debe luchar contra esta detestable disposicion, haciéndole malograr su objeto. La indignacion vituperá el vicio como una potestad; la comedia debe colocarle entre las debilidades del mas miserable espíritu.

La literatura de los paises libres fué rara vez célebre, como lo he dicho, en buenas comedias: la facilidad de acertar por medio de alusiones á las circunstancias del dia, y la

gravidad de los grandes intereses políticos, perjudicaron tambien alternativamente, en diversos pueblos, al arte de la comedia. Pero en Francia, el dominio del amor propio conserva tanta actividad, que él suministrará todavía por mucho tiempo materia para las combinaciones cómicas. Horacio pintó al hombre justo permaneciendo en pie sobre las ruinas del mundo. Sucede lo mismo con el concepto que un Frances tiene formado de sí mismo. Sobrevive intacto semejante concepto á cuantas faltas él comete, igualmente que á cuantas ruinas le circundan. Mientras que no se borre este rasgo del genio nacional entre nosotros, los autores cómicos tendrán siempre asuntos picantes que tratar; y la ridiculez será siempre una facultad que puede servir para los progresos de la filosofía, como la razon y los afectos.

La tragedia pertenece á unos afectos siempre los mismos; y como ella pinta el dolor, es inagotable la fuente de sus efectos. La modifican sin embargo, al modo de todas las producciones del ingenio humano, las insti-

tuciones sociales y las costumbres que dependen de ellas.

Los asuntos antiguos y sus imitadores hacen ménos impresion en la república que en la monarquía: las distinciones de clase hacian todavía mas palpables las penas anejas á los reveses de la suerte; ponian ellas entre la adversidad y el trono un inmenso intervalo que el pensamiento no podia pasar mas que estremeciéndose. El orden social que, entre los antiguos creaba esclavos, ahondaba mas abajo todavia el abismo de la miseria, encumbraba todavia mas la fortuna, y daba proporciones realmente teatrales al destino humano. Podemos interesarnos sin duda en unas situaciones, de cuyos análogos ejemplos carecemos en nuestro pais; pero sin embargo el espíritu filosófico que á la larga debe resultar de las instituciones libres y de la igualdad política, semejante espíritu disminuye todos los dias el dominio de las ilusiones sociales.

La dignidad regia se habia desterrado, y destruido con frecuencia por los antiguos go-

biernos; pero en nuestros dias fué analizada, y es lo que puede haber de mas contrario á los efectos de la imaginacion. El esplendor de la potestad, el respeto que ella infunde, la conmiseracion de que nos penetramos para con los que la pierden cuando les suponemos un derecho para poseerla, todos estos afectos obran en el alma prescindiendo del talento del autor, y su fuerza se debilitaria sumamente en el orden político que supongo. Aun ya el hombre ha padecido mucho como hombre para que las dignidades, la autoridad, las circunstancias finalmente que son particulares á algunas suertes solamente, aumenten mucho la conmocion causada por la adversidad.

Conviene evitar sin embargo el formar de la tragedia un drama; y para preservarse uno de este defecto, debe tratar de hacerse cargo de la diferencia de estas dos especies. Esta diferencia no consiste únicamente, á mi entender, en la clase de los personajes que se representan, sino tambien en la grandeza de los genios y la fuerza de las pasiones que se saben pintar.

Se hicieron muchas tentativas para acomodar al teatro frances algunas perfecciones del ingenio ingles, varios efectos del teatro aleman; y, si se exceptúa un cortísimo número *, estos ensayos lograron instantáneos triunfos, pero ninguna reputacion durable. Es que el enternecimiento en las tragedias, como la risa en las comedias, no es mas que una pasagera impresion. Si no hemos adquirido una idea mas con la causa misma de nuestra impresion, si la tragedia que nos ha hecho llorar no deja tras si el recuerdo de una observacion moral, ni el de una situación nueva sacada del impulso mismo de las pasiones, la conmocion que ella excita en nosotros es un gusto mas inocente que el combate de los

* Ducis, en algunas escenas de casi todas sus piezas; Chenier, en el cuarto acto de *Carlos IX*; Arnault, en el quinto de los *Fenecianos*, introdujeron en el teatro frances una nueva especie de efecto notabilísimo, y que pertenece mas al ingenio de los poetas del Norte que al de los poetas franceses.

gladiatores; pero esta conmocion no engrandece mas el pensamiento y afectos.

Hay en una obra alemana una observacion que tengo por perfectamente justa, es que las buenas tragedias deben hacer mas fuerte el alma despues de haberla partido. En efecto, la verdadera grandeza genial, en qualquiera dolorosa situacion que nos la representemos, infunde en los espectadores un impulso de admiracion que los hace mas capaces de arrostrar con la adversidad. El principio de la utilidad vuelve á hallarse en esta especie como en todas las demas. Lo que es realmente admirable, es lo que hace mejor al hombre; y sin estudiar las reglas del gusto, si se conoce que una composicion teatral obra sobre nuestro propio genio perfeccionándole, se tiene la seguridad de que ella contiene verdaderos rasgos de ingenio. No algunas máximas morales, sino el progreso genial y la combinacion de los sucesos naturales producen semejante efecto en el teatro; y tomando esta opinion por guia, se podria

juzgar con que piezas extranjeras podemos enriquecernos.

No basta conmover el alma, sino que es preciso ilustrarla; y no puede tener una licencia para cuantos efectos hieren la vista solamente, como los sepulcros, suplicios, sombras, combates, más que en cuanto sirven ellos directamente para la pintura filosófica de un elevado genio ó profundo afecto. Todas las inclinaciones de los hombres discursivos se dirigen hácia un razonable fin; y un escritor no es digno de verdadera gloria, mas que en cuanto se vale de la conmocion para algunas grandes verdades morales.

Las circunstancias de la vida privada bastan para el efecto del drama, mientras que es menester, en general, que se vean comprometidos los intereses de las naciones en un acaecimiento, para que él pueda ser el asunto de una tragedia. No obstante esto, debe buscarse la magestad trágica mucho más en la elevacion de las ideas y profundi-

dad de los afectos, que en los recuerdos y alusiones históricas.

Vauvenargue dijo que *los grandes pensamientos dimanan del corazon*. La tragedia pone esta sublime verdad en accion. La pieza de Fenelon está fundada, sobre un hecho que pertenece enteramente á la especie dramática: sin embargo basta con el papel y recuerdo de este inclito varon para formar de semejante pieza una tragedia. El nombre de M^e de Malesherbes, su noble y horrenda suerte, suministrarían materia para la mas patética tragedia del mundo. Una eminente virtud, un vasto ingenio, estas son las nuevas magestades que deben caracterizar la tragedia; y todavía mas que todo la idea de la desgracia, tal como hemos aprendido á experimentarla.

No me parece dudoso que la naturaleza moral es mas enérgica en sus impresiones que lo que nuestros trágicos franceses, los mas admirables por otra parte, la espresaron todavía. Cuantos esplendores se derivan de las clases supremas, introducen en los asuntos

trágicos una especie de respeto que no permite al hombre el luchar cuerpo á cuerpo con el hombre; cuyo respeto debe dejar á veces algun vacío en el modo de caracterizar los impulsos del alma. Las espresiones encubiertas, los afectos reprimidos, las conveniencias contemporizadas, suponen una especie de talento muy notable; pero no pueden pintarse las pasiones en medio de todas estas dificultades, con la energía dolorosa, con la íntima penetración que la mas completa independencia debe infundir.

Bajo un gobierno republicano, lo que debe haber de mas magestuoso para el pensamiento, es la virtud; y lo que hiera mas la imaginación, es la desgracia. No sé si la gloria misma, única pompa de la vida que el espíritu filosófico pueda honrar, no sé si el talento de la gloria misma conmoviera tan poderosamente á unos espectadores republicanos, como la pintura de las conmociones que se corresponden con todo nuestro ser por su conformidad con la naturaleza humana.

El espíritu filosófico que generaliza las

ideas, y el sistema de la igualdad política, deben imprimir un nuevo carácter á nuestras tragedias. No es una razón para desechas los asuntos históricos; pero es necesario pintar á los varones insignes con los afectos que despiertan en favor de ellos la simpatía de todos los corazones, y realzan los hechos oscuros por medio de la magestad genial; es preciso ennoblecer la naturaleza, en vez de perfeccionar las ideas de convencion. No es necesario imitar la irregularidad é inconsecuencia de las piezas inglesas y alemanas; pero seria una especie de perfecciones nuevas para nosotros, y para los estrangeros mismos, el hallar arte de dar alguna magestad á las circunstancias comunes, y pintar con simplicidad los sucesos famosos.

El teatro es la vida noble; pero él debe ser la vida; y si la mas vulgar circunstancia sirve de contraste para grandes efectos, es necesario hacer uso de bastante talento, en hacerla admitir, para estender los límites del arte sin ofender el buen gusto. Ninguno igualará jamas, en la especie de las perfec-

ciones ideales, á nuestros primeros trágicos. Conviene tratar pues, con la medida de la razon, con la sabiduría del espíritu, de valerse con mas frecuencia de los medios dramáticos que traen á la memoria de los hombres sus propios recuerdos; porque ninguna cosa los conmueve tan profundamente*.

La naturaleza de convencion, en el teatro, es inseparable de la aristocracia de las clases en el gobierno; y no es posible sostener la una sin la otra. Privado de todos estos recursos ficticios el arte dramático, no puede acrecentarse mas que con la filosofía y sen-

* El público frances acoge dificilmente en el teatro los ensayos de una nueva especie; admirador, con fundamento, de las obras maestras de que es poseedor, piensa que quieren hacer retroceder el arte, cuando uno se desvía del camino que abrió Racine. No tengo sin embargo por cosa imposible el acertar en un nuevo camino, sabiendo dirigir con talento algunos efectos no aventurados todavía en el teatro; pero para que esta empresa salga acertada, es necesario que la dirija el mas severo gusto. Basta un conocimiento general de los preceptos de la literatura para no es-

sibilidad; pero no hay límites en esta especie; porque el dolor es uno de los mas poderosos medios de progreso para el ingenio humano.

Pasa la vida, por decirlo así, sin percibir la los hombres dichosos; pero cuando está en pena el alma, se multiplica el pensamiento para buscar una esperanza ó descubrir un motivo de pesar, para profundizar lo pasado, para adivinar lo futuro; y aquella facultad de observacion que, en la paz y felicidad, se dirige casi enteramente hácia los objetos exteriores, no se ejercita en la adversidad mas que sobre nuestras propias impre-

traviarse, sujetándose á las reglas de uso; pero el que quiere triunfar de la natural repugnancia de los espectadores franceses para lo que llaman ellos el género ingles ó aleman, debe cuidar con sumo esmero de cuantos visos pueden reprobarse por la delicadeza del gusto. Es menester ser atrevido en la concepcion, pero prudente en la ejecución, y seguir sobre este particular en literatura una máxima igualmente verdadera en política: cuanto mas arriesgado es el conjunto, tanto mas solícitas deben ser las precauciones de las particularidades.

siones. La infatigable accion de la pena hace pasar y repasar de continuo en nuestro corazon ideas y afectos que martirizan nuestro ser dentro de nosotros mismos, como si cada momento acarreará un nuevo suceso ¡Qué inagotable fuente de reflexiones para el ingenio!

Los preceptos del arte trágico no ponen tantas trabas á los asuntos que pueden elegirse, como las dificultades anejas á la existencia de la poesía. Lo que sería tierno y propio en la lengua usual, puede ser ridículo en verso. La medida, la armonía, la rima, vedan algunas espresiones que, en cierta situacion supuesta, podrian surtir un efecto mayor. Las verdaderas conveniencias del teatro no son mas que la magestad de la naturaleza moral; las conveniencias poéticas dependen del arte de los versos en sí mismo, y si á menudo aumentan ellas la impresion de una especie de primores, ponen límites á la carrera que el ingenio, observador del corazon humano, podria recorrer.

No se daría crédito, en la realidad, al dolor de un hombre que pudiera espresar en

verso sus pesares por la muerte de un ser al que hubiera profesado sumo amor. Un cierto grado de pasion inspira la poesía; otro mas repugna con ella. Hay pues necesariamente una profundidad de pena, una especie de propiedad que la espresion poética debilitaria, y situaciones simples en la vida que el dolor hace terribles, pero que no podemos sujetar á la rima, ni revestir con las imágenes que él exige, sin introducir en ello ideas ajenas de la serie natural de los afectos. No puede negarse sin embargo que una tragedia en prosa, por mas elocuente que ella pudiera ser, excitaria desde luego mucho ménos admiracion que nuestras obras maestras en verso. El mérito de la dificultad vencida, y el encanto de un ritmo armonioso, todo ello sirve para realzar el doble mérito del poeta y del autor dramático. Pero la reunion misma de estos dos talentos fué una de las principales causas de las grandes diferencias que existen entre la tragedia francesa y la inglesa.

Los personages oscuros de Shakespeare

hablan en prosa, sus escenas de transicion son en prosa; y aun cuando él se sirve de la lengua de los versos, no siendo rimados estos versos, no exigen, como en frances, un esplendor poético casi continuo. No doy sin embargo el consejo de probar en Francia tragedias en prosa, á las que se habituaria el oido dificultosamente; pero es preciso perfeccionar el arte de los versos simples, y naturales en tanto grado, que ellos no distraigan, ni aun con algunos primores poéticos, de la profunda conmocion que debe embeberse cualquiera otra idea. Ultimamente, para abrir una nueva fuente de conmociones teatrales, seria menester hallar una especie intermedia entre la naturaleza de convencion de los poetas franceses y los defectos de gusto de los escritores del Norte.

Se estiende la filosofia á todas las artes de imaginacion, igualmente que á todas las obras de racionio; y el hombre, en este siglo, no tiene ya curiosidad mas que por las pasiones del hombre. Por afuera, todo está visto y juzgado; únicamente el ser moral,

en sus interiores impulsos, permanece todavía objeto de sorpresa, y puede causar una impresion fuerte. La tragedia, efficacísima sobre el corazon humano; no es la que nos representará las ideas comunes de la existencia vulgar, ni la que nos pintará genios y situaciones casi tan remotos de la naturaleza como las ficciones de la hechicería: sino la que pudiera mantener al hombre en los afectos mas puros que él haya experimentado en todos tiempos, y atraer el alma de los oyentes cualesquiera que ellos sean, hácia el mas noble impulso de su vida.

La poesia de imaginacion no hará ya progresos en Francia: se usará de ideas filosóficas ó afectos apasionados en los versos; pero el talento humano ha llegado, en nuestro siglo, á aquel grado que no permite ya las ilusiones, ni el entusiasmo que inventa pinturas y fábulas propias para dejar atónitos los ánimos. El ingenio frances no fué jamas muy notable en esta especie; y ahora no pueden aumentarse los efectos de la poesia, mas que espresando, en este hermoso len-

guage, los nuevos pensamientos con que el tiempo debe enriquecernos.

Si quisiéramos servirnos todavía de la mitología de los antiguos, sería realmente recaer en la niñez con la vejez; el poeta puede tener licencia para todas las invenciones de un espíritu delirante; pero es necesario que podamos creer en la verdad de lo que él experimenta. Pues bien, la mitología no es una invencion ni afecto para los modernos. Es necesario que ellos busquen en su memoria lo que los antiguos hallaban en sus habituales impresiones. Aquellas formas poéticas, tomadas de los antiguos; no son para nosotros mas que la imitacion de la imitacion; es pintar la naturaleza al traves del efecto que ella produjo en otros hombres.

Cuando los antiguos personificaban el amor y la beldad, tan léjos de debilitar la idea que podia concebirse de ellos, la hacian mas palpable, la animaban á la vista de los hombres, que no tenian formado mas que un confuso concepto de sus propias impresiones. Pero los modernos observaron los impulsos

del alma con una tan grande penetracion, que les basta el saber pintarlos para ser elocuentes y apasionados; y si ellos abrazaran las ficciones anteriores á este profundo conocimiento del hombre y de la naturaleza, quitarian á sus pinturas el nervio, los visos, y la verdad.

Aun en las obras de los antiguos ¿cuanto no preferimos las observaciones que en ellas se hallan sobre el corazón humano, á todo el lucimiento de las mas sobresalientes ficciones? ¿Pinta la imágen del Amor que toma los rasgos de Ascanio para inflamar á Dido, jugueteándose con ella, pinta esta imágen, digo; tan bien el origen de un apasionado afecto, como los tan admirables versos que nos espresan las inclinaciones é impulsos que la naturaleza infunde en todos los corazones?

Recordando á los antiguos cuanto los circundaba los dioses del paganismo, debian mezclar la memoria é imágen de estos con todas sus impresiones; pero cuando los modernos imitan sobre este particular á los an-

tiguos, no puede ignorarse que ellos heben en los libros recursos para hermostear lo que solo el afecto bastaba para animar. Se dá á conocer siempre el trabajo del talento, por mas hábilmente que sea dirigido; y no nos dejamos llevar ya de aquel ingenio, involuntario por decirlo así, que recibe una conmoción en vez de buscarla, que se abandona á sus impresiones en vez de elegir sus medios de efecto. El objeto real del estilo poético debe ser el de estimular, con imágenes nuevas y propias juntamente, el interés de los hombres para las ideas y afectos que ellos experimentaban sin noticia suya; la poesía debe seguir, como cuanto depende del pensamiento, el curso filosófico del siglo.

Es preciso estudiar los modelos de la antigüedad para penetrarse del gusto y especie simple; pero no para alimentar incesantemente las obras modernas con las ideas y ficciones de los antiguos; la invención que se mezcla con semejantes reminiscencias, está casi siempre en oposición con ellas. A cualquiera grado de perfección que se llevara el

estudio de las obras de los antiguos, se podría imitarlos; pero sería imposible el inventar como ellos en su especie. Para igualarlos, no es menester dedicarse á seguir sus huellas; cogieron ellos ya en su campo, y vale mas desmontar el nuestro.

El escaso número de ideas mitológicas de los poetas del Norte, es mas conforme con la poesía francesa; porque ellas concuerdan mas; como he tratado de probarlo, con las ideas filosóficas. La imaginación, en nuestro siglo, no puede valerse de ninguna ilusión; puede exaltar ella los afectos reales; pero es preciso siempre que la razón apruebe y comprenda lo que el entusiasmo hace gustar*.

Existe una nueva especie de poesía en las obras de J. J. Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre; es la observación de la naturaleza en sus relaciones con los afectos que ella hace experimentar al hombre. Personifi-

* Delille, Saint-Lambert y Fontanes, nuestros mejores poetas en la especie descriptiva, se han acercado mucho al carácter de los poetas ingleses.

cando los antiguos cada flor, cada rio, cada árbol, habian apartado las impresiones simples y directas, para sustituirlas con lucidas quimeras; pero la Providencia puso una tan grande relacion entre los objetos fisicos y el ente moral del hombre, que no es posible añadir nada al estudio de los unos que no sirva al mismo tiempo para el conocimiento del otro.

No separamos en nuestra memoria el ruido de las olas, la obscuridad de las nubes, las aves espantadas, y la relacion de los afectos que llenaban las almas de Saint-Preux y de Julia, cuando en el lago que ámbos atravesaban juntos, *se entendieron por la última vez sus corazones.*

La feraz naturaleza de la isla de Francia, aquella activa y multiplicada vegetacion que se halla bajo la linea, aquellas horrendas tempestades que se siguen rápidamente á los mas hermosos dias, se unen en nuestra imaginacion con el regreso de Pablo y Virginia volviéndose juntos, conducidos por su leal negro, llenos de juventud, esperanza y amor,

y entregándose con confianza á la vida cuyas tormentas iban á anonadarlos muy en breve.

Todo se enlaza en la naturaleza, desde que se destierra de ella la ficcion; y los escritos deben imitar la armonía y union de la naturaleza. Generalizando la filosofia mas las ideas, da mas sublimidad á las imágenes poéticas. El conocimiento de la lógica nos hace mas idóneos para hacer hablar la pasion. Una perenne progresion en las ideas, un fin de utilidad deben darse á conocer en todas las obras de imaginacion. No se quiere ya mérito ninguno relativo, y aun no se toma ya interes en las dificultades vencidas, cuando ellas no sirven en nada para los adelantamientos del ingenio humano. Es necesario analizar al hombre ó perfeccionarle. Las novelas, la poesia, las composiciones dramáticas, y los escritos cuyo único objeto al parecer es interesar, no pueden lograr este objeto mismo mas que dirigiéndose á un fin filosófico. Las novelas que no presentaran mas que sucesos raros, quedarian abandonadas prontamente. La poesia que no encer-

rara mas que ficciones, los versos que no tuvieran mas que gracia, fatigarían los espíritus ansiosos, ante todas cosas, de los descubrimientos que pueden hacerse en los impulsos y genios humanos.

El desenfreno de las pasiones que las guerras intestinas acarrearán, no deja subsistir mas que una sola curiosidad, la que hacen experimentar los escritos que penetran en los pensamientos y afectos del hombre, ó sirven para darnos á conocer la fuerza y direccion del vulgo. No está uno pues curioso mas que de las obras que pintan los genios, que los ponen de cualquier modo en accion, ni admira mas que los escritos que dan progreso en el corazon humano al dominio de la exaltacion.

Examinando el célebre metafísico alemán Kant la causa del recreo que hacen experimentar la elocuencia, las bellas artes, y todas las obras maestras de la imaginacion, dice que este recreo depende de la necesidad de dilatar los límites de la suerte humana; una conmocion vaga, un elevado afecto hacen

olvidar por algunos momentos aquellos límites que reducen dolorosamente nuestro corazon; se recrea el alma en la sensacion indecible que lo que es noble y perfecto produce en ella; y desaparecen los límites del mundo cuando se abre la inmensa carrera del ingenio y virtud á nuestra vista. En efecto, el hombre superior ó el sensible se sujetan con esfuerzo á las leyes de la vida; y la imaginacion melancólica nos hace dichosos por un momento, moviéndonos á cavilar en lo infinito.

El tedio de la existencia, cuando él no inclina hácia el abatimiento, cuando deja subsistir una admirable inconsecuencia, el amor de la gloria, el tedio de la existencia puede producir grandes primores de afectos; todo se contempla desde una cierta altura, y con una tintura fuerte se pinta todo. Entre los antiguos, era uno tanto mejor poeta, cuanto mas fácilmente se hechizaba la imaginacion. En nuestros dias la imaginacion debe estar tan desengañada de la esperanza como la razon; así es como esta imaginacion filó-

sofa puede producir tambien grandes efectos.

Es necesario que en medio de todas las pinturas de la prosperidad misma, un recurso á las reflexiones del corazón nos dé á conocer al meditador en el poeta. En la época en que vivimos, la melancolía es la verdadera inspiracion del talento; el que no se siente poseido de este afecto, no puede aspirar á una superior gloria como escritor; y se halla comprada á esta costa.

No considerando últimamente, en el siglo del mundo mas corrompido, las ideas de moral mas que bajo el aspecto literario, es una verdad el decir que no puede producirse ningun efecto notabilísimo con las obras de imaginacion, mas que dirigiéndolas segun el espíritu de la exaltacion de la virtud. Hemos llegado á un periodo que se asemeja, bajo ciertos aspectos, al estado de los talentos en el momento de la ruina del imperio romano, y de la invasion de las naciones del Norte. En aquel periodo, necesitó del entusiasmo y austeridad el género humano. Cuanto mas depravadas son ahora las cos-

tumbres de Francia, tanto mas inmediatos estamos á cansarnos del vicio, y á irritarnos contra las interminables calamidades anejas á la inmoralidad. La inquietud que nos consume, acabará con un afecto vivo y resuelto, de que los grandes escritores deben apoderarse anticipadamente. No está remota la época del regreso á la virtud; y el ánimo está ya ansioso de las ideas honradas, si la razon no las ha hecho triunfar todavia.

Para tener acierto con las obras de imaginacion, es necesario quizas presentar una indulgente moral en el seno de las costumbres rígidas; pero en medio de las costumbres corrompidas, la pintura de una moral rígida es la única que sea necesario presentar constantemente. Esta máxima general es todavia capaz de una mas particular aplicacion á nuestra edad.

Mientras que la imaginacion de un pueblo está dirigida hácia las ficciones, pueden confundirse todas las ideas en medio de las extrañas invenciones de la fantasia; pero cuando el dominio que le queda á la imaginacion,

consiste en el arte de animar, con afectos y pinturas, las verdades morales y filosóficas, ¿qué puede beberse en semejantes verdades que convenga á la exaltacion poética? Solamente un pensamiento, solamente un entusiasmo que la reflexion, no desapruera, el amor de la virtud, aquel inagotable manantial puede fecundar todas las artes, todas las producciones intelectuales, y reunir de una vez en un mismo asunto, en una misma obra las delicias de la connozion y el asenso de la sabiduría.

CAPITULO VI.

De la Filosofia.

No conviene cansarse de decirlo: la filosofia no debe considerarse mas que como la investigación de la verdad con el auxilio de

la razon; bajo cuyo aspecto, y el único que indica el primitivo sentido de esta voz, la filosofia no puede tener por antagonistas mas que á los que admiten contradicciones en las ideas, ó causas sobrenaturales en los hechos. Podría decirse adecuadamente, que no hay mas que dos medios de apoyar nuestros racionios sobre objetos que están fuera de nosotros, la filosofia y los milagros. Ahora bien, no lisonjeándose ninguno en nuestros dias de ilustrarse por medio de los milagros, no alcanzo lo que puede ponerse en lugar de la filosofia: ¿dirán que la razon? Pero la filosofia no es otra cosa mas que la razon generalizada. Se posee el arte de suscitar una controversia sobre dos proposiciones idénticas; y se cree poseer dos ideas, porque valiéndose de un lenguaje equivoco se da una duplicada apariencia á los objetos. Las ideas religiosas no son contrarias á la filosofia, supuesto que ellas van acordes con la razon; la conservacion de las máximas que forman la basa del orden social, no puede ser contraria á la filosofia, supuesto que estas

máximas concuerdan con la razon ; pero los defensores de las preocupaciones, es decir, de los derechos injustos, de las doctrinas supersticiosas, de los privilegios opresivos, tratan de engendrar una oposicion aparente entre la razon y filosofia, á fin de poder sostener que existen racionios que vedan el racionio, verdades á las que es preciso dar crédito sin profundizarlas, máximas que es menester admitir guardándose bien de analizarlas, últimamente una especie de ejercicio del pensamiento que debe servir únicamente para convencer de la inutilidad del pensamiento. No concebiré jamas, confieso, con qué procedimiento del talento puede conseguir uno el dar á la mitad de sus facultades el derecho de condenar la otra ; y si la organizacion moral pudiera pintarse á la vista con palpables imágenes, creeria deber representar yo al hombre mas bien empleando todas sus fuerzas bajo la direccion de sus miradas y juicio, que sirviéndose de un brazo suyo para sujetar el otro. La Providencia no nos acordó ninguna facultad moral

cuyo uso nos esté vedado ; y cuantas mas luces posee nuestro entendimiento, tanto mas profundiza la esencia de las cosas, á lo ménos si hemos sujetado sus luces al método que las reúne y dirige : este método mismo no es mas que una resulta del conjunto de los conocimientos y reflexiones del hombre ; al estudio de las ciencias físicas somos deudores de aquella rectitud de exámen y análisis que da la certeza de llegar á la verdad cuando lo deseamos sinceramente ; aplicando pues, cuanto sea posible, la filosofia de las ciencias positivas á la filosofia de las ideas intelectuales, podremos hacer útiles adelantamientos en aquella carrera moral y política cuyo camino tienen las pasiones embarazado de continuo.

Poseemos en las ciencias, y en las matemáticas particularmente, á los mas grandes hombres de la Europa. Nuestros disturbios civiles, tan léjos de entibiar la emulacion en esta carrera, infundiéron el deseo de refugiarse en ella.

Inapreciable beneficio de la época en

que vivimos! Cuando las pasiones intestinas introducen el desorden en todas las ideas morales, quedan todavía verdades cuyo camino es conocido y cuyo método está fijado. Repelidos de todas partes los meditadores por la locura del espíritu de partido, se dedican á estos estudios; y como la fuerza de la razón es siempre una misma, aplíquese ella al objeto que mas se quiera, el talento humano que estaria quizas amenazado de una dilatada decadencia, si le hubieran alimentado únicamente las contiendas de las facciones, el talento humano se conserva por medio de las ciencias exactas, hasta que pueda aplicarse de nuevo la eficacia del pensamiento á los objetos en que tienen interes la gloria y dicha de las sociedades.

Los errores de cualquiera especie, tanto en política como en moral, no pueden subsistir á la larga al lado de aquella respetable masa de conocimientos é invenciones que, en el orden físico, lleva la luz por todas partes. Las supersticiones y credulidades, las falsas abstracciones é inaplicables principios, acabarán

anonadándose ante aquella razón sosegada y positiva que no se mezcla, es verdad, en los intereses del mundo moral, pero que enseña á todos los mortales como es menester proceder en la indagacion de la verdad.

Examinando el actual estado de las luces, se reconoce fácilmente que las ciencias son nuestras riquezas reales. He mostrado como, en la literatura, debió viciarse el gusto; y en la política, habiéndose adelantado los sucesos á las ideas, retroceden estas mas allá del punto suyo de partida. Es un efecto natural de las instituciones atropelladas, que no son una resulta de la instruccion, ni del deseo general por consiguiente.

Si justamente herida la imaginacion con los delitos de que fuimos testigos, los atribuye á algunas causas abstractas, se vuelve apasionado uno contra varias máximas, como podria estarlo contra los individuos; y esta vasta pasión, que puede tener una máxima por objeto, se estiende á cuantos pensamientos pueden serle relativos del modo mas remoto. Si juzgáramos por estas señales so-

bre el estado de las luces, tendríamos por atrasado mas de un siglo en diez años el ingenio humano; pero la naturaleza de los argumentos de que se valen en favor de las preocupaciones mismas, es una irrecusable prueba de los progresos que la razon hizo.

Para justificar todas las especies de servidumbre hácia las que diversos afectos pueden atraer, se recurre á lo ménos á ideas generales, á motivos sacados de la felicidad de las naciones, á raciocinios que se fundan en la voluntad de las naciones. Cuando el espíritu ha tomado una vez este curso, sea que momentáneamente se adelante ó retroceda, están asegurados sus futuros progresos; hace uso de la analisis, y no puede defender por mucho tiempo el error. En el periodo en que nos hallamos, no hemos conquistado todavía el conocimiento de las verdades políticas y morales; pero casi todos los partidos, aun los mas opuestos, reconocen el raciocinio por basa de sus discusiones, y la utilidad pública como el único derecho y fin de las instituciones sociales.

Cuando la generacion que ha padecido tan cruelmente, haga lugar á otra que no trate ya de vengarse de los hombres en las ideas, es imposible que el ingenio humano no comience de nuevo á seguir su carrera filosófica. Consideremos pues cual será esta carrera, lo único futuro que sostiene el pensamiento dispuesto á abismarse en la dolorosa contemplacion de lo pasado. Habia en la filosofía de los antiguos mas imaginacion y ménos método que en la de los modernos. La de los antiguos se apoderaba mas vivamente del alma; pero ella podia estraviar mucho mas fácilmente con el espíritu de sistema, y era mucho ménos capaz de progresos ciertos y positivos.

La analisis no habia establecido todavía un enlace de principios desde el origen de las ideas metafísicas hasta su término indefinido. Locke y Condillac tienen ménos imaginacion que Platon; pero entraron en el camino de la demostracion geométrica; y únicamente este método presenta progresos regulares é ilimitados.

Al hablar del estilo, examinaré si no es posible, si aun no es necesario para el ulterior curso de la razon, el hacer concordar lo que hiere la imaginacion y lo que persuade el entendimiento. Se trata aquí solamente de considerar la aplicacion posible y los resultados verisimiles de la filosofía, como ciencia. Descartes halló un modo de hacer servir la álgebra para la solucion de los problemas de la geometría. Si fuéramos capaces de descubrir algun día en el cálculo de las probabilidades, un método, que pudiera convenir á los objetos meramente morales, seria dar un inmenso paso en la carrera de la razon. Se logró ya, bajo algunos aspectos, aplicar con acierto el método de las matemáticas á la metafísica del entendimiento humano. Si se siguiera el mismo camino en las ciencias morales, esta conquista tendria tambien mucho mas útiles efectos. Si las cuestiones de política, por ejemplo, pudieran llegar en algun tiempo á un grado de evidencia tal, que la grande mayoría de los hombres les diera su asenso como á las verdades del cál-

culo ¿cuanto no ganarian con ello la felicidad y reposo del género humano?

Será cosa difícil sin duda el sujetar al cálculo, aun al de las probabilidades, lo que depende de las combinaciones morales. Todas las basas son invariables en las ciencias exactas; todo depende de las circunstancias en las ideas morales: no podemos decidirnos mas que en virtud de una infinidad de consideraciones, entre las que hay algunas tan fugaces que se ocultan con frecuencia aun de la palabra, y con mucha mayor razon del cálculo. M^r de Condorcet, en su obra sobre las probabilidades, dió á conocer muy bien como seria posible conocer de antemano, con casi certeza, cual seria la opinion de una junta sobre cualquiera materia. Cuando el cálculo de las probabilidades se aplica á un grandísimo número de contingencias, presenta un resultado moralmente infalible; sirve de guia á todos los jugadores, aunque su objeto, en este caso, parezca entregado á todos los caprichos del acaso. Podria tener él igualmente su aplicacion con respecto á

los infinitos hechos de que las ciencias políticas se forman.

La tabla de los fallecimientos y nacimientos presenta resultados ciertos é invariables, mientras que subsiste el regular orden de las circunstancias habituales; el número de los divorcios que ocurrirán cada año, el de los robos y homicidios que se cometerán en un país de una cierta población, de una cierta situación religiosa y política, semejante número puede calcularse de un modo preciso; y estos acaecimientos que sin embargo dependen del diario concurso de todas las pasiones humanas, se verifican tan puntualmente como los que están sujetos á las leyes físicas de la naturaleza únicamente.

Tomando la media proporcional de diez años, se sabe, en Berna, que todos los años se hacen tantos divorcios; en Roma, que todos los años se cometen tantos hurtos; y no se equivoca uno en este cómputo. Si esto es así ¿no es posible probar que las combinaciones del orden moral son tan regulares como las del físico, y fundar cálculos posi-

tivos con arreglo á estas combinaciones?

Es menester que semejantes cálculos tengan por basa la constante uniformidad de la masa, y no la diversidad de cada ejemplo: uno por uno, todo se diferencia en el orden moral; pero si damos entrada á cien mil contingencias, si calculamos con arreglo á cien mil hombres tomados al acaso, sabremos, por medio de una justa aproximacion, cual es en este número la proporción de los hombres ilustrados, de los hombres débiles, de los malvados, y de los talentos superiores. Lo sabremos todavía mas puntualmente, si damos entrada en nuestras combinaciones á la fuerza de los intereses de cada clase, como en la física, el impulso que un cierto declive da al movimiento. Agregando á este cálculo el esperto conocimiento de los efectos de tal ó cual institucion, podríamos fundar los poderes políticos sobre basas casi ciertas, medir la resistencia que ellos deben encontrar, y contrapesarlos entre sí, con arreglo á su accion real, y el influjo de los obstáculos sobre esta accion.

¿Porqué no se lograria en algun dia formar tablas que contuvieran la solucion de todas las cuestiones politicas, con arreglo á los conocimientos de estadistica, y á los hechos que se recogieran en cada pais? se diria: — Para gobernar esta poblacion, conviene exigir aquel sacrificio de la libertad individual: — luego estas leyes; aquel gobierno convienen á un cierto imperio. — Para tales riquezas, y cual estension de pais, es necesario un cierto grado de fuerza en el poder ejecutivo: — Luego esta autoridad es necesaria en aquel pais, y tiránica en estotro. — Un cierto equilibrio es necesario entre todos los poderes, para que ellos puedan defenderse recíprocamente: — luego esta constitucion puede conservarse, y aquella es necesariamente tiránica. — Podrian multiplicarse estos ejemplos; pero como la verdadera dificultad de esta idea no estriba en concebirla abstractamente, sino en aplicarla con precision, basta el indicarla.

No se llevó razon en censurar á nuestros publicistas, cuando ellos quisieron aplicar el

cálculo á la politica; ni tampoco en hacerles cargo de haber intentado generalizar las causas; pero la hubo á menudo en acusarlos de no haber observado bastante los hechos, los cuales solos pueden conducir al descubrimiento de las causas.

Es una ciencia por crear la politica. No se descubre todavia mas que á lo léjos confusamente aquella combinacion de la esperiencia y máximas, que acarrearía tan positivos resultados, que se podría conseguir el sujetar todos los problemas de las ciencias morales á la evidencia por decirlo así matemática. No están fijados los elementos de la ciencia. Lo que llamamos ideas generales, no son mas que hechos particulares, y no presentan mas que un lado de la cuestion, sin dejar ver su conjunto. Así pues cada nuevo hecho nos imprime un impulso nuevo y desordenado.

En un año, todas las declamaciones son contra la potestad ejecutiva; en otro, contra las juntas legislativas; en un año, contra la libertad de la imprenta; en otro, contra su servidumbre. Miéntas que semejante

desórden subsista, varias circunstancias propicias, ó felices acaso podrán establecer, en algunos países, instituciones conformes con la razon; pero no se fijarán allí los principios generales de la política, ni se asegurará la aplicacion de estos principios á las diversas modificaciones del estado social.

Así es como en América parecen resueltos muchos problemas políticos; porque los ciudadanos viven allí felices y libres. Pero esta favorable casualidad depende de algunas particulares circunstancias, y no presupone en nada, cuales son los principios invariables en sí mismos, ni de qué aplicacion son capaces en otros países.

Puede presentarse todavía ménos como una prueba de los adelantamientos del talento humano en política, la larga duracion y casi indestructible estabilidad de algunos gobiernos de la Europa, que sostuviéndose con su poder, y conservando la paz y calma en sus pueblos, afianzan á los hombres algunos beneficios de la asociacion. La tirania dispensa de la ciencia política, así como la

fuerza dispensa de las luces, y la autoridad hace superflua la persuasion; pero no puede darse entrada á estos medios cuando se examinan los intereses de los hombres. La fuerza es una combinacion de la casualidad, destructiva de cuanto depende del pensamiento y racionio; porque el ejercicio de uno y otro supone siempre la libertad.

La tirania no puede ser pues objeto de los cálculos del entendimiento. Examino aquí los recursos naturales que el talento humano posee para evitar el estraviarse, al mismo tiempo de adelantarse en su curso; y no los medios de estolidez y violencia que no le preservan contra los errores más que atacando todos sus progresos.

La analisis y enlace de las ideas segun un orden matemático tienen este inapreciable beneficio, que ellos destierran de los espíritus hasta la idea misma de la oposicion. Cuanta materia se hace capaz de evidencia, sale del patrimonio de las pasiones, que pierden la esperanza de apoderarse de ella. Están ya á cubierto contra su dominacion

ciertas verdades, tanto en el orden moral como en el físico. Despues de Newton, no se compone ya sistema nuevo ninguno sobre el origen de los colores, ni sobre las fuerzas que dan el movimiento á la tierra. Despues de Locke, no se habla tampoco ya de las ideas innatas, y está acordado que todas las ideas nos vienen de los sentidos. Hay mayor dificultad para dar á conocer la evidencia en las cuestiones politicas; teniendo las pasiones mas interes en desfigurarlas *. Hay entre estas cuestiones sin embargo algunas que, resueltas ya, no presentan tampoco la esperanza de contienda ninguna al espíritu de partido.

La esclavitud, la feudalidad, las controversias religiosas mismas no suscitaran ya guerra ninguna; está difundida la luz bastante generalmente sobre estos objetos, para

* Leibnitz decia que si los hombres tuvieran interes en negar las verdades matemáticas, se pondrian estas verdades en duda. Es sin embargo cierto que hay verdades morales reconocidas, y que su número debe ir aumentándose siempre con el tiempo.

que no les quede ya á los hombres vehementes la esperanza de presentarlos bajo aspectos diferentes, de formar dos partidos fundados sobre dos diversos modos de juzgar y hacer ver las mismas ideas. Cada progreso nuevo en esta especie pone una parte mas de la felicidad social en seguridad.

Deben pues los filósofos, en política, proponerse el sujetar á combinaciones positivas cuantos hechos les son conocidos, para deducir de ellos resultados ciertos con arreglo al número y naturaleza de las contingencias.

Los algebristas no nos dicen: Vais á traer un cierto dado; sino que calculan en cuantas veces un cierto dado debe volver. Sucederia lo mismo con los políticos; los cuales no podrian decir: esta revolucion acaecerá en aquel dia; pero estarian seguros del regreso de las mismas circunstancias dentro de un cierto tiempo, si las instituciones permanecieran unas mismas.

Ningun cálculo exigiria, es verdad, una mayor multiplicidad de combinaciones diferentes. Si puede desgraciarse una experien-

cia física, á causa de que uno no se hizo cargo de una leve diferencia en las operaciones, de un leve grado mas ó ménos en el frío ó calor; ¿qué estudio del corazón humano no es necesario para determinar la consideración que debe darse al gobierno, á fin de que él sea obedecido sin poder ser injusto, y la acción necesaria á los legisladores para reunir la nación en un mismo espíritu, sin poner trabas al vuelo individual? ¿De cuán consumado tino no hay necesidad para señalar el punto justo en que la autoridad ejecutiva cesa de ser un bien, como aquel en que su carencia sería un mal? No hay problema ninguno compuesto de un mayor número de términos, ni ninguno en que el error sea de una mas perniciosa consecuencia.

Una opinión abstracta que llega á ser el objeto de un afecto fanático, produce los mas notables efectos en los hombres. Ideas diametralmente opuestas unas á otras se establecen en una misma cabeza y existen simultáneamente en ella. El espíritu admite

cada proposición una por una, sin haber tratado de juzgarlas; inventa despues relaciones ficticias, cuya aparente verdad le agrada y exalta; porque la imaginación se deja poseer de lo que es abstracto, con la misma vehemencia enteramente que de las mas vivas pinturas. Lo vago de las ideas ilimitadas es peregrinamente propio para la exaltación.

Abrazados una vez los dogmas ó sistemas metafísicos, se defiende todo lo suyo entonces, hasta la idea que se tiene por falsa; y por un singular efecto de la controversia, lo que uno sostiene acaba siendo lo que cree. A puro buscar siempre ratiocinios en un mismo sentido, no se ven ya los argumentos que los impugnan; la irritación de amor propio que la contradicción hace experimentar, exalta la pasión, y empeña la vanidad. Cuando, despues de una serie de acciones que nuestra opinión nos sugirió desde luego, se halla íntimamente unido nuestro interés con el triunfo de semejante opinión, y este interés nos va empeñando siempre mas

y mas adelante, pasan en las reflexiones interiores diversos combates que nos negamos á nosotros mismos y que logramos ahogar.

Los devotos llevan el escrúpulo en el fondo de sus pensamientos mas íntimos; y acaban formándose un delito de aquellas incertidumbres pasajeras que embarazan sus espíritus á veces. Sucede lo mismo con todos los fanatismos; la imaginación tiene miedo de que se despierte la razon, como de un enemigo extranjero que pudiera venir á turbar la buena armonía de sus quimeras y debilidades.

El fanatismo, tanto en la política como en la religion, está agitado por aquellas vislumbres de verdad que se presentan por intervalos en las mas firmes creencias. Se persigue en los otros la incertidumbre de que uno mismo tiene la primera idea; y la facultad de creer, extravagante en su vehemencia, se irrita de sus propias dudas, en vez de valerse de ellas para examinar de mas cerca la verdad.

En cuya disposicion del ánimo humano,

hay argumentos para todo, en la lengua misma del raciocinio. Las opiniones mas absurdas, las mas execrables máximas entran en la cabeza de los hombres, desde que se les ha dado la forma de una idea general. Se concilian las contradicciones con una especie de lógica meramente gramatical, que cuando no se analiza con cuidado, tiene visos de revestida con toda la autoridad del raciocinio.

« La ley, decia Couthon al proponer la del 22 de prerial, acuerda jurados patriotas por defensores á los inocentes, y no los acuerda á los conspiradores. » ¿No hay en esta máxima todas las partes del discurso bastante bien coordinadas? y sin embargo fué posible jamas reunir tantos atroces absurdos en tan escasas palabras? Aquel enlace del discurso, que sujeta el espíritu mas recto, y de que la mas fuerte razon no sabe como eximirse, es uno de los mayores azotes de la metafísica imperfecta. El raciocinio se vuelve entonces el arma del delito y necesidad, el embaucamiento de las formas abstractas se une con los furores de la persecucion; y el

hombre combina, por medio de una monstruosa mezcla, cuanto hay de furioso en la superstición con cuanto hay de árido en la filosofía.

Es imposible no experimentar la necesidad de una doctrina nueva, que despida su luz sobre este horrendo monton de informes pretestos que sirven de escudo al espíritu torcido, al hombre infame ó culpable, como si la transformacion de errores en máximas, y de sofismas en consecuencias, mudaran en nada la falsedad radical del primer aserto, y paliaran los execrables efectos de esta lógica de la iniquidad.

Debe fundarse ahora la filosofía sobre dos basas, la moral y los cálculos. Pero hay un principio del que conviene no apartarse nunca: es que siempre que el cálculo no va acorde con la moral, el cálculo es falso por mas incontrovertible que á la primera vista parezca su exactitud.

Se dijo que, en la revolución de Francia, algunos especuladores bárbaros habian tomado por basas de sus crueles leyes cálculos

matemáticos, en los que habian sacrificado friamente la vida de muchos millares de individuos á lo que ellos miraban como la felicidad del mayor número.

Escluyendo estos atroces hombres de su cálculo las penas, afectos, é imaginacion, creian simplificarle; y no se formaban concepto ninguno de la naturaleza de las verdades generales. Estas verdades se componen de cada hecho, y de cada existencia particular. El cálculo no es bueno ni útil, mas que cuando abraza él todas las excepciones, y regulariza todas las variedades. Si dejamos escapar una sola circunstancia, será falso nuestro resultado, como el mas leve yerro de cifra imposibilita la solucion de un problema.

La prueba de las combinaciones del espíritu está en la esperiencia y afectos; y el raciocinio, bajo cualesquiera formas que le presentemos, no puede mudar ni modificar nunca la naturaleza de las cosas: él analiza lo que es.

Se presenta como una verdad matemática,

el sacrificio que debe hacerse del número menor al mayor: ninguna cosa es mas errónea, aun bajo el aspecto de las combinaciones políticas. Es tan grande el efecto de las injusticias en un estado, que él le desarregla necesariamente.

Cuando se sacrifican algunos inocentes á lo que se reputa como el beneficio de la nacion, se causa la ruina de la nacion misma. De accion en accion, de venganza en venganza, las victimas que se habian sacrificado bajo el pretesto del bien general, renacen de sus cenizas, se reparan de su destierro; y alguno que permanecia obscuro si se hubiera usado de justicia para con él, recibe un nombre, un predominio con las persecuciones mismas de sus enemigos. Sucede lo mismo con todos los problemas políticos en que se halla interesada la virtud. Es siempre posible probar, con el simple racionio, que la solucion de estos problemas es falsa como cálculo, si ella se aparta en algo de las leyes morales.

La moral debe tenerse por superior al

cálculo. Ella es la naturaleza de las cosas en el órden intelectual; y así como el cálculo, en el órden físico, parte de la naturaleza de las cosas, así tambien debe partir él, en el intelectual, del mismo dato, esto es, de la moral.

Esta reflexion nos esplica la causa de tantos errores atroces ó absurdos, que desacreditaron el uso de las ideas abstractas en la política. Es que en vez de tomar la moral por inalterable basa y por supremo legislador, la consideraron, cuando mas, como uno de los elementos del cálculo, y no como su eterna norma. Aun la miraron con frecuencia como un accesorio que podia modificarse ó sacrificarse á discrecion.

Establezcamos pues, en primer lugar, la moral como punto fijo. Sujetemos despues la política á cálculos dimanados de este punto; y veremos desvanecerse todos los inconvenientes objetados hasta este dia, con justos motivos, contra la metafísica aplicada á las instituciones sociales y á los intereses del género humano.

La política está sujeta al cálculo, á causa

de que aplicándose ella siempre á los hombres reunidos en cuerpo, está fundada sobre una combinacion general, y abstracta por consiguiente; pero teniendo la moral por fin la particular conservacion de los derechos y felicidad de cada hombre, es necesaria para forzar la política á respetar, en sus combinaciones generales, la felicidad de los individuos. La moral debe dirigir nuestros cálculos, y nuestros cálculos debèn dirigir la política.

Este lugar que asignamos á la moral, superior al cálculo, conviene igualmente á la moral pública y á la individual. Bajo el primer aspecto especialmente, causó la idea contraria graves males; pues sujetando la moral pública á lo que debia estar dependiente de ella, se obró á menudo la desdicha de cada uno bajo el pretexto de la dicha de todos. Ciertos sistemas filosóficos amenazan tambien con una semejante degradacion á la moral individual.

Todo debe sujetarse, en último recurso, á la virtud; y aunque la virtud es capaz de

una demostracion fundada en el cálculo de la utilidad, no le sirve de suficiente basa este cálculo. Como encuentra ella muchos impedimentos, recibió muchos sustentáculos de la naturaleza.

Las ciencias morales son capaces del cálculo de las probabilidades únicamente, y este cálculo no puede fundarse mas que sobre un grandísimo número de hechos, de los cuales puede sacarse un resultado aproximativo. Aplicándose siempre la ciencia política á los hombres reunidos en nacion, las probabilidades, en esta ciencia, pueden equivaler á una certeza, en atencion á la multiplicidad de las suertes de que están sacadas; y aplicándose á la felicidad de la multitud las instituciones mismas que establecemos sobre estas basas, no pueden malograr su objeto. Pero la moral lleva por blanco á cada hombre en particular, á cada hecho y circunstancia; y aunque es verdad que la grandísima mayoría de los ejemplos prueba que una conducta virtuosa es al mismo tiempo la mejor que pueda tenerse para el feliz éxito

de los intereses de la vida, no es posible afirmar que esta regla general carezca de excepcion.

Ahora bien, si queremos sujetar estas excepciones á las mismas reglas, si queremos infundir la moralidad á cada individuo en particular, esté en la situacion que se quiera, no podemos hallar mas que en un afecto la fuente viva y perenne que se renueva cada dia, para todos los hombres, en cada momento.

La moral es entre los pensamientos humanos el único que tenga tambien necesidad de otro regulador que el cálculo de la razon. Cuantas ideas abrazan la suerte de muchos hombres á la vez, se fundan sobre su interes bien entendido; pero cuando queremos dar á cada hombre, por guia de su propia conducta, su interes personal, aun cuando no le estraviara esta guia, resultaria de ello que semejante opinion agotaria la fuente de las bellas acciones en su alma.

Es patente sin duda que la moral se conforma casi siempre con los intereses de los

hombres; pero el darle por sustentáculo esta especie de motivo, es quitar al alma la necesaria energia para los sacrificios de la virtud.

Puede llegarse, por medio de un racionio sutil, á representar el mas generoso sacrificio como un egoismo bien entendido; pero es tomar mas bien la acepcion gramatical de una palabra, que el afecto que ella despierta en los que la oyen. Todo va á parar en el interes, supuesto que todo viene á parar en nosotros mismos; pero así como no diria uno: *La gloria es de mi interes, el heroismo es de mi interes, el sacrificio de mi vida es de mi interes*; es desfigurar totalmente la virtud, el decir solamente al hombre que ella es de su interes, porque si se reconoce que debe ser su primer motivo para ser honrado, no es posible negarle alguna libertad en el juicio de lo que le concierne; y hay una infinidad de circunstancias en las que es imposible no creer que el interes y la moral se contradicen.

¿Como convencer á un hombre de que un cierto suceso enteramente nuevo, entera-

mente inesperado se previó por los que le presentáron máximas generales sobre la conducta que él debe observar? Las reglas de la prudencia (y la virtud, fundada únicamente en el interes, no es ya mas que una alta prudencia), las reglas de la prudencia mas reconocidas sufren una infinidad de excepciones; ¿porqué no las tendria la virtud, considerada como el cálculo del interes personal? No hay medio ninguno de probar que ella concuerda siempre con este interes, á no llegar á colocar la felicidad del hombre en la paz de su conciencia; lo cual significa simplemente que los gozos interiores de la virtud son preferibles á todos los beneficios del egoismo.

No es verdad que el interes personal sea el mas eficaz móvil de la conducta de los hombres; la soberbia, el amor propio, la ira, les hacen sacrificar muy fácilmente este interes; y en las almas virtuosas, existe un principio de acción totalmente diferente de un cálculo individual de cualquiera especie.

He procurado esplanar en este capítulo cuanto importaba sujetar todas las ideas

humanas á la demostracion matemática; pero aunque puede aplicarse tambien esta especie de prueba á la moral, va enlazada ella con la fuente de la vida; y antecede su impulso á todo género de raciocinio. La misma fuerza creatriz que hace correr la sangre hácia el corazon, infunde el valor y la sensibilidad, dos gozos, dos impresiones morales, cuyo dominio destruimos analizándolas por medio del interes personal, como ajaríamos el embeloso de la hermosura describiéndola como un anatómico.

Los elementos de nuestro ser, la piedad, valor, y humanidad, obran en nosotros antes que seamos capaces de cálculo ninguno. Al estudiar cada una de las partes de la naturaleza, es preciso suponer datos anteriores al exámen del hombre; y el impulso de la virtud debe partir de mas arriba que el raciocinio. Nuestra organizacion, el progreso que los hábitos de la niñez diéron á esta organizacion; esta es la verdadera causa de las bellas acciones humanas, y de las delicias de

que el alma goza haciendo bien. Las ideas religiosas que recrean tanto á las almas puras, animan y sancionan esta espontánea elevación, la mas noble y pura garantía de la moral. « En el pecho del hombre virtuoso, decía Séneca, no se qué Dios; pero habita uno. » Si se tradujera este dictámen en la lengua del mas ilustrado egoísmo, ¿qué efectos produciría?

La imaginación, podría decirse, hace preferir esta especie de expresiones, y el verdadero sentido de esta idea, como de todas, está sujeto al raciocinio. Sin duda la razón es la facultad que juzga todas las otras; pero ella no constituye la identidad del ser moral. Cuando uno se estudia á sí mismo, reconoce que el amor de la virtud precede en nosotros á la facultad de la reflexión, que este afecto se halla íntimamente ligado con nuestra naturaleza física, y que son involuntarias á menudo sus impresiones. Debe considerarse la moral en el hombre, como una inclinación, como una afición cuya causa está en nuestro

ser, y que nuestro juicio debe dirigir. Esta causa puede fortalecerse con cuanto engrandece el alma y da progreso al ingenio.

Hay seguramente medios de mejorar, por medio de la reflexión y cálculo, la teoría misma de la moral, de indicar nuevas relaciones de delicadeza y sacrificio entre los hombres; pero estos medios, útiles cuando los miramos como accesorios, serian insuficientes y funestos, si con ellos quisiéramos substituir los afectos; reducieran semejantes medios la esfera de la moral, en vez de dilatarla.

La filosofía, en sus observaciones, reconoce causas primeras, fuerzas preexistentes. La virtud pertenece á este número; ella es hija de la creación, pero no de la análisis; nace casi al mismo tiempo que el instinto conservador de la vida, y la piedad para con los otros tiene progreso casi tan prontamente como el temor del mal que puede acaecernos á nosotros mismos. No desconozco ciertamente todo lo que la sana filosofía puede añadir á la moral de los afectos;

pero como se haria una injuria al amor maternal tomándole por un resultado de la razon únicamente, es necesario conservar en todas las virtudes lo que ellas tienen de meramente natural, reservándose esparrir despues nuevas luces sobre la mejor direccion de estos impulsos inconsiderados.

La filosofia puede descubrir la causa de los afectos que experimentamos; pero no debe caminar ella mas que por las sendas que semejantes afectos le señalan. El instinto y la razon nos enseñan la misma moral: la Providencia le repitió por dos veces al hombre las mas importantes verdades, á fin de que no pudiesen ocultarse ellas de las connocimientos de su alma, ni de las investigaciones de su entendimiento.

El hombre que se extravía en las ciencias físicas, es atraído otra vez hácia la verdad con la aplicacion que él debe hacer de sus combinaciones á los hechos materiales; pero ¿como puede asegurarse, el que se dedica á las ideas abstractas de que se forman las ciencias morales, si será justo y bueno en la

ejecucion lo que él imagina? ¿como puede disminuir el coste de la esperiencia, y prever lo futuro con alguna certeza? únicamente sujetando la razon á la virtud. Sin esta, no puede subsistir cosa ninguna; ni ninguna puede triunfar contra ella. La idea consolatoria de una Providencia puede hacer las veces de cualquiera otra reflexion; pero es necesario que los hombres divinicen la moral misma, cuando se niegan á reconocer por autor suyo á un Dios.

CAPITULO VII.

Del Estilo de los escritores y magistrados.

ANTES que la carrera de las ideas filosóficas promoviera en Francia la emulacion de todos los hombres ilustrados, los libros en que se ventilaban con finura cuestiones de literatura ó moral, cuando estaban escritos ele-

gante y correctamente, lograban una aceptación del primer orden. Existían, ántes de la revolución, muchos escritores que se habían grangeado una suma reputación, sin considerar nunca los objetos bajo un aspecto general, y reduciendo todas las ideas morales y políticas á la literatura, en vez de enlazar la literatura con todas las ideas morales y políticas.

Ahora es imposible interesarse fuertemente en aquellas obras, que no son mas que ingeniosas, no abrazan las materias que ellas tratan en su conjunto, y no las presentan nunca mas que por un lado, mas que por particularidades que no se reúnen con las ideas primeras, ni con las impresiones profundas de que se compone la naturaleza del hombre.

El estilo pues debe sufrir mudanzas, con la revolución que se efectuó en los espíritus é instituciones; porque el estilo no consiste únicamente en los giros gramaticales; sino que depende tambien del fondo de las ideas, de la naturaleza de los talentos; y no es él

una mera forma. El estilo de las obras es como el genio de un hombre; este genio no puede estar ageno de sus opiniones y afectos; modifica todo su ser.

Examinemos pues qué estilo debe convenir á escritores filósofos, y en una nación libre.

Las imágenes, los afectos é ideas representan bajo tres formas distintas las mismas verdades al hombre; pero subsiste un mismo enlace, una misma consecuencia en estas tres reglas del entendimiento. Cuando descubrimos un nuevo pensamiento, hay en la naturaleza una imagen que sirve para pintarle, y en el corazón un afecto que corresponde con este pensamiento por relaciones que la reflexión hace descubrir. No llegan los escritores en la convicción y entusiasmo al supremo grado, mas que cuando saben tocar á un mismo tiempo estas tres teclas, cuyo concierto no es otra cosa mas que la armonía de la creación.

Con arreglo á la mas ó ménos completa reunión de estos medios de influir sobre los

afectos, imaginacion, ó juicio, podemos apreciar el mérito de los diferentes autores. No hay estilo ninguno digno de elogio, si él no encierra á lo ménos dos de las tres calidades que, reunidas, son la perfeccion del arte de escribir.

Los bosquejos finos, los pensamientos sutiles y delicados que no forman parte de la grande cadena de las verdades generales, el arte de abrazar relaciones ingeniosas, pero que ejercitan el talento en la separacion del alma en vez de tomar su principal fuerza en ella, este arte no pone en el primer lugar á un autor. Si individualizamos mucho las ideas, se escapan ellas de las imágenes y afectos, que reúnen en vez de dividir. Las espresiones abstractas que no recuerdan en nada los impulsos del corazon del hombre, y desecan su imaginacion, no convienen mas á aquella naturaleza universal cuyo sublime conjunto debe representarse por un primoroso estilo. Las imágenes que no despiden luz sobre idea ninguna, no son mas que fantasmas estrayagantes ó pinturas de simple

entretenimiento. Los afectos que no despiertan en el pensamiento idea ninguna moral, ni ninguna reflexion general, son probablemente afectos ficticios que no corresponden á nada de verdadero en ninguna especie.

No presentando nunca Marivaux, por ejemplo, mas que el lado afectado de los bosquejos intelectuales, carecen de filosofia y palpables pinturas sus escritos. Los afectos que no pueden referirse á ideas justas, no son capaces de imágenes naturales. Los pensamientos que pueden presentarse bajo el duplicado aspecto de los afectos é imaginacion, son pensamientos primeros en el orden moral; pero las ideas muy finas no tienen términos de comparacion en la naturaleza animada.

En las ciencias exactas, no tenemos necesidad mas que de las formas abstractas; pero desde que tratamos sobre cualquiera otro asunto filosófico, nos es necesario permanecer en aquella region, en que podemos valerlos á un mismo tiempo de todas las

facultades del hombre, la razon, imaginacion, y afectos; facultades que todas concurren igualmente, por diversos medios, al progreso de las mismas verdades.

Fenelon concilia juntamente los afectos dulces y puros con imágenes que deben pertenecerles; Bossuet, los pensamientos filosóficos con las magestuosas pinturas que les convienen; Rousseau, las pasiones del corazon con los efectos de la naturaleza que las recuerdan; Montesquieu está mas próximo, especialmente en el diálogo de Eucrates y Sila, á reunir todas las calidades del estilo, el enlace de las ideas, la profundidad de los afectos, y la vehemencia de las imágenes. Hallamos, en este diálogo, lo que los grandes pensamientos tienen de autoridad y elevacion, con la espresion figurada necesaria para la completa esplanacion del bosquejo filosófico; y experimentamos, al leer las bellas páginas de Montesquieu, no el enternecimiento ó enagenamiento que la elocuencia apasionada debe engendrar, sino la conmocion que causa quanto es admirable en

cualquiera especie, la conmocion que experimentan los estrangeros cuando entran por la primera vez en San Pedro de Roma, y descubren á cada instante un nuevo primor que la perfeccion y magestuosa impresion del conjunto se absorbian por decirlo asi.

Malebranche intentó reunir, en sus obras de metafísica, las imágenes con las ideas; pero como sus ideas no eran justas, no pudo conocerse mas que muy imperfectamente la conexiön que él queria establecer entre ellas y sus sobresalientes imágenes. Garat, en sus Lecciones de las Escuelas normales, modelo de perfeccion en esta clase, y Rivarol, á pesar de algunas espresiones afectadas, hacen concebir perfectamente la posibilidad de esta concordancia entre la imagen sacada de la naturaleza física, y la idea que sirve para formar la cadena de los principios y espresiones suyas en el orden moral. ¿ Quien sabe hasta donde podrá llevarse esta fuerza de analisis, que, reunida con la imaginación, tan léjos de destruir cosa ninguna, da un nuevo

vigor á todo; y semejante á la naturaleza, reúne los diversos elementos de la vida en un mismo receptáculo?

Semejante reunion es necesaria, sin duda, para la perfección del estilo; pero ¿ es menester concluir de ello, que deban desterrarse absolutamente las obras de pensamiento que están destituidas de imaginacion en el estilo, ó los libros de imaginacion faltos de pensamiento? No es menester escluir cosa ninguna; pero debe confesarse que los libros filosóficos que no recurren nunca á los afectos, ni á la imaginación, favorecen de un modo mucho ménos útil la propagacion de las ideas, y que las obras de literatura que no están llenas de ideas filosóficas, ó de aquella sensible melancolía que representa los grandes pensamientos, cautivan todos los dias ménos el voto de los hombres doctos.

Un libro sobre los principios del gusto, sobre la pintura, sobre la música, puede ser un libro filosófico, si habla al hombre todo entero, si despierta en él los afectos y pensamientos que engrandecen todas las cues-

tiones. Un discurso sobre los mas graves intereses de la sociedad humana, puede fatigar el espíritu, si no contiene mas que ideas del dia, si no presenta mas que las relaciones estrechas de los objetos mas graves, y si no conduce el pensamiento hácia las consideraciones generales que le interesan.

El encanto del estilo dispensa del esfuerzo que la concepcion de las ideas abstractas requiere; las espresiones figuradas nos recuerdan cuanto tiene vida, las pinturas vivas nos dan fuerzas para seguir el tejido de los pensamientos y racionios. No tenemos ya necesidad de luchar contra las distracciones, cuando está cautivada la imaginación que las causa, y sirve ella misma para la fuerza de la atencion.

Las obras meramente literarias, si no encierran aquella especie de analisis que engrandece cuantas materias trata ella, si no caracterizan las particularidades, sin perder de vista el conjunto; si no prueban al mismo tiempo el conocimiento de los hombres y el

estudio de la vida, parecen, por decirlo así, tareas pueriles. Se quiere que un hombre, en un estado libre, cuando él se hace notar por una obra, indique en semejante obra las importantes prendas que la república puede reclamar en algun día de un ciudadano suyo, cualquiera que él sea. Una obra que no está escrita con filosofía, clasifica á su autor entre los artistas, pero no entre los meditadores.

Se incurrió, despues de la revolucion, en un defecto singularmente destructivo de todos los primores del estilo; se quiso hacer abstractas todas las espresiones, abreviar todas las frases con verbos nuevos que despojan el estilo de toda su gracia, aun sin darle mas precision *. Ninguna cosa es mas contraria al verdadero talento de un grande escritor. La concision no consiste en el arte de disminuir el número de las palabras; consiste todavía ménos en la privacion de las imágenes. La concision que conviene envidiar, es la de Tácito, la que es elocuente y nerviosa

* Utilizar, aclarar, precisar, etc.

juntamente; y tan léjos de que las imágenes perjudiquen á aquella brevedad de estilo justamente admirada, las espresiones figuradas son las que representan mas pensamientos con ménos términos.

No es tampoco perfeccionar el estilo, el inventar voces nuevas. Los maestros del arte pueden introducir algunas, cuando las inventan involuntariamente, y como arrastrados por el impulso de su pensamiento; pero no hay, en general, mas seguro indicio de la esterilidad de las ideas, que la invencion de las palabras. Cuando un autor se toma la libertad de crear una nueva, el lector que no está connaturalizado con ella, se para á fin de juzgarla; y esta distraccion perjudica al efecto general y seguido del estilo *.

* Cuando la Academia francesa existia, recogia este cuerpo todos los años las palabras que el uso ó los buenos autores habian introducido, y declaraba cuales eran las que el uso habia desterrado. La lengua francesa, como todas las demas, adquiria pues entónces nuevas palabras que substituan á las que ella perdía, ó la enriquecian toda-

Cuanto hemos dicho sobre el mal gusto, puede aplicarse igualmente á todos los de-

vía. Lo recomienda Horacio en su Arte poética, cuando dice: «Es licito, y lo será siempre, el dar curso á nuevas voces en la lengua; y así como cuando los montes mudan de hojas, caen las primeras para hacer lugar á las siguientes, así también las palabras antiguas se gastan con el tiempo, mientras que las nuevas tienen toda la frescura y vigor de la juventud.»

Sería perjudicar al estilo frances, el sentar que no hay licencia para servirse ahora de una voz que no se halle en el Diccionario de la Academia. El trabajo de este Diccionario se suspendió hace ya diez años, y estos diez años estimuláron afectos é ideas de una especie totalmente nueva. Sería menester quizás que el Instituto, aquella sociedad la mas magestuosa de la Europa por la reunion de cuantos hombres doctos forman la gloria de la república, diera á la clase de las buenas letras el encargo de justificar y fijar los progresos de la lengua francesa.

No existe autor ninguno de algun talento que no haya introducido una frase ó espresion nueva; y el tiempo sancionó los atrevimientos del ingenio. Delille, en su poema del *Hombre de los Cam-*

fectos del lenguaje empleado por muchos escritores de diez años á acá; hay sin em-

pos, se sirvió de una palabra nueva, inspiratriz, *la lámpara inspiratriz*, etc. Pero como no existen atrevimientos acertados cuyos motivos no puedan indicarse por la razon, examinemos cuales son las reglas que pueden servir para juzgar si uno debe tener licencia para introducir una nueva voz.

Siempre que un escritor recurre á una nueva palabra, es menester que la fuerza misma del sentido le haya conducido á emplearla; y que tan léjos de haber buscado esta especie de singularidad, falte como á pesar suyo á la regla que él se había formado de evitarla. Cuando la finura de las ideas ó la energía de los afectos infunde la necesidad de una espresion mas modificada ó de un término mas elocuente, la palabra de que uno se sirve, aunque fuera inusitada, parece natural. El lector no echa de ver desde luego que esta palabra es nueva pues en tanto grado le parece necesaria; y pasmado de la precision de la espresion, de su perfecta conformidad con la idea que ella debe representar, no es distraido del interes principal ni del impulso del estilo, mientras que una voz estravagante distraeria su atencion en vez de cautivarla.

bargó algunos defectos de estos que dependen mas directamente del influjo de los

Quando hacemos uso de una palabra nueva, es menester que esté bien probado, para quantos saben leer, que no habia en la lengua ningun otro término que representara precisamente la misma modificacion de pensamiento, ni un acertado giro que debiera producir una igual impresion. Admitida una palabra por la primera vez en el estilo elevado, si es buena, de nueva que era, llega á hacerse familiar en breve á todos los escritores, los que la traen á su memoria naturalmente como inseparable de la imágen ó pensamiento que ella espresa.

Si un escritor se resuelve á inventar una voz, es menester que ella sea conforme con la analogía de la lengua, porque no debe inventarse nada mas que progresivamente: el espíritu tiene necesidad de enlace en todas las cosas. En las ciencias, fué la casualidad causa de hacer grandes descubrimientos; pero no se acordó la fama de ingenio mas que á los que llegaron á nuevos resultados por medio de una serie de principios y consecuencias. Me atreveré á decir que sucede lo mismo con quanto depende de la imaginacion, aunque su curso está ménos sujeto. Lo que admiramos

sucesos políticos. Me propongo notarlos al hablar de la elocuencia.

realmente, no es una idea completamente inesperada, sino una sorpresa bastante graduada para que el espíritu esté satisfecho, y no turbado. El escritor es tanto mas perfecto, quanto mas sabe comunicar de antemano á sus lectores una especie de interior anuncio ó confusa necesidad de los primores mismos que los pasmarán. Estos grandes principios de la literatura tienen su aplicacion en las mas pequeñas particularidades del estilo.

Ultimamente no conviene admitir una nueva voz, á no ser que sea armoniosa. La armonía es una de las primeras calidades del estilo; y es corromper la lengua francesa, el introducir en ella sonidos que ofendan el oido. Penetrándose el alma de los afectos nobles y pensamientos elevados, experimenta una especie de calentura que le da nuevas fuerzas para el talento y la virtud. La armonía de las palabras aumenta mucho la inmutacion causada por una generosa elocuencia.

No me es necesario decir que ninguna de estas condiciones impuestas á la invencion de las palabras es aplicable á las ciencias, las cuales necesitan de términos nuevos para hechos nuevos; y las

Se perfecciona el estilo necesariamente de un modo notabilísimo, si hace la filosofía nuevos adelantamientos. Los principios literarios que pueden servir para el arte de escribir, se esplanaron ya casi todos, pero el conocimiento y estudio del corazón humano deben aumentar todos los días el tacto seguro y rápido de los medios que hacen impresión en los ánimos. En general, siempre que un discurso ó obra no conmueven, ni

verdades positivas requieren una lengua tan positiva como ellas. Pero el arte de escribir en literatura está compuesto de tantas modificaciones, varias ideas finas y fugaces ejercen tanto influjo sobre el gusto que una cierta espresion hace experimentar, sobre la aversion que otra espresion infunde, que para escribir bien es preciso estudiar con el mas delicado cuidado cuanto puede obrar en la imaginacion de los hombres. Se podría componer un tratado sobre el estilo con arreglo á los manuscritos de los superiores escritores; cada rayadura supone una infinidad de ideas que deciden á menudo el espíritu sin advertirlo nosotros; y sería picante el indicarlas todas y analizarlas bien.

arrastran á un público imparcial, el autor tiene la culpa de ello; pero es menester atribuir casi siempre las faltas suyas como escritor á lo que le faltaba como moralista.

Acaece de continuo en el trato humano, cuando oimos á sugetos que tienen el designio de hacer creer en sus virtudes ó sensibilidad, que notamos cuan mal han observado ellos la naturaleza, de cuyos distintivos característicos quieren ser imitadores. Los escritores hacen incesantemente faltas semejantes, cuando quieren esplanar profundos afectos ó verdades morales. Hay sin duda materias en las que el arte no puede suplir á lo que uno experimenta realmente; pero hay otras que el talento podría tratar siempre con acierto, si se hubiera reflexionado profundamente sobre las impresiones que los mas de los hombres resienten, y sobre los medios de engendrarlas.

La graduacion de los términos, la propiedad y eleccion de las palabras, la rapidez de las formas, la ilustracion de algunos motivos, el estilo finalmente se insinúan en

la persuasión de los hombres. Una espresion que no muda en nada lo substancial de las ideas, pero cuya aplicacion no es natural, debe transformarse en objeto principal para losmas de los lectores. Un epíteto muy fuerte puede destruir enteramente un argumento verdadero; la mas leve modificacion desconcierta totalmente la imaginacion dispuesta á seguir al escritor; una obscuridad de composicion que la reflexion penetraria muy fácilmente fatiga de repente el empeño que aquel infundia; el estilo por último requiere algunas de las prendas necesarias para conducir á los hombres. Es preciso conocer sus defectos, contemporizar con ellos unas veces, dominarlos otras, pero guardarse bien de aquel amor propio que acusando á una nacion mas bien que á sí mismo, no quiere tomar la opinion general por supremo juez del talento.

Las ideas en sí mismas son independientes del efecto que surten ellas; pero llevando el estilo precisamente la mira de hacer abrazar á los hombres las ideas que él espresa,

si el autor no sale con acierto, es que su penetracion no ha sabido descubrir todavía el camino que conduce á aquellos secretos del alma, á aquellos principios del gusto de que debe hacerse dueño uno para atraer á su opinion la de los otros.

En el estilo mas particularmente se nota aquella elevacion de espíritu y alma que da á conocer las prendas del hombre en el escritor. La conveniencia, nobleza, y pureza del lenguaje dan sumo incremento en todos los paises, y con especialidad en los que se halla establecida la igualdad politica, á la estimacion de los que gobiernan. La verdadera magestad del lenguaje es el mejor medio de declarar todas las distancias morales, y de infundir un respeto que mejora al que le experimenta. El talento de escribir puede ser una de las potestades de un estado libre.

Cuando los primeros magistrados de un pais poseen esta potestad, forma ella un vínculo voluntario entre los gobernantes y gobernados. Sin duda son las acciones la

mejor garantía de la moralidad de un hombre : no obstante esto, creeria yo que existe un acento en las palabras, y por consiguiente un carácter en las formas del estilo, que testifica las prendas del alma con mas certeza todavía que las acciones mismas. Esta especie de estilo no es un arte que pueda aprenderse con talento, es la persona misma, es el sello suyo.

Trasladándose los hombres de imaginación al papel de los demas, pudiéron descubrir lo que otro hubiera dicho; pero cuando habla uno en su propio nombre, manifiesta su propio modo de pensar, aun cuando se esfuerza á ocultarle. No existe ni siquiera un solo autor que, hablando de sí, haya sabido dar de sí mismo una idea superior á la verdad; una palabra, una transición falsa, una espresion exagerada revelan al espíritu lo que se querria ocultarle.

Si el hombre del mayor talento, como orador, fuera acusado ante un tribunal, seria imposible no juzgar, por su modo de defenderse, si está inocente ó culpable. Siempre

que las palabras estén destinadas á servir de testimonio, no es posible desfigurar en el language el carácter de verdad que grabó la naturaleza en ellas; no es ya un arte falaz, sino una señal irrecusable; y lo que uno experimenta, se le suelta de mil modos en lo que dice.

Seria sumamente digno de compasion el hombre virtuoso, si no le quedaran algunas pruebas que el malo no pudiera robarle, un sello divino que sus semejantes no debieran desconocer nunca. La serena espresion de un elevado afecto, la espresion clara de un hecho, aquel estilo de la razon que no conviene mas que á la virtud, no pueden fingirse por el espíritu; y semejante language no solamente es un efecto de las ideas honradas, sino que tambien las infunde con fuerza.

La perfeccion noble y sencilla de ciertas espresiones impone respeto aun al que las profiere; y entre los dolores anejos al envilecimiento de sí mismo, seria menester contar tambien la pérdida de aquel language,

que causa al hombre digno de servirse de él la exaltacion mas pura y la conmocion mas deliciosa.

Este estilo del alma, si puedo espresarme así, es uno de los primeros medios de la autoridad en un gobierno libre. Este estilo dimana de una tal serie de afectos concordes con los deseos de todos los hombres honrados, de una tal confianza y respeto para la opinion pública, que él es la prueba de mucha felicidad precedente, y la garantia de mucha felicidad futura.

Cuando anunciando un Americano la muerte de Washington, decia: *Ha agradado á la divina Providencia retirar de nuestro seno á este hombre, el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en los afectos de su pais*; cuantos pensamientos, cuantas áfecciones se recordaban con estas espresiones! ¿No nos indica este recurso á la Providencia, que en aquel pais no se han ridiculizado de modo ninguno las ideas religiosas, ni los pesares espresados con el enterneamiento del corazon? Este elogio tan sencillo de un varon

insigne, esta graduacion que supone por último grado de la gloria los afectos de su pais, hace experimentar al alma la mas profunda conmocion.

¡Cuantas virtudes no supone, en efecto, el amor de una nacion libre para con su primer magistrado! ¡el amor constante para con una reputacion de cerca de veinte años, para con un hombre, que, volviendo por su eleccion á la clase de simple particular, atravesó el poder en el viage de la vida, como un camino que conducia al retiro, al retiro ilustrado con los mas nobles y gratos recuerdos!

Nunca, en nuestras crisis revolucionarias, nunca hubiera hablado hombre ninguno aquella lengua de la que he citado algunas notables palabras; pero en cuanto nos ha llegado de las relaciones que existieron por escrito entre los magistrados de América y los ciudadanos, se halla aquel estilo verdadero, noble y puro cuyo genio inspirador es la conciencia del hombre honrado.

Me atreveré á decir que mi padre es el

primero, y hasta ahora el mas perfecto dechado del arte de escribir, para los hombres públicos, de aquel talento de apelar á la opinion, de valerse de su auxilio para sostener el gobierno, de avivar en el corazon de los hombres las máximas de la moral, potestad de que los magistrados deben mirarse como representantes, potestad la cual sola les da derecho para pedir sacrificios á la nacion. A pesar de nuestras pérdidas de toda especie, existe un conocido progreso, desde M^e Necker, en la lengua de que hacen uso los gefes de muchos gobiernos. Entraron estos en exámen con la razon, aun á veces con los afectos; pero fuéron inferiores, en mi entender, á aquella elocuencia persuasiva, en la que ningun hombre igualó todavia hasta aquí, á M^e Necker.

Los gobiernos libres están destinados incesantemente, por la forma misma de sus instituciones, á esplanar y comentar sus resoluciones. Cuando, en los momentos de peligro, no dirigian los magistrados á los Franceses mas que las frases triviales, la elocuen-

cia usada frecuentemente por los partidos entre sí, no influían en nada sobre la opinion. El espíritu público se debilitaba á cada esfuerzo inútil que se probaba para restablecerle; se solicitaba el entusiasmo; y el entusiasmo estaba mas distante que nunca de renacer, por lo mismo que le habian invocado en balde.

Quando está admitida una vez la potestad de la palabra en los intereses políticos, es ella de la mas grave importancia. En los estados en que la ley tiránica descarga sus golpes silenciosamente sobre las cabezas, pertenece la consideracion cabalmente á aquel silencio, que deja suponerlo todo á la voluntad del temor ó esperanza; pero quando el gobierno entra con la nacion en el exámen de sus intereses, únicamente la nobleza y simplicidad de las espresiones de que él se vale pueden merecerle la confianza nacional. (R)

Sin duda los hombres mas insignes conocidos no fuéron todos sobresalientes como escritores; pero hay poquimosos que no hayan ejercido el dominio de la palabra. To-

dos los admirables discursos, todos los dichos famosos de los héroes de la antigüedad, son los modelos de las grandes propiedades del estilo: y el talento se esfuerza á recoger ó imitar aquellas espresiones inspiradas por el ingenio ó virtud. El laconismo de los Espartanos, los dichos enérgicos de Focion, reunian lo mismo, y mejor con frecuencia que los mas elevados discursos, los atributos necesarios al influjo del language; este modo de espresarse obraba sobre la imaginacion del pueblo, caracterizaba los motivos de las acciones gubernativas y daba á conocer con fuerza las ideas de los magistrados.

Estos son los principales socorros que la autoridad política puede sacar del arte de hablar á los hombres; y estos los beneficios, asegurados al orden, moral y espíritu público, por el estilo mesurado, solemne, y á veces cordial de los hombres que están destinados á gobernar el estado. Pero esto no es todavía mas que una parte del dominio del language; y los limites de la carrera que recorreremos, van á dilatarse á lo léjos en presen-

cia nuestra; vamos á ver elevarse este dominio á un mucho mayor grado, si le consideramos cuando él defiende la libertad, protege la inocencia, y lucha contra la opresion; si le examinamos, en una palabra, bajo el aspecto de la elocuencia.

CAPITULO VIII.

De la Elocuencia.

DECIDIENDO la voluntad de las naciones, en los estados libres, sobre su destino político, solicitan y adquieren los hombres hasta un supremo grado los medios de influir en esta voluntad; y el primero de todos es la elocuencia. Toman incremento los esfuerzos siempre con proporcion á la recompensa; y cuando la naturaleza del gobierno promete el poder y gloria al hombre de ingenio, no

tardan en presentarse vencedores dignos de ganar semejante premio. La emulacion desencierra talentos que hubieran quedado desconocidos en aquellos estados, en que no pudiera ofrecerse á un alma noble ningun fin que fuera digno de ella.

Examinemos sin embargo porqué, desde los primeros años de la revolucion, la elocuencia se altera y deteriora en Francia, en vez de seguir los progresos naturales en las asambleas deliberativas; examinemos como ella podria restaurarse y perfeccionarse; y finalicemos con un bosquejo general sobre la utilidad que la misma trae á los adelantamientos del ingenio humano y á la conservacion de la libertad.

La fuerza en los discursos no puede separarse de la medida. Si hay licencia para todo, ninguna cosa puede producir un grande efecto. El atender á las conveniencias morales, es respetar los talentos, servicios y virtudes; es honrar en cada hombre los derechos que su vida le da á la estima pública. Si con una rústica y zelosa igualdad

confundimos lo que la desigualdad natural distingue, se parece nuestro estado social á la refriega de una batalla en la que no se oyen ya mas que clamores de guerra ó furor. ¿Qué medios le quedan á la elocuencia entónces para hacer eco en los espíritus en pensamientos ó espresiones felices, con el contraste del vicio y virtud, con el elogio ó vituperio distribuidos justamente? En aquel caos de afectos é ideas que existió por espacio de algun tiempo en Francia, ningun orador podia lisongear con su estimacion, ni ajar con su menosprecio; ningun hombre podia honrarse ni envilecerse.

¿Como caer, ni elevarse en semejante orden de cosas? A qué fin acusar ó defender? en donde está el tribunal que puede absolver ó condenar? Qué hay de imposible, ni de cierto? Si uno es osado, á quien asombrará? Si calla, quien lo notará? En donde está la magestad, si ninguna cosa se halla en su lugar? Qué dificultades hay que superar, cuando no existe barrera ninguna? pero por lo mismo qué monumentos pueden fundarse;

cuando se carece de basa? Pueden recorrerse bajo todos los aspectos el ultrage y alabanza, sin dar origen al aborrecimiento ni entusiasmo. No se sabe ya lo que debe fijar el aprecio de los hombres; las calumnias prescriptas por el espíritu de partido, y los elogios inspirados por el terror, lo han puesto en duda todo, y la errante palabra hierre los aires sin fin ni efecto.

Cuando Ciceron quiso defender á Murena contra la autoridad de Caton, fué elocuente, á causa de que supo á un mismo tiempo honrar é impugnar la reputacion de un hombre tal como Caton. Pero en nuestras asambleas, en que se daba abrigo á todas las invectivas contra toda especie de ídolos, ¿quien hubiera cogido la delicada modificacion de las espresiones de Ciceron? ¿A quien le hubiera ocurrido en el ánimo el imponerse una inútil sujecion, supuesto que ninguno alcanzaba su motivo, ni recibia su impresion? Gritando una voz estentórea en la tribuna: *Caton es un contra-revolucionario, un asalariado de nuestros enemigos, y*

pido que la muerte de este gran culpable satisfaga finalmente la justicia nacional, haria olvidar la elocuencia de Ciceron.

En un pais en que se anonada todo el predominio de las ideas morales, únicamente el temor de la muerte puede conmovier las almas. La palabra conserva todavía la virtud de un arma mortifera, pero no tiene ya fuerza ninguna intelectual. Nos desviamos de ella, la tememos como un peligro, pero no como un insulto; no alcanza ella ya á la fama de ninguno. Esta infinidad de escritores calumniadores embota hasta el resentimiento que ellos infunden; y quitan sucesivamente á todas las voces de que se sirven su fuerza natural. Un alma delicada experimenta una especie de repugnancia á la lengua cuyas espresiones se hallan en los escritos de semejantes hombres. El desprecio de las conveniencias priva á la elocuencia de cuantos efectos dependen de la sabiduria del espíritu y del conocimiento de los hombres; y el raiocinio no puede tener dominacion ninguna en un pais en que se desprecia hasta

la apariencia misma del respeto á la verdad.

En muchas épocas de nuestra revolucion, únicamente los sofismas mas irritantes llenaban ciertos discursos; y las frases de partido, que los oradores repetian á porfía, fatigaban los oidos y abatian los corazones. No hay variedad mas que en la naturaleza; y los afectos reales inspiran solos nuevas ideas. ¿Qué impresion podian hacer aquella violencia monotona, aquellos términos tan fuertes que dejaban tan fria el alma? *Es tiempo ya de revelaros la verdad toda entera. La nacion estaba sepultada en un sueño peor que la muerte: pero la representacion nacional estaba allí. El pueblo está en pie, etc.* O en otro sentido: *Pasó ya el tiempo de las abstracciones; el orden social está afirmado sobre sus basas, etc.* Me detengo; porque esta imitacion seria tan cansada como la realidad misma; pero podrian extractarse de los oficios, diarios y discursos, numerosas páginas, en las que se veria caminar la palabra sin el pensamiento, sin los afectos ni verdad, como

una letanía, como si se exorcizaran con acordadas frases la elocuencia y razon.

¿Qué talento podia elevarse en medio de tantas palabras absurdas, insignificativas, ponderativas ó falsas, hinchadas ó ordinarias? ¿Como llegar al alma, endurecida contra las palabras con tantas espresiones falaces? ¿Como convencer la razon fatigada con el error, y hecha suspicaz con los sofismas? Ligados entre sí los individuos de los mismos partidos con intereses de una solidaria importancia, se habituáron en Francia á no mirar los discursos mas que como la contraseña que debe reunir á soldados que están á un mismo servicio.

El espíritu se hubiera torcido ménos, y no estaria perdida la elocuencia, si en las deliberaciones, al modo de la guerra, se hubieran limitado á mandar con la simple señal de la voluntad. Pero recurriendo la fuerza en Francia al terror, quiso sin embargo agregarle todavía una especie de argumentacion; y uniéndose la vanidad intelectual con la vehemencia genial, se apre-

suraron á justificar con discursos las doctrinas mas absurdas y las acciones mas injustas. ¿A quien iban destinados semejantes discursos? no á las víctimas; porque era cosa dificultosa el convencerlas de la utilidad de su desdicha; ni á los tiranos, los cuales no se decidían por ninguno de los argumentos á que ellos mismos recurrían, ni á la posteridad, cuyo juicio inflexible es el de la naturaleza de las cosas. Pero se quería valerse del fanatismo político, y mezclar en algunas cabezas lo que ciertos principios tienen de verdadero, con las consecuencias inievas y feroces que las pasiones sabían deducir de ellos, creando así una tiranía habladora mortalmente adversa para el imperio de las luces.

El sonido puro de la verdad que hace experimentar al alma un afecto tan dulce y exaltado, aquellas espresiones justas y nobles de su corazón contento de sí mismo, de un espíritu de buena fe, de un genio sin tacha; todo ello no se sabía á qué hombres ú opiniones dirigirlo, ni bajo qué bóveda hacerlo oír; y la nobleza natural de la fran-

queza inclinaba mucho mas bien al silencio que á inútiles esfuerzos.

La primera entre todas las verdades, la moral, es tambien la fuente mas fecunda de la elocuencia; pero cuando una filosofía lienciosa se recrea en abatirlo todo para confundirlo todo, ¿qué virtud puede nuestra voz honrar todavía? ¿Qué harémos resplandeciente en semejantes tinieblas? qué harémos salir de este polvo? como infundiremos entusiasmo á los hombres que no temen ni esperan nada de la fama, y no reconocen ya entre sí los mismos principios por jueces de las mismas acciones?

La moral es inagotable en afectos, en ideas felices para el hombre de ingenio que sabe penetrarse de ellas; con cuyo apoyo se reconoce fuerte, y se abandona sin temor á su inspiracion. Lo que los antiguos llamaban el espíritu divino, era indubitavelmente la conciencia de la virtud en el alma del justo, el poder de la verdad reunido con la elocuencia del talento. Pero, en nuestros dias, ¡tantos hombres temían entregarse á la mo-

ral, por miedo de hallarla acusadora de su vida! tantos hombres no daban entrada á idea ninguna general ántes de haberla comparado con sus acciones é intereses particulares! Otros sin zozobras sobre sí mismos, pero no queriendo ofender los recuerdos de algunos oyentes suyos, no se atrevían á mentar la justicia y equidad con entusiasmo; trataban de presentar la moral con circuitos, de darle la forma de la utilidad pública, de encubrir los principios, de transigir de una vez con la soberbia y remordimientos que se advierten recíprocamente de sus irritables intereses.

El crimen podía turbar el juicio, y desconcertar la razon á puro vehemencia; pero la virtud no osaba desplegarse toda entera; queria ella convencer, y temia ofender. No puede ser elocuente uno, desde que le es preciso abstenerse de la verdad.

Los impedimentos puestos por respetables conveniencias favorecen como lo he dicho, los triunfos mismos de la elocuencia; pero cuando, por condescendencia con la injusticia ó

egoismo, estamos obligados á reprimir los impulsos de un alma elevada; cuando es menester evitar no solamente los hechos y su aplicacion, sino tambien hasta las consideraciones generales que pudieran presentar al pensamiento todo el conjunto de las ideas verdaderas, toda la energía de los afectos honrados, ningun hombre atado á semejantes sujeciones puede ser elocuente; y el orador todavia estimable, que debe hablar en semejantes circunstancias, elegirá naturalmente las frases usadas, aquellas en que se ha hecho ya la esperiencia de las pasiones, aquellas que, reconocidas por inofensivas, pasan por medio de todos los furores sin excitarlos.

Las facciones favorecen el progreso de la elocuencia, mientras que los facciosos necesitan de la opinion de los hombres imparciales, mientras que ellos disputan entre sí sobre el voluntario asenso de la nacion; pero cuando las conmociones políticas han llegado á aquel término en que únicamente la fuerza decide entre los partidos, lo que ellos

le agregan de medios de palabra, de recursos, de discusion, pierde la elecuencia, y degrada el talento en vez de darle progreso.

El hablar segun el espíritu de la autoridad injusta, es imponerse la mas individualizada servidumbre. Es necesario sostener cada uno de los absurdo de que está formada la larga cadena que conduce á la resolucion culpable; y las prendas morales permanecerian, si es posible, mas intactas todavia despues de unas acciones vituperables que la ira hubiera sugerido, que despues de aquellos discursos en que se destilan gota á gota la bajeza ó crueldad con una especie de arte que uno se esfuerza á hacer ingenioso.

¡Qué oprobrio sin embargo el manifestar talentos en apoyo de los actos de vigor ó servidumbre! ¡Qué oprobrio el tener amor propio todavia, cuando se carece ya de nobleza! el pensar en sus triunfos, cuando se sacrifica la felicidad de los otros! el poner finalmente al servicio de la injusta autoridad aquella especie de talento sin conciencia, que presta á los hombres poderosos las

ideas y espresiones como unos satélites de la fuerza, encargados de abrir el paso por delante de la potestad!

Ninguno dudará de que la elocuencia se haya desfigurado totalmente en Francia de muchos años á acá; pero infinitos hombres afirmarán que es imposible restaurarla y perfeccionarla; y otros sostendrán que el talento oratorio es perjudicial al sosiego y aun á la libertad de un pais. Son dos errores que tengo por útil refutar.

¿Con qué esperanza desearéis, podrá decirseme, que se dejen oír hombres elocuentes? La elocuencia no puede formarse mas que de ideas morales y virtuosos afectos: y ¿en qué corazones resonarian palabras generosas ahora? Si existieran en nuestros dias Ciceron, Demóstenes, los mayores oradores de la antigüedad ¿podrian acaso agitar la imperturbable serenidad del vicio? harian bajar aquellas miradas que la presencia de un hombre de bien no turba ya? Decid á esos tranquilos poseedores de los gozos de la vida que sus intereses están amenazados,

é inquietaréis su impasible ánimo ; pero ¿ qué les participaría la elocuencia ? Invocaría contra ellos el menosprecio de la virtud : ah ! ¿ no saben , mucho tiempo hace , que cada uno de sus días está cubierto de él ? ¿ Os dirigiréis á los hombres ansiosos de adquirir fortuna , nuevos como ellos son tanto en los hábitos como en las satisfacciones que ella permite ? Si les infundis nobles designios por un instante , les faltaría el valor para cumplirlos. ¿ No tienen que avergonzarse de su miserable vida ? Carece de fuerzas , aquel hombre al que es posible reconvenir de bajezas ; ¿ no teme todas las voces que pueden acusarle ? ¿ No teme la justicia , la libertad , la moral , cuanto da á la opinion su fuerza y á la verdad su lugar ? Quereis á lo ménos hacer oír algunas palabras de benevolencia á los genios rencorosos ; os desecharán igualmente. Si hablais en nombre de la potestad , os escucharán con respeto , cualquiera que sea vuestro language ; pero si reclamais por el débil , si vuestra naturaleza generosa os hace preferir la causa abandonada por el

favor y acogida por la humanidad , no excitaréis mas que el resentimiento de la facción dominante. Vivis en un tiempo en que uno está indignado contra la desgracia , irritado contra el oprimido , en que la cólera se inflama al aspecto del vencido , en que nos enternecemos ó exaltamos para la autoidad , desde que entramos al repartimiento con ella.

¿ Qué hará la elocuencia en medio de semejantes ideas , la elocuencia que necesita , para ser afectuosa y sublime de un peligro que arrostrar , de una desgracia que patrocinar , y de la gloria en premio del valor ? Apelará ella á la nacion ? Triste de mí ! ¿ no oyó esta desgraciada nacion proferir con profusion los nombres de todas las virtudes para defender todos los delitos ? ¿ Podrá reconocer ella todavía el acento de la verdad ? Los mejores ciudadanos reposan en la tumba ; y la multitud que queda , no vive ya para el entusiasmo , para la gloria ni moral ; sino para el reposo que turbarian igualmente los furores del crimen y los generosos vuelos de la virtud.

Estas objeciones podrian desanimar mi esperanza por algun tiempo; me parece sin embargo imposible que cuanto es bueno en sí no adquiera al cabo un grande ascendiente; y creo siempre que es preciso acusar á los oradores ó escritores, cuando unos discursos pronunciados en medio de un sinnúmero de hombres, ó unos libros que tienen por juez al público, no hacen impresion ninguna.

Sin duda cuando nos dirigimos á algunos individuos reunidos por el vínculo de un interes comun, ó de un temor comun; ningun talento puede obrar sobre ellos; han agotado, mucho tiempo hace, en sus corazones la fuente natural que puede salir de la peña misma á la voz de un divino profeta; pero cuando estamos cercados de una turba que contiene todos los elementos diversos, los hombres imparciales, los hombres sensibles, los hombres débiles que se aquietan al lado de los hombres fuertes, si hablamos á la naturaleza humana, nos responderá ella; si sabemos comunicar aquella conmocion eléctrica cuyo principio se contiene

tambien en el ser moral, no temamos ya la serenidad del indolente, la mofa del pérfido, el cálculo del egoista, ni el amor propio del envidioso: cuya turba toda es nuestra. ¿Se le ocultan las perfecciones del arte trágico, los divinos sonidos de una música celestial, y el entusiasmo de los cantos marciales? porqué pues se negaría ella á la elocuencia? El alma necesita de exaltacion; apoderémonos de esta propension, inflamemos este deseo, y nos arrastraremos la opinion.

Cuando se traen á la memoria los rostros frios y compuestos que se encuentran en el mundo, se tiene por imposible, confiésole, el conmovier los corazones; pero los mas de los hombres conocidos están empeñados con sus acciones pasadas, con sus intereses, con sus relaciones políticas. Tiéndase la vista sobre una numerosa multitud; ¿cuantas veces no nos sucede encontrar facciones cuya expresion amistosa, cuya dulzura, cuya bondad pronostican un alma todavía ignorada, que oiria la nuestra, y cederia á nuestros afectos? Olvidemos lo que sabemos, lo que tememos

de tales ó cuales hombres; entreguémonos á nuestros pensamientos, á nuestras concusiones; boguemos á toda vela, y llegaremos á pesar de todos los escollos y peligros; arrastraremos con nosotros los afectos libres todos, los espíritus todos que no han recibido el sello de ningun yugo, ni el premio de la servidumbre.

Pero ¿por qué medios podemos lisongearnos de perfeccionar la elocuencia, si es verdad que sea posible todavía esperar algunos triunfos por ella? Perteneciendo la elocuencia mas á los afectos que á las ideas, parece ménos capaz de indefinidos progresos que la filosofía. Sin embargo como los nuevos pensamientos desenciernan nuevos afectos, los progresos de la filosofía deben suministrar nuevos medios á la elocuencia.

Las ideas intermedias pueden trazarse de un modo mas rápido, cuando está generalmente conocido el enlace de un grandísimo número de verdades; el intervalo de los pasages de mocion puede llenarse con raiocinios fuertes, el espíritu puede sostenerse

constantemente en la region de los pensamientos elevados; y puede interesar uno con reflexiones morales, comprendidas universalmente, sin haberse hecho comunes. Lo que es sublime en algunos discursos antiguos, son los dichos que no pueden perverse ni olvidarse, y que dejan vestigios en los siglos, como admirables acciones. Pero si el método y la precision del raiocinio, el estilo, las ideas accesorias son capaces de perfeccion, los discursos de los modernos pueden adquirir, por su conjunto, una grande superioridad sobre los modelos de la antigüedad; y lo que pertenece á la imaginacion misma produciria necesariamente mas efecto, si ninguna cosa debilitara este efecto, si todo, por el contrario, contribuyera á aumentarle.

En lo que caracteriza la elocuencia, el impulso que la inspira, el ingenio que la despliega, es necesaria una suma independencia, á lo ménos momentánea, de cuanto nos rodea; es necesario hacerse superior al peligro, si existe, á la opinion que uno impugna, á los hombres contra quienes lucha, á

todo ménos su conciencia y los venideros. Los pensamientos filosóficos nos colocan naturalmente en aquella elevacion en que la expresion de la verdad se hace tan fácil, en que la imágen, en que la palabra enérgica que pueden pintarla, se presentan fácilmente al espíritu animado con el mas puro fuego.

Esta elevacion no quita nada á la vivacidad de los afectos, á aquel ardor tan necesario á la elocuencia, á aquel ardor el cual solo le da una energía irresistible, un carácter de dominacion que los hombres reconocen con frecuencia á pesar suyo, que ponen con frecuencia en duda, pero del que no pueden preservarse nunca.

Si suponemos un hombre al que la reflexion haya hecho insensible totalmente á los acaecimientos que le circundan, un genio semejante al de Epicteto; su estilo, si escribe, no será elocuente; pero cuando reina el espíritu filosófico en la clase ilustrada de la sociedad, se une á las pasiones mas vehementes; no es un resultado del trabajo de cada hombre sobre sí mismo; sino una

opinion establecida desde la niñez, una opinion que, mezclándose con todos los afectos naturales, engrandece las ideas sin entibiar las almas. Un cortísimo número de hombres se dedicaba, entre los antiguos, á aquella moral estoica que reprimia todos los impulsos del corazon; la filosofia de los modernos, aunque ella obra mas sobre el espíritu que sobre el genio, no es mas que un modo de considerar todos los objetos de la vida. Abrazándose este modo de ver por los hombres ilustrados, influye sobre la tintura general de las ideas, pero no triunfa de las afecciones; no logra destruir el amor, ambicion, ninguno de aquellos intereses instantáneos en que no cesa de ocuparse la imaginacion de los hombres, aun quando su razon está desengañada por ellos; pero esta filosofia meramente contemplativa imprime en la pintura de las pasiones un carácter de melancolía que da un nuevo grado de profundidad y elocuencia á su language.

Este afecto de melancolía al que cada siglo debe dar mas y mas progreso en el cora-

zon humano, puede grabar un grandísimo carácter en la elocuencia. El hombre mas ardiente para lo que desea, cuando está dotado de un ingenio raro, se siente superior á cualquiera fin que él persigue; y esta idea vaga y triste reviste las espresiones con unos visos que pueden ser importantes y sensibles juntamente.

Pero si las verdades morales consiguen en algun dia la demostracion, y si la lengua que debe espresarlas llega casi á la exactitud matemática, qué será de la elocuencia? Diminando de otra fuente cuanto depende de la virtud, y teniendo otro principio que el raciocinio, la elocuencia reinará siempre en el imperio que ella debe poseer. No se ejercerá ya sobre cuanto tiene relacion con las ciencias políticas y metafísicas, sobre todas las abstractas de cualquiera naturaleza que ellas sean; pero no será con ello, sino que mas honrada; porque no será posible ya presentarla como peligrosa, si ella se reconcentra en su esfera natural, en el dominio de los afectos sobre nuestra alma.

Se establece, hace ya algun tiempo, un absurdo sistema con respecto á la elocuencia. Pasmado el hombre de todos los abusos que se hicieron de la palabra despues de la revolucion, declama contra la elocuencia; y se quiere preservarnos contra este peligro que ciertamente no es todavía inminente; y como si la nacion francesa estuviera condenada á recorrer incesantemente todo el circulo de las ideas falsas, á causa de que algunos hombres sostuviéron violenta y aun á menudo toscamente injustísimas causas, no se quiere ya que espíritus rectos invoquen los afectos en socorro de las ideas justas. Soy de dictámen, por el contrario, que podria sostenerse que cuanto es elocuente es verdadero; es decir, que en una defensa á favor de una mala causa, lo que es falso, es el raciocinio; pero que la elocuencia propiamente dicha se funda siempre en una verdad; es fácil estraviarse despues en la aplicacion, ó consecuencias de semejante verdad; pero el error consistió entónces en el raciocinio. Necesitando siempre del impulso del alma la

elocuencia, no se dirige mas que á los afectos de los hombres; y los afectos de la multitud están siempre á favor de la virtud. Acaeció con frecuencia seducir á un individuo, hablándole á solas, con motivos indecorosos; pero el hombre, en presencia de los hombres, no se rinde mas que á lo que él puede confesar sin avergonzarse.

El fanatismo de la religion ó de la politica hizo cometer horrendos excesos, removiendo las asambleas con sediciosas palabras; pero la falsedad del raciocinio, y no el impulso del alma, hacia funestas semejantes palabras.

Lo que es elocuente en el fanatismo de la religion, son los afectos que aconsejan el sacrificio de sí mismo por lo que es bien, por lo que puede agradar al ser benéfico, protector de este universo; pero lo que es falso, es el raciocinio que persuade que es bien asesinar á los que difieren de nuestras opiniones, y que una inteligencia de una virtud suprema exige semejantes atentados.

Lo que es verdadero en el fanatismo poli-

tico, es el amor de su pais, de la libertad, de la justicia, igual para todos los hombres, como para la providencia eterna; pero lo que es falso, es el raciocinio que justifica todos los delitos para llegar al fin que se cree útil.

Examinemos todas las materias de discusion entre los hombres, todos los discursos célebres que formaron parte de estas discusiones, y veremos que la elocuencia se fundaba siempre sobre lo que habia de verdadero en la cuestion, y que solo el raciocinio la desfigura; porque el afecto no puede errar en sí mismo, y las consecuencias que la argumentacion deduce del afecto son los únicos errores posibles. Estos errores subsistirán, mientras que la lengua de la lógica no se fije del modo mas positivo, y no se haga comprensible al mayor número.

Hay todavía, lo sé, muchos argumentos que podria tratarse de dirigir contra la elocuencia. Sin embargo sucede con ella como con cuantos bienes permite nuestra suerte: todos ellos tienen inconvenientes, los cuales solos se hacen resaltar, si el viento de la

faccion sopla hácia esta parte; pero qué don natural pareceria exento de males, entregándose por este estilo al exámen de las cosas? La imperfeccion humana deja siempre un lado indefenso; y la razon no tiene mas uso que el de decidirnos por la mayoría de los beneficios contra tal ó cual objecion parcial.

El raciocinio, en sus formas didácticas, no basta para defender la libertad en todas las circunstancias; cuando hay necesidad de arrostrar contra un peligro de cualquiera especie para abrazar una generosa resolucion, solamente la elocuencia es harto poderosa para dar el necesario impulso en los grandes riesgos. Un número escasisimo de genios realmente distinguidos podria decidirse en la paz del retiro por el único afecto de la virtud; pero cuando es necesario el valor para desempeñar una obligacion, los mas de los hombres, hasta los buenos, no se confían en sus propias fuerzas mas que cuando su alma está conmovida, ni olvidan sus intereses mas que cuando se halla agitada su sangre.

La elocuencia hace las veces de la música guerrera; precipita ella las almas contra los peligros. Las asambleas tienen entónces el valor y virtudes del hombre mas distinguido que haya en su seno. Unicamente con la elocuencia se hacen comunes las virtudes de uno solo á cuantos le rodean. Si se veda la elocuencia, se conduciria siempre una reunion de hombres por los afectos mas vulgares; porque semejantes afectos, en el estado habitual, son los del mayor número; y se debieron al talento de la palabra cuantas nobles é intrépidas resoluciones se abrazaron en todos tiempos por los hombres reunidos.

Si se prohibiera la elocuencia, se destruiria la gloria; es preciso que uno pueda abandonarse á la expresion del entusiasmo para engendrar este afecto en los otros; es menester que todo sea libre para que la alabanza lo sea, para que ella tenga aquel carácter que domina sobre la razon y los venideros.

Ultimamente, aun cuando se persistiera en tener por perjudicial la elocuencia, re-

flexiónese por un momento sobre cuánto es necesario hacer para ahogarla; y se verá que sucede con ella lo que con las luces, lo que con la libertad, lo que con todos los grandes progresos del talento humano. Puede ser que algunas calamidades vayan anejas á estos beneficios; pero para preservarse de semejantes calamidades, es preciso aniquilar cuanto hay de útil, de grande y generoso en el ejercicio de las facultades morales. Es el último pensamiento que me propongo ilustrar al terminar esta obra.

CAPITULO IX.

Conclusion.

La perfectibilidad del género humano se ha hecho objeto de las sonrisas indulgentes y burlonas de cuantos miran las ocupaciones intelectuales como una especie de imbe-

cilidad del espíritu, y no consideran mas que las facultades que se aplican instantáneamente á los intereses de la vida. Se impugna tambien este sistema de perfectibilidad por algunos meditadores; pero tiene él contra sí actualmente, en Francia, aquellos afectos inconsiderados, aquellas inclinaciones apasionadas que confunden juntamente las mas contrarias ideas, y favorecen maravillosamente á los hombres culpables, suponiéndoles honrosos pretextos. Cuando acusan á la filosofía de las iniquidades de la revolucion, enlazan indignas acciones con grandes pensamientos, cuya causa está pendiente todavía ante los siglos. Seria mejor hacer mas profundo todavía el abismo que separa el vicio de la virtud, reunir el amor de las luces con el de la moral, atraer hacia ella cuanto hay de elevado entre los hombres, á fin de entregar el crimen á todas las especies de ignominia, de ignorancia, de envilecimiento: pero cualquiera que sea la opinion que se haya abrazado sobre estas conquistas del tiempo, sobre este indefinido

dominio de la razon, me parece que hay un argumento que conviene igualmente á todos los modos de ver. Se dice que las luces y cuanto se deriva de ellas, la elocuencia, la libertad política, la independencia de las ideas religiosas, turban la paz y felicidad del género humano. Pero que se reflexione sobre los medios de que es menester hacer uso para atajar la tendencia de los hombres hácia las luces; y que se considere como impedir este mal, si es uno, á no recurrir á medios horriblos en sí mismos, y definitivamente infructuosos.

He tratado de mostrar con qué fuerza la razon filosófica, á pesar de todos los obstáculos, y despues de todas las calamidades, supo siempre abrirse un camino, y tuvo progreso sucesivamente en todos los países, desde que una tolerancia de cualquiera especie, por mas modificada que ella pudiera estar, dió al hombre licencia para pensar. Como precisar pues al talento humano á retroceder, y aun cuando se hubiera conseguido este triste triunfo, como precaver

cuantas circunstancias pudieran dar un nuevo impulso á las facultades morales. Se desea primeramente, y aun los reyes son de este dictámen, que la literatura y artes hagan adelantamientos. Ahora bien, semejantes adelantamientos dependen necesariamente de cuantos pensamientos deben conducir la reflexion mucho mas allá de las materias que la han engendrado. Desde que las obras de literatura llevan el objeto de conmover el alma, se acercan necesariamente á las ideas filosóficas; y las ideas filosóficas conducen á todas las verdades. Aun cuando se imitara la inquisicion de España y la tiranía de Rusia, seria menester estar seguro amas que en ningun país de la Europa se establecerán otras instituciones; porque las simples relaciones de comercio, aun cuando se vedaran las demas, acabarian comunicando á un país las luces de los vecinos.

Teniendo las ciencias físicas por objeto una inmediata utilidad, ningun gobierno quiere ni puede prohibirlas; y ¿como no desterraria el estudio de la naturaleza la

creencia de ciertos dogmas? ¿como no conduciría la independencía religiosa al libre exámen de todas las autoridades terrenas? Pueden refrenarse, se dirá, los excesos sin poner trabas á la razon. ¿Quien refrenará estos excesos? — El gobierno. — ¿Podemos considerarle jamas como una potestad imparcial? Y ¿no serán precisamente los límites que-él quiera poner al pensamiento, los que los espíritus ardientes querrán pasar?

Si inclinamos una nacion hácia las diversiones y deleites, si enervamos en ella todas las prendas fuertes y animosas para distraerla del pensamiento, quien nos defenderá contra unos vecinos belicosos? Si nos libramos de la conquista se introducirán todos los vicios sin embargo en nuestro pais, á causa de que no existirá ya entre los hombres mas que el único interes del placer, y de la fortuna por consiguiente. Pues bien, entre los móviles de accion, no hay ninguno que envilezca y estrague mas. Si infundimos el amor de la guerra á todos, engendrarémos quizas el menosprecio del pensamiento; pero todos

los males de la feudalidad cargarán sobre nosotros. Hay mas, la pasion de las armas dejará engañadas en breve nuestras esperanzas. Desde que damos un impulso fuerte al alma, no podemos detener su vuelo. El valor marcial, aquella prenda que produce siempre un entusiasmo nuevo, aquella prenda que reune cuanto puede herir la imaginacion, enagenar el alma, el valor marcial que llamamos en ayuda de la tiranía, inspira el amor de la gloria; y el amor de la gloria se transforma bien presto en el mas acérrimo enemigo de esta tiranía. Los dichos mas notables, los discursos mas sobresalientes se pronunciaron en la vispera de las batallas, en el seno de sus peligros, en aquellas circunstancias arriesgadas que elevan al hombre animoso, y desplegan en él de una vez todas sus facultades. Esta elocuencia de las batallas se imita brevemente en las contiendas civiles. Desde que los afectos generosos, de cualquiera naturaleza que sean, pueden expresarse sin embarazo ninguno, la elocuencia, aquel talento que parece tan fácil de

ahogar, supuesto que es tan raro el conseguirle, renace, crece, toma progreso, y se apodera de todos los asuntos importantes.

En cuantas partes existieron algunas sabias instituciones, ya para mejorar el gobierno, ya para afianzar la libertad civil ó religiosa, ya para estimular el valor y arrogancia nacional, fuéron señalados al punto los progresos de las luces. Unicamente con la servidumbre y mas absoluto envilecimiento puede lucharse victoriosamente contra ellas. Los terremotos de la Calabria, la peste de la Turquía, los eternos hielos de la Rusia y del Kamtschatka, todos los azotes de la naturaleza finalmente, son los verdaderos aliados del sistema que querria atajar el progreso de las facultades del hombre. Es necesario invocar todos los desastres y vicios para impedir que se ilustren las naciones.

Cuanto se dice en pro y contra las luces, se asemeja á los inconvenientes y beneficios que pueden atribuirse á la vida. Si se pudiera hacer gustar al hombre de la especie de reposo de que gozan los entes que no recibie-

ron de la naturaleza mas que la existencia física, seria quizas un bien, supuesto que se disminuiria la facultad de padecer. Pero para reducir al hombre á este estado, es menestar atormentarle incesantemente; porque tirando siempre á escaparse de él con la fuerza misma de la naturaleza, para detener esta tendencia, es necesario precipitarle con el dolor en la brutalidad. Puede decirse pues tanto á los enemigos como á los partidarios de las luces, que hay un punto sobre el que ellos deben ir acordes entre sí, si son amantes de la humanidad; es sobre la imposibilidad de sujetar el curso natural del ingenio humano, sin abrumar á los hombres con males mucho mas funestos todavía que cuantos pueden achacarse á los progresos de las luces.

Sabiamente conducidos, por el contrario, estos progresos, no son nunca mas que un manantial de bienes y gozos; si los mas de los hombres conociéron la necesidad de un tiempo futuro mas allá de esta vida, de un recurso á lo desconocido en los martirios del

alma ¿no es necesario, aun en los intereses mundanos, un principio de decision entre las opiniones diversas, que no tienen relacion ninguna directa con la moral, y sobre las que ella no declara? Las verdades filosóficas tienen sobre el espíritu ilustrado que les da entrada el mismo dominio que la virtud sobre un alma justa. Son estas verdades un móvil de emulacion independiente de las circunstancias, un fin que consuela de los contratiempos, y no sujeta la felicidad al triunfo. Si el camino del pensamiento hácia la perfeccion de las facultades no estuviera imperiosamente señalado, seria necesario pues observar de continuo la opinion que domina cada dia, consumirse en el cálculo que puede demostrar el actual beneficio de una determinacion, consumirse tambien en el pesar, si esta determinacion no tiene efectos inmediatamente útiles; ¿qué trabajo podria hacer uno entónces sobre sí mismo que no envileciera y degradara la razon? ¿Qué es el hombre, si él se sujeta á seguir las pasiones de los hombres, si no indaga la verdad

por ella misma, si no camina siempre hácia las elevaciones de los pensamientos y afectos? Les es necesario á todas las carreras un tiempo venidero luminoso hácia el que se arroje el alma; á los guerreros la gloria, á los meditadores la libertad, á los hombres afectuosos un Dios. No conviene ahogar estos impulsos de entusiasmo, ni abatir ninguna especie de exaltacion; el legislador debe proponerse por fin el reunir lo que es bien en una carrera con lo que lo es tambien en otra, y contener la libertad con la virtud, la ambicion con la gloria. Debe dirigir las luces con el racioncinio, sujetar el racioncinio á la humanidad y juntar en un mismo centro cuanto la naturaleza tiene de fuerzas útiles, de buenos afectos, de facultades eficaces, para combinar juntamente todos los poderes del alma, en vez de reducir el espíritu á luchar contra su propio progreso, de encadenar una pasion no con una virtud, sino con una pasion contraria, y de oponer el mal al mal miéntras que el afecto de la moralidad puede reunirlo todo.

Qué presente del cielo la moralidad! Ella sirve para conocer cuanto hay de bien en la naturaleza; y puede añadir por sí sola á todos los bienes de la vida la duracion y el reposo. Lo que se admira en los grandes hombres, no es nunca mas que la virtud bajo la forma de la gloria. Muchos, es verdad, cometieron reprehensibles acciones, y la mediocridad que lo confunde todo, se persuade de que las maldades de un hombre de ingenio hicieron esclarecida su suerte. Pero, si se examina la causa de la admiracion, se verá que ella se deriva de la moral siempre. En aquella imperfeccion á que está condenada la naturaleza humana, varias prendas fuertes y generosas hacen olvidar terribles desacuerdos, con tal que el sello de la grandeza permanezca impreso siempre en la frente del culpable, que conozcamos las virtudes al traves de las pasiones, que nuestra alma finalmente se confie en aquellos hombres raros, condenables unas veces, formidables otras; pero que sin embargo, fieles á algunas ideas nobles, no faltaron nunca á la desgracia, ni se

estremeciéron en presencia del peligro. Si, todo es moralidad en las fuentes del entusiasmo; el valor militar, es el sacrificio de sí; el amor de la gloria, es la necesidad exaltada de la estimacion; el ejercicio de las elevadas facultades intelectuales, tiene la felicidad de los hombres por fin; porque no se halla mas que en el bien un espacio suficiente para el pensamiento. Ultimamente, traiganse á la memoria los hombres esclarecidos que los siglos nos transmitieron, y se verá que no hay ninguno cuya historia no nos enseñe una virtud á lo ménos.

La moral y las luces, las luces y la moral se ayudan entre sí. Cuanto mas se eleva nuestro talento, tanto mas nos avergonzamos de haber creído que existia alguna sagacidad en lo que no era moral, alguna grandeza en las resoluciones que no la tenian por objeto, alguna estabilidad en los planes cuyo fin no era ella. Cuando se dilata la esfera de las relaciones, la moralidad se convierte en talento, en ingenio despues, y por último en lo sublime del genio y razon. Sin duda no

podemos prometernos con certeza el caminar sin debilidad en esta noble carrera; pero lo que se puede, lo que es debido al género humano, es dirigir todos sus medios, é invocar todos los de los otros, para repetir á los hombres que estension del talento y profundidad de moral, son dos calidades inseparables; y que, tan léjos de que la suerte nos condene á hacer una eleccion entre el ingenio y la virtud, se recrea ella en arruinar sucesivamente de mil modos, cuantos talentos bogan á la casualidad sin este seguro norte.

No es verdad tampoco que la moral exista de un modo mas estable entre los hombres poco ilustrados; basta con la honradez sin superiores talentos, para dirigirse en las ordinarias circunstancias de la vida: pero en los puestos eminentes, las verdaderas luces son la mejor garantia de la moral. Nos equivocamos de continuo sobre el talento en sus relaciones con las grandes concepciones políticas. ¿Es talento el arte de engañar? es talento el arte de atormentar á los indivi-

duos y naciones? es talento el gobernar su fortuna segun los intereses de una codiciosa personalidad? Qué queda de todos estos esfuerzos? reveses á menudo, y siempre desgracia en lo interior de sí; pero el talento realmente notable, però una inteligencia ilustrada, es el hombre que elige el bien y sabe hacerle, para quien la verdad es una facultad gubernativa, y la generosidad un medio de fuerza. Tales se nos pintan los hombres insignes de la antigüedad; los cuales ennoblecian y elevaban á la nacion que queria seguir sus pasos, y sus contemporáneos creian en la virtud; puede reconocerse en estas señales un espíritu relevante; y para formarle, es necesaria la mas magestuosa de todas las reuniones, las luces y la moral.

He procurado juntar en esta obra todos los motivos que pueden hacer apetecer los progresos de las luces, convencer de la accion necesaria de estos progresos, y por consiguiente empeñar los buenos espíritus á dirigir aquella fuerza irresistible, cuya causa existe en la naturaleza moral, como en la fisica se encierra

el principio del movimiento. ¿Lo confesaré sin embargo? á cada página de este libro en que volvía á parecer aquel amor de la filosofía y libertad, que no han ahogado en mi corazón sus enemigos ni sus amigos, temía yo de continuo que una injusta y páfida interpretacion me representara cómo indiferente á los crímenes de que detesto, á las desgracias que he socorrido con cuanto poder cabe todavía en un espíritu sin destreza y en un corazón sin disfraz.

Unos desprecian la malevolencia, otros oponen á sus calumnias la frialdad ó desden; por mi parte no puedo alabarme de este valor, y no puedo decir á los que me acusaran injustamente, que no turbarian mi sosiego. No, no me es posible decirlo; y promueva ó aplaque yo la injusticia, confesando su dominio sobre mi felicidad, no afectaré una fortaleza de ánimo que estaria en contradicción con cualquiera de mis dias. No sé qué genio recibió del cielo, aquel á quien no llena mirada benévola del mas dulce afecto, y que no se contrista con el odio, mucho

tiempo ántes de hallar la fuerza de que necesitamos para despreciarle.

Sin embargo esta debilidad de corazón no debe alterar en nada el juicio que se forma sobre las ideas generales. A cualquiera pena que podamos esponernos al espresarle, es menester arrostrar con ella; no esplanamos útilmente mas que aquellas máximas de que estamos íntimamente convencidos. No podríamos profundizar con la analisis, ni animar con la espresion las opiniones que quisiéramos sostener contra nuestra persuasion. Quanto mas natural es el talento, tanto mas incapaz es de conservar ninguna fuerza, cuando le falta el apoyo de la convicción. Debe eximirse uno pues, si es posible, de los temores dolorosos que podrian turbar la independenciam de las meditaciones, confiar su vida á la moral, su felicidad á los que le son queridos y sus pensamientos al tiempo, fiel aliado de la conciencia y verdad.

¡Qué triste y doloroso recurso sin embargo para las almas que tuvieran una diaria nece-

sidad de obtener la constante aprobacion de cuantos las rodean! Ah! ¡ Cuan felices éramos hace diez años, cuando al entrar en el mundo llenos de confianza en nuestras fuerzas, en los amigos que se nos ofrecian, en la vida que no habia desmentido sus promesas todavía, no encontráramos injustos partidos, rivales, ni envidiosos! no éramos entónces, á la vista de todos, mas que una esperanza; y quien no da abrigo á la esperanza! Pero diez años despues, está profundamente señalado el camino de la vida; las opiniones que se han mostrado, han ofendido diversos intereses, pasiones y afectos; y nuestra alma y pensamiento no osan ya abandonarse en presencia de todos estos airados jueces; puede resistir la imaginacion á aquella turba de penosos recuerdos que nos cercan en todos los instantes? Domina la reflexion sobre ellos; pero no es posible, témolo ciertamente, conservar aquel genio juvenil, aquel corazon abierto á la amistad, aquella alma, ilesa todavía, que coloreaba el estilo, por mas imperfecto que pudiera

ser con cordiales y satisfactorias espresiones.

Tal como ella es esta obra, publicola sin embargo: cuando una ha cesado de ser desconocida, vale mas todavía dar de lo que puede ser una verdadera idea, que remitirse á la páfida casualidad de las calumniosas invenciones. Pero ¡cuanto se querria, á costa de la media vida que queda por recorrer, el no haber entrado en la carrera de las letras y de la publicidad que las acompaña! Los primeros pasos que se dan con la esperanza de lograr fama, están llenos de embeleso; se halla contenta una de oirse nombrar, de conseguir un lugar en la opinion, de verse colocada en una separada linea; pero logrado esto, qué soledad y espanto no se esperimentan! quiere volverse una á la asociacion comun, pero no es ya tiempo. Puede perderse fácilmente el escaso lustre que se habia adquirido; pero no es ya posible el hallar otra vez la bondadosa acogida que la criatura ignorada obtendria. ¡Cuanto importa velar sobre el primer impulso que se da al curso de nuestra suerte! puede ale-

jarnos él para siempre de la felicidad. En balde se modifican los gustos, las inclinaciones se mudan así como el genio; es preciso permanecer la misma, supuesto que nos tienen por la misma; es menester tratar de obtener algunos nuevos triunfos, supuesto que nos aborrecen todavía por los pasados; es menester arrastrar con aquella cadena de los recuerdos de nuestros primeros años, de los juicios que se formaron sobre nosotros, de la existencia por último tal como nos la suponen, tal como se cree que la queremos. Vida desdichada, y tres veces desdichada! que aleja quizás de nuestro lado á unos seres á los que hubiéramos querido, que se nos hubieran apegado, si rumores vanos no hubieran espantado los afectos que se alimentan de la calma y paz. Es preciso gastar el estambre de la vida tal como él está formado, supuesto que la imprudencia de la juventud tejió sus primeros hilos, y ocultar en los vínculos queridos que nos quedan y en los recreos del pensamiento, algunos socorros contra las heridas del corazón.

Me consta cuan fácil es el censurarme de mezclar así los afectos de mi alma con las ideas generales que este libro debe contener; pero no puedo separar mis ideas de mis afectos; las inclinaciones nos incitan á reflexionar, y únicamente ellas pueden comunicar una rápida y profunda penetracion al espíritu. Las afecciones modifican todas nuestras opiniones sobre todas las materias; nos gustan unas ciertas obras, á causa de que ellas corresponden con dolores, con recuerdos que disponen de nosotros mismos sin advertirlo; y se admiran ante todas cosas ciertos escritos, porque ellos solos conmovieron todas las facultades morales de nuestro ser. Los espíritus frios querrian que no se les representaran mas que los bosquejos de la razon, sin unirles aquellos impulsos, aquellos pesares, aquellos extravíos de la fantasía que no excitarán jamas su interés: y me resigno con su crítica. En efecto, ¿como podria evitarla yo? como distinguir su talento de su alma? como apartar lo que experimentamos, y representarse lo que

pensamos? como imponer silencio á los afectos que viven en nosotros, y no perder sin embargo ninguna de las ideas que estos afectos nos han hecho descubrir? cuales serian los escritos que pudieran resultar de éstos continuos esfuerzos? y ¿no vale mas entregarse á todos los defectos que la irregularidad del abandono natural puede traer consigo?

FIN.

TABLA

DE LOS CAPITULOS.

SÉGUNDA PARTE.

DEL ESTADO ACTUAL DE LAS LUCES EN FRANCIA Y DE SUS
FUTUROS PROGRESOS.

CAP. Iro. IDEA general de la segunda parte.	5
CAP. II. Del Gusto, de la Urbanidad de las costumbres, y de su influjo literario y político.	14
CAP. III. De la Emulacion.	50
CAP. IV. De las Mugeres que cultivan las letras.	74
CAP. V. De las Obras de imaginacion.	94
CAP. VI. De la Filosofia.	134
CAP. VII. Del Estilo de los escritos y magistrados.	169
CAP. VIII. De la Elocuencia.	195
CAP. IX. Conclusion.	222

OBRAS NUEVAS

Que se publicarán incesantemente.

ELOCUENCIA MILITAR, ó Arte de conuover al soldado, con arreglo á los mas ilustres ejemplos tomados de los ejércitos de las naciones antiguas y modernas, y principalmente á las proclamas, arengas, discursos y dichos memorables de los generales y oficiales franceses.

ESTRATAGEMAS MILITARES Y ARDIDES DE GUERRA, tomados de los autores griegos, latinos, franceses, y otros varios; á que se han añadido arengas, discursos memorables, dichos felices, rasgos de magnanimidad, valor, etc., etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MEXICO
SECRETARÍA GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MEXICO
SECRETARÍA GENERAL